

Bicen tena rio



1810
1910
2010

EL AYER Y HOY DE MÉXICO

La fotografía en la revolución



**La rebelión chamula
en 1868-69**

**Últimos años de Villa
¿Quiénes somos los mexicanos?**

Volumen 2 número 7 2010

"El pasado y el presente son nuestros"

En este número...



Fiestas Patrias en Michoacán (1826-46)
6



¿Quiénes somos los mexicanos?
54



El Segundo Imperio: preludio
14

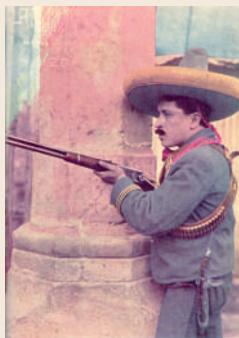
Testimonio de un residente japonés en la 2ª guerra mundial
62

La rebelión chamula de 1868-69
22



Entre San Lunes y Día de Muertos
30

Abuelo grande: cuento histórico
72



Fotografía y revolución
36



Cantorales del siglo XIX en la Catedral de México
80

Un diplomático holandés en la expropiación petrolera
46



Últimos años de Villa
86





BICENTENARIO. El ayer y hoy de México

Revista trimestral publicada por el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora
Volumen 2, número 7, enero-marzo 2010

Consejo editorial

Editor responsable: Ana Rosa Suárez Argüello

Graziella Altamirano Cozzi

Carmen Collado Herrera

Juan Carlos Domínguez Virgen

Laura Suárez de la Torre

Guadalupe Villa Guerrero

Iconografía: Ramón Aureliano Alarcón

Sofía Crespo: asistente editorial

Edición: Jesús R. Anaya Rosique

Diseño: Mónica Diez Martínez Day

Redacción, administración y suscripciones:

Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora

Plaza Valentín Gómez Farías núm. 12, Colonia San Juan

Mixcoac, Del. Benito Juárez C. P. 03730, México D. F.

Tels. 5598 3777, 5598 3037- Ext. 1129, Fax 5615 0675

www.mora.edu.mx

BICENTENARIO. El ayer y hoy de México

es una publicación del Instituto de

Investigaciones Dr. José María Luis Mora

(Centro Público de Investigación adscrito al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología), editada por su Dirección de Vinculación.

Los artículos firmados son responsabilidad de los autores. Se prohíbe la reproducción parcial o total sin la expresa autorización

de la Dirección de Vinculación del Instituto Mora. Número de

certificado de reserva de derechos al uso exclusivo otorgado por el

Instituto Nacional del Derecho de Autor 04-2008-060913104400-

102 del 9 de junio de 2008, expedido por la Secretaría de Educación

Pública. Número ISSN en trámite. Número de certificado

de licitud de título 14276 y Número de certificado de licitud de

contenido 11849, expedidos por la Comisión Calificadora de

Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación.

Autorización como correspondencia de segunda clase en

trámite. Domicilio de la publicación: Plaza Valentín Gómez Farías

núm. 12, Colonia San Juan Mixcoac, Del. Benito Juárez, C. P.

03730, México, D. F. Impresión digital en enero 2010 en

Publisisa Mexicana S.A de C.V., Calzada Chabacano 69,

planta alta, Col. Asturias, México, D.F. 06850.

Comentarios y sugerencias:

BICENTENARIO. El ayer y hoy de México

bicentenario@mora.edu.mx

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES

DR. JOSÉ MARÍA LUIS MORA

Director General: Dr. Luis Antonio Jáuregui Frías

Director de Investigación: Dr. Francisco Porras Sánchez

Directora de Docencia: Dra. Marisa Pérez Domínguez

Directora de Administración y Finanzas: Lic. Eunice Maldonado

Sánchez

Titular del Órgano Interno: Ing. Carlos Ladrón de Guevara Rivero

Esta publicación fue realizada con recursos del Fideicomiso

Fondos de Investigación Científica y Desarrollo Tecnológico 1759-6

SUMARIO

Editorial / **3**

Correo del lector / **4**

ARTÍCULOS

MOISÉS GUZMÁN PÉREZ

En honor a los héroes:

las Fiestas Patrias en Michoacán, 1826-1846 / **6**

VÍCTOR A. VILLAVICENCIO NAVARRO

Preludio del Segundo Imperio / **14**

ELIZABETH BALLADARES GÓMEZ

Las piedras azules que cayeron del cielo:

Distintas miradas a la rebelión chamula de 1868-1869

/ **22**

FLORENCIA GUTIÉRREZ

Entre el San Lunes y el Día de Muertos:

el problema del alcoholismo entre las clases trabajadoras

mexicanas / **30**

REBECA MONROY NASR

La fotografía y el inicio de la revolución mexicana:

de tradiciones e innovaciones / **36**

LAURA PÉREZ ROSALES

La expropiación del petróleo en México a través de la

mirada de un diplomático holandés / **46**

DESDE HOY

CARLOS DOMÍNGUEZ

Cuaderno de viaje: ¿Quiénes somos los mexicanos? / **54**

DESDE AYER

TEIJI SEKIGUCHI: testimonio de un japonés radicado en

México durante la 2ª guerra mundial / **62**

Día de Reyes

En el siglo XIX / **70**

En el siglo XX / **71**

CUENTO

JUAN MANUEL BUENO

Abuelo grande / **72**

ARTE

SILVIA SALGADO

Cantorales del siglo XIX en la Catedral de México / **80**

ENTREVISTA

La vida con Villa en la Hacienda del Canutillo /

Guadalupe Villa (edición) / **86**

Créditos / **96**

EDITORIAL

Conmemorar significa hacer memoria, recordar. Por ello, la revista *BiCentenario* invita a sus lectores a evocar juntos dos momentos claves en el acontecer histórico de lo que hoy es nuestro México: la Independencia y la Revolución. Asomarnos al pasado para admirar el esfuerzo de quienes propiciaron los grandes cambios que llevaron a construir una nueva nación, la que entre guerras, asonadas y experimentos de gobierno se propuso buscar una identidad propia.

Este año de 2010 es buen momento para revisar y debatir lo que dejaron como herencia las generaciones que arribaron a su tiempo con ideas y propuestas distintas. Nuestra historia ha estado sujeta a procesos complejos, a hechos excepcionales, a acontecimientos inesperados, a vaivenes sociales, culturales, económicos y políticos. *BiCentenario* invita a viajar al pasado, a pensar, a analizar los cambios que en lo material y en lo social se han dado a lo largo de estos años de historia y los retos que el futuro nos plantea.

Entre los artículos de este número, los lectores encontrarán cómo, a partir de la declaratoria oficial del presidente Guadalupe Victoria, se solemnizó la celebración del 16 de septiembre en la capital de la República, para luego extenderse al resto del país. Las fiestas patrias en Michoacán muestran los pasos que se fueron dando para la formalización de cada aniversario y los cambios que durante la segunda república centralista se introdujeron para rendir honores, que luego desaparecerían, a quien consumó la independencia: Agustín de Iturbide. El preludio al Segundo Imperio, nos permite asomarnos a la intimidad de Maximiliano y Carlota, desde su salida de Trieste, hasta la llegada a México. Del ceremonial cortesano pasamos a otro grupo social, el indígena. Las distintas miradas existentes sobre la rebelión chamula ocurrida de 1868 a 1869, muestran la mezcla de intereses -entre poder eclesiástico y civil- que al chocar con la población indígena, desencadenaron una serie de hostilidades en diferentes regiones de Chiapas.

Se describe en otro texto cómo el alcoholismo ha sido uno de los principales vicios entre las clases trabajadoras de la ciudad de México, cuya extendida práctica, condenada por la prensa obrera, era tolerada por ciertos propietarios de fábricas y talleres que vieron en el pulque a un aliado para su explotación laboral. En la rica diversidad de materiales que nos ofrecen los colaboradores de este número, encontramos el ensayo sobre la fotografía y el inicio de la revolución mexicana. Sin duda, las cámaras de los documentalistas gráficos dejaron un riquísimo testimonio tanto de personajes conocidos como de gente anónima, inmersa en la cotidianidad de la guerra. Uno de los episodios que sin duda desbordó el nacionalismo mexicano fue la expropiación petrolera; habituados como estamos a escuchar acerca de las presiones que los gobiernos extranjeros ejercieron para que Lázaro Cárdenas diera marcha atrás al decreto expropiatorio, no dejan de asombrarnos los reportes y la labor del diplomático holandés A. Methöfer.

En la sección *Desde hoy*, se nos ofrece una interesante reflexión sobre la identidad nacional a partir de preguntarse: ¿quiénes somos los mexicanos? ¿Qué significa serlo 200 años después de la Independencia y 100 después de la Revolución? El relato de un japonés radicado en México durante la segunda guerra mundial muestra lo que tuvieron que padecer sus compatriotas debido a la decisión del presidente Manuel Ávila Camacho de romper relaciones con Japón: suspensión de garantías individuales, embargo de propiedades, congelamiento de cuentas bancarias e interrupción del otorgamiento de cartas de naturalización.

Como la vida misma, pasamos de lo amargo a lo festivo: el artículo sobre el día de Reyes nos enseña cómo fue que surgió y se popularizó esta tradición y las diversas transformaciones que ha tenido con el tiempo. Como ya es habitual, se incluyen también notas de literatura y arte. El cuento *Abuelo grande* nos transporta al futuro, en plena celebración del centenario de la promulgación de la Carta Magna. Recuerdos familiares van y vienen del Querétaro porfiriano al 2017, entremezclándose con una frustrada historia de amor. De los deseos terrenales se pasa a los espirituales, con la colección de libros de coro que conserva la catedral de México. Joyas artísticas que, por su confección, forman parte de nuestro patrimonio cultural. Finalmente, una serie de relatos que, en conjunto, intentan reconstruir los tres últimos años de la vida de Villa, recogiendo su relación con el poder nacional y el epílogo de su asesinato a traición.

Con todas estas ventanas abiertas esperamos, una vez más, que nuestros lectores se asomen con curiosidad e interés y disfruten del mundo misceláneo que les ofrece *BiCentenario*.

GUADALUPE VILLA GUERRERO
INSTITUTO MORA

CORREO DEL LECTOR



CARTAS

Agradezco la aparición de la revista *BiCentenario*; me ha permitido reflexionar sobre el pasado, desde varios puntos de vista; conocer costumbres o leyes a la luz de la vida cotidiana y especialmente celebro la sección de narrativa contemporánea que de forma placentera nos muestra todo un mundo personal e histórico.

Irma Ramírez, Coyoacán

Hace unas semanas viajé por el sureste. Al visitar Campeche recordé haber leído “Una mirada al pasado. La ciudad de Campeche en la década de 1950” en el número 5 de *BiCentenario*. Fue muy gracioso pues pude ver personas que jugaban a la lotería en la plaza, el cine abandonado, la muralla, la “casa núm. 6”, el museo sobre la vida cotidiana, en fin, constaté todo lo que el artículo me narró.

Marisol Moreno y Suárez

Feliciten de mi parte al autor de la historia sobre el Plan de Guadalupe. ¡Qué bien que nos compartiera una historia y fotos familiares! Denle también las gracias.

Renato del Cueto, Monterrey, N. L.

CONSULTAS

Resido en la colonia Las Águilas desde hace años. Jamás me tocó un problema como el que recientemente tuvimos con la inundación del Bordo Poniente. Entonces me pregunté cómo se recolectaba y dónde se ponía la basura del D. F. en el pasado. Ustedes que son

historiadores ¿me podrían responder?

Defeña alarmada

La Dra. Regina Hernández, versada en



la historia del D. F., nos contó que en los siglos XVIII y XIX la basura se juntaba en carretones que recorrían las calles al amanecer y anochecer y descargaban los desperdicios en tiraderos al aire libre o parajes que se quería rellenar, de dónde los pepenadores sacaban todo lo que pudieran aprovechar. Algo parecido pasó en el siglo XX y a la fecha sigue sucediendo, sólo que la recolección se hace en carritos y camiones que llevan lo reciclable a estaciones de transferencia y el resto a los “bordos”, como se llama hoy a los tiraderos o rellenos sanitarios.

Me fascina la prosa de Federico Gamboa. Recién supe que la Universidad le quitó sus clases de literatura en 1928. No entiendo por qué, pues debió ser un gran maestro.

Benjamín Gutiérrez, UAM

En efecto, el gobierno de Emilio Portes Gil destituyó a Gamboa por carecer de “ideología revolucionaria” y atacar a la “administración actual”. La Universidad Nacional tuvo que plegarse a la orden presidencial, pues todavía no era autónoma.



Estudio en la Universidad de Jalapa. Me apena admitirlo, pero ignoro por qué al puerto de Veracruz le dicen “cuatro veces heroico”. Apreciaría saberlo.

Jalapeña avergonzada

No te preocupes; peor sería que no preguntaras o investigases, que fue lo que nosotros hicimos. Lo de “cuatro veces heroico” viene de cómo los jarochos defendieron el puerto de los ataques desde San Juan de Ulúa, en manos españolas hasta fines de 1825; el cañoneo de los barcos franceses en la guerra de los Pasteles de 1838; la metralla de la flota de Estados Unidos en 1847 y el desembarco de tropas del mismo país en 1914.

Me llamaron la atención los datos que dieron sobre la primera doctora mexicana en el núm. 5. ¿Saben quién fue la primera enfermera? Yo lo soy, y me dio curiosidad saberlo.

Alfonsina Solórzano



Se debe considerar como enfermeras a las Hermanas de la Caridad, que desembarcaron en México a fines

de 1844, bajo la protección de la Condesa de la Cortina. No hubo enfermeras mexicanas formadas profesionalmente sino hasta fines del siglo XIX.

¿SABÍAS QUÉ?



Luis Miramontes, originario de Tepic, Nayarit, logró obtener la progesterona a partir de algunas especies de barbasco localizadas en

México en 1951 y esto sirvió como base para el primer anticonceptivo oral. Miramontes trabajaba en el laboratorio fundado por Russell Marker, profesor estadounidense dedicado al estudio de las moléculas vegetales, que apoyó esta investigación.

POR AMOR A LA HISTORIA

Los habitantes de Tzintzuntzan (Michoacán) se interesan y luchan por salvaguardar el patrimonio histórico y

artístico de la comunidad. Están comprometidos con su pasado y su presente y por eso hacen que sus coterráneos sean conscientes de lo mismo. Actúan como guías, guardianes, buscadores de donativos, etc., a fin de rescatar y preservar una herencia histórica que los llena de orgullo.



RELOJ DE ARENA

16-IX-2010 – BICENTENARIO DE LA INDEPENDENCIA DE MÉXICO

20-XI-2010 – CENTENARIO DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

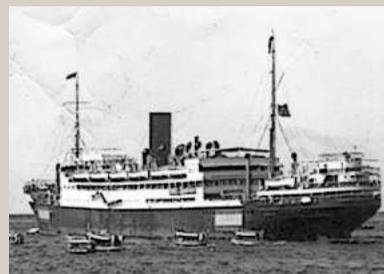


2-I-1810 - Nace la *Gazeta del Gobierno de México*, que durará hasta el 29 de septiembre de 1821, y servirá como órgano oficial del Virreinato.

8-I-1910 – A eso de las 12 hrs., en los llanos de su hacienda de Balbuena, el joven Alberto Braniff pide a sus hombres que le ayuden a arrancar y detener el motor de su avión para acelerar al máximo; al detenerlo, el aparato corre unos 200 m. y despegó, haciendo de su piloto el primero en volar un avión de motor en América Latina.

18-II-1960 – México firma con Argentina, Brasil, Chile, Paraguay, Perú y Uruguay el Tratado de Montevideo, que establece una zona de libre comercio entre los firmantes, en un lapso de doce años.

6-III-1860 – A la vista de Veracruz, el “Marqués de La Habana” y el “General Miramón” se disponen a atacar el puerto, sede del gobierno liberal de Benito Juárez. Se los impide el “Saratoga”, de la flota estadounidense del golfo



de México, que se apodera de ambos barcos y de considerable armamento, luego de un breve combate.



EN HONOR A LOS HÉROES

*Las Fiestas Patrias
en Michoacán,
1826-1846*

Moisés Guzmán Pérez

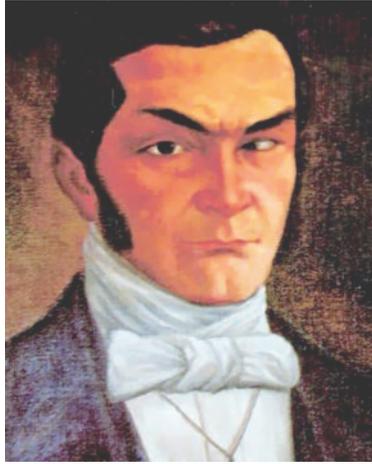
IIH, Universidad Michoacana de
San Nicolás de Hidalgo

Un año después de que el gobierno del presidente Guadalupe Victoria declarara oficial la fecha del 16 de septiembre y de que se empezara a festejar en la ciudad de México, tuvo lugar la primera celebración en el estado de Michoacán. A partir de 1826, año tras año, si bien con algunas interrupciones, una junta formada

por los vecinos de las ciudades importantes del país, más las autoridades, se encargó de organizar las fiestas cívicas septembrinas.

La ciudad de Valladolid (hoy Morelia), capital del estado de Michoacán y sede de un vasto obispado, no fue ajena al proceso. Como lo hicieran algunas otras ciudades de la república, influidas por la ciudad de México, los michoacanos se pre-

pararon para conmemorar el día en que se inició la lucha por la independencia. En la sesión de cabildo del 1° de septiembre de 1826, el regidor del ayuntamiento de Valladolid, Juan Manuel González Uruuña, propuso que se publicara un bando para dar lustre y solemnidad a aquel día, lo cual fue aprobado por unanimidad. Acto seguido, se votó que el mismo Dr. González Uruuña



arengara al pueblo la víspera del 16, día en el que habría paseo, y que la comisión presentase un plan acerca de qué debía hacerse para solemnizar el evento.

No disponemos del escrito correspondiente; sólo sabemos que el cabildo lo aprobó en la sesión del 5 de septiembre, igual que el bando para su publicación y el convite, y que en esa reunión se eligió a tres regidores para que, junto con el alguacil mayor, salieran con el bando que debía anunciar las actividades del 16. Para la música, adorno e iluminación, se emplearon 50 pesos de los fondos municipales y el ayuntamiento cubrió el dinero faltante, con las aportaciones de los regidores.

Aun cuando la corporación municipal debió invitar formalmente al cabildo eclesiástico al paseo vespertino y a la función en la iglesia, no lo hizo, ocasionando la inconformidad de esa jerarquía, la cual protestó de inmediato. Al hacerse las averiguaciones, los regidores comprendieron que la falta de papel obligó a Martínez, secretario del cabildo, a no considerar a los capitulares para el convite. A fin de corregir el equívoco, nombraron una comisión que se presentara a ofrecer una disculpa. Desde ese momento, ambas corporaciones trabajaron coordinadamente en la organización de los festejos.

El ayuntamiento contribuyó al año siguiente con la cantidad de 200 pesos para solemnizar el aniversario del grito de Dolores. Asimismo aprobó un reglamento municipal, el primero que conocemos para la ciudad en el siglo XIX y que transcribimos íntegro dado lo interesante del mis-

mo. Dice a la letra:

1°. Los habitantes de esta ciudad adornarán en el referido día 16 las fachadas de sus casas, y en las noches iluminarán con el esmero que su patriotismo les inspire.

2°. Se prohíbe en el mismo día bajo la multa de 5 pesos el expendio de licores embriagantes, siguiendo vigente desde el 17 lo prevenido en el antiguo bando de la materia.

3°. El ebrio que se encuentre en las calles se destinará al trabajo de obras públicas por el tiempo de quince días o un mes en prisión.

4°. Los que quemaren cohetes los harán a lo alto, y el que los dirigiese hacia las calles pagará a más de 5 pesos de multa, los perjuicios que acaso resultaren.

5°. No se permitirá en la plaza principal, en la de San Juan de Dios, en las calles donde se verifiquen los paseos, ni en la calzada; que anden coches ni cabalgaduras en las horas de aquellos. Lo mismo se observará por la noche en la plaza principal hasta que se concluyan los fuegos bajo la multa de 5 pesos.

A los dos días de la fiesta, el Congreso de Michoacán expidió un decreto en que previno la asistencia del gobierno a la ceremonia en la iglesia los días de fiestas nacionales y, a partir de 1828, el gobernador del estado comenzó a asistir a las celebraciones del 16 de septiembre. Desde agosto se había presentado un presupuesto de los gastos de iluminación para la próxima fiesta y la Junta Patriótica determinó que el paseo cívico se hiciera, no a pie, sino a caballo. El día 12 de septiembre, el Congreso local cambió el nombre de la ciudad de Valladolid por el de Morelia, para honrar al caudillo José María Morelos y Pavón. La oración cívica en esa ocasión corrió a cargo del cura Manuel de la Torre Lloreda, uno de los autores intelectuales de la primera constitución política de la entidad.

Más tarde, cuando los michoacanos se sentían preocupados por los problemas prevalecientes en el país, en particular por el asedio del brigadier español Isidro Barradas, quien desde la isla de Cuba amenazaba con la reconquista de la repúbli-

MANUEL DE
LA TORRE
LLOREDA.

ca mexicana para volverla al imperio español, el periódico *El Astro Moreliano* anunció el 17 de septiembre de 1829 que el día anterior se había celebrado “el aniversario de la gloriosa voz de Dolores, habiéndose manifestado la alegría y el regocijo público que inspira un día tan memorable para los mejicanos”. Pronunció el discurso un integrante de la Junta Cívica, el canónigo de la catedral Domingo Gárfias y Moreno y a la mañana siguiente tuvo lugar otra ceremonia en honor de los héroes que murieron por la independencia.

¿Por qué se encomendaba a un religioso y no a un laico la lectura de la pieza oratoria? Podemos responder que la separación Iglesia-Estado no existía aún y que en este tipo de actos ambas entidades solían actuar de común acuerdo. No sólo eso sino que eran los clérigos quienes llevaban la delantera en cuanto a las ceremonias, dado su amplio manejo de la retórica y la oratoria sagrada.

PORTAL
DE
MATAMO-
ROS (HOY
ABASOLO).
EN MO-
RELIA.



Basta echar un vistazo a los libros de *Actas Capitulares* del cabildo de la catedral de Morelia para darnos una idea de los apoyos económicos y de personal que el clero ofrecía al gobierno para la realización de estos eventos. Por lo regular, dos o tres eclesiásticos formaban parte de la Junta Patriótica y fue rara la ocasión en que su cabildo no aportó alguna contribución económica a los festejos.

Volviendo al discurso, el doctor Gárfias y Moreno alababa el hecho de que el país no fuera colonia de ninguna nación sino

un pueblo soberano, regido por una constitución federal, la cual ante todo protegía la religión católica. De Hidalgo celebró

El vigoroso esfuerzo del Hércules mejicano Hidalgo, que intimidó a los tiranos, que estremeció su trono de hierro, y que les intimó con voz imperiosa, salieran de este país que hostilizaban. Hidalgo fue el primero que enarboló el estandarte de la libertad en nuestro suelo, y por esto reclama con justicia nuestros elogios y nuestra más tierna gratitud.

Buena parte del discurso se refería a los males que significó la conquista española encabezada por Hernán Cortés y a la forma en que los mexicanos vivieron durante trescientos años, sumidos en la esclavitud y el desprecio. No obstante, Hidalgo surgió de pronto para dar a su patria independencia y libertad.

Desde luego, esta pieza oratoria llevaba implícita una notable carga de adoctrinamiento político dadas las circunstancias en que se debatía el país, en medio de la gran inestabilidad del gobierno y el atraso económico. A Gárfias y Moreno le preocupaba sobremanera la actividad de los partidos (escoceses y yorkinos) así como las intrigas y aspiraciones políticas de algunos; en su opinión, debían quedar fuera el egoísmo, los intereses privados, las envidias y otras “viles” pasiones, que no terminarían ni se conseguiría la unión entre los mexicanos si no se daba un sentimiento verdadero



de amor a la patria. Decía:

Ciudadanos: en este gran día que celebramos el glorioso de Dolores acábense las disensiones y odiosas rivalidades. Todos somos hermanos, todos somos hijos de una misma patria, todos pertenecemos a la gran familia mejicana; formemos pues una república federal, sin la inquietud de Atenas, sin la dureza de Esparta, sin la ferocidad de Cartago, sin la ambición de Roma y con las virtudes de todas.

El eclesiástico también recordó a don Agustín de Iturbide. Se preguntaba por qué desde el inicio de la lucha no abrazó el partido de la libertad para engrandecer a su patria, y no ser víctima de los ataques de sus enemigos. De lo que sí estaba convencido era que el 27 de septiembre de 1821 se consumó la independencia de México y tremoló por fin la bandera tricolor en la antigua ciudad de Tenochtitlán.

Los problemas en Michoacán se agudizaron en 1830 con las sublevaciones federalistas de Gordiano Guzmán y Juan José Codallos en la Tierra Caliente. Eso no impidió que el 16 de septiembre de ese año se festejara con toda solemnidad. Un periódico señaló:

Se ha celebrado en esta capital el aniversario del glorioso grito dado en Dolores el 16 de septiembre de 1810 por los primeros Héroes de nuestra independencia, con toda la solemnidad que corresponde a lo

grandioso del objeto y al patriotismo de los michoacanos; el discurso pronunciado por el señor fiscal del Supremo Tribunal de Justicia, licenciado don José María Ortiz Izquierdo es digno de ocasión, y prueba nada equívoca de la ilustración de su autor.

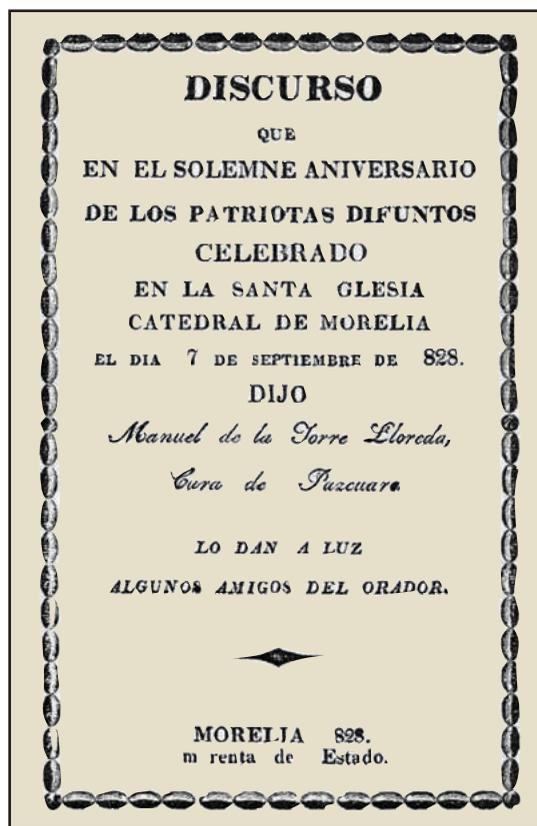
Un año trágico para los habitantes de todo México fue 1833. El *cholera morbus* hizo su aparición en el primer cuatrimestre de ese año y su fase letal se prolongó hasta septiembre y octubre; de ahí que el gobierno del estado ordenara suspender la ceremonia del 16 de septiembre, como forma de respeto por el luto entre las familias y la consternación que ocasionaba la peste entre los michoacanos.

Cuando se inició el régimen centralista en Michoacán —como en todo el país—, la celebración de los actos cívicos continuó, aunque fueron poco vistosos por la falta de dinero. No sabemos si hubo alguna en septiembre de 1838, pues el día 16 trabajó la mayoría de los miembros de la Junta Departamental que debió de asistir al festejo. Por lo demás, justo en ese momento México estaba involucrado en una disputa, primero diplomática, luego militar, con

ACUEDUCTO DE MORELIA Y CALZADA DE GUADALUPE.

JUAN MANUEL GONZÁLEZ URUEÑA.





*O con gloria el aliento exhalad.
 No haya un Galo que fije insolente
 Al patriota su vista enconosa
 Que no sufra una muerte horrorosa
 Y sus miembros se vean palpar.*

*Odio eterno a la Francia juremos
 Odio y muerte a ese pueblo orgulloso,
 Y el pendón del Anáhuac glorioso
 Con su sangre miremos marchar.*

Las mejores fiestas cívicas que se organizaron en Michoacán durante la primera mitad del siglo XIX fueron las de 1842 a 1846, esto es, durante el segundo periodo del régimen centralista. Fueron celebraciones singularmente significativas ya que, además del 16 de septiembre, se conmemoró por primera vez el 27 de septiembre en recuerdo de la consumación de la Independencia y del hombre que la alcanzó: Agustín de Iturbide. Desde el inicio de agosto de 1842, una comisión encargada de presentar el programa de festejos se dirigió a la Junta Patriótica de Morelia para informarle que había considerado celebrar, no sólo el 16 de septiembre, sino también el 27, como de hecho se venía haciendo en la capital de la república desde 1837.

Francia, que culpaba a nuestro gobierno de los daños y perjuicios sufridos por sus súbditos residentes en nuestro territorio. Entonces hubo quienes, llenos de patriotismo, escribieron cantos para alentar a los mexicanos a defender la soberanía y la independencia. Así por ejemplo está un “Himno Nacional” redactado por un autor anónimo, con el seudónimo “Un defensor de la Patria”. Escuchemos algunas de sus estrofas:

*Mexicanos al arma nos tocan,
 Del peligro la Patria salvad;
 O abatid el orgullo de Francia*

¿Por qué la de Morelia no ha de seguir sus pasos? -decían-. Es tan reducido el círculo de esta función, que el gasto es casi el mismo en todos los años; y habiéndose reunido en el presente, mayor cantidad que en el último anterior, resulta un sobrante considerable





que nos decidió a promover que el 27 de septiembre se solemnice también, habiéndose comprometido el Excmo. Sr. comandante general y el Sr. coronel D. José de Ugarte, a coleccionar lo que falte de los cuerpos militares.

Ahora bien, mientras en la ciudad de México la conmemoración del 27 de septiembre fue promovida sobre todo por las corporaciones militares y apoyada por el presidente Anastasio Bustamante, los ciudadanos fueron en Morelia quienes se esmeraron en perpetuar la fecha, si bien con el apoyo del ejército. La Junta Patriótica era la encargada, durante estos años, de organizar ambas fiestas: la del 16 y la del 27; ella enviaba los oficios al cabildo eclesiástico para que ordenara el repique de campanas y asistiese al acto cívico, y al ayuntamiento para que hiciera publicar los bandos respectivos, dos días antes de cada festejo, a las 12 horas, a fin de que los vecinos adornaran los balcones de sus casas oportunamente y hubiese iluminación en la noche.

Seis comisiones organizaban los eventos: de portal; de fuegos a cargo de un militar; de música; de convites; otra que podríamos llamar de protocolo, para “acompañar al gobernador y a la Junta Departamental”, y a la cual el ayuntamiento se

sumaba más tarde para la misa. La última se hallaba compuesta por dos personas, que se ocupaban de llevar al orador al estrado donde tendría lugar la ceremonia. Cada una de las fiestas precisó, en 1842, las sumas siguientes:

A la de portal \$ 90
 A la de fuegos \$ 50
 A la de música \$ 40
 A la de convites \$ 9
 Para el campanero \$ 8
 Gastos de secretaría \$ 5

 Total gastado \$202.00 pesos

Dinero que se colectó \$ 341.60 centavos

 Resultó sobrante de \$ 139.60 centavos

Con todo debidamente organizado, un repique general de campanas y una salva de artillería anunció a las cuatro de la mañana del 16 de septiembre de 1842 que, “a la media noche se oyó por primera vez en el Anáhuac el sonoro grito de independencia y libertad”. A las nueve, el gobernador de Michoacán, acompañado de una escolta militar y las corporaciones, acudió a la catedral a

la misa de acción de gracias y, al terminar, volvió a palacio con la comitiva, a donde se quedaron él y la Junta Departamental. Por su lado, el ayuntamiento salió de las casas consistoriales portando sus mazas y el estandarte nacional; sus integrantes iniciaron el paseo por el portal Aldama, atrás de la Plaza Mayor y siguieron por las calles de Infantes (hoy Allende), Iturbide (hoy Valladolid), de la Cruz (hoy Vasco de Quiroga), del Magistrado (hoy Av. Madero oriente), el Diezmo (hoy Avenida Madero oriente), el Seminario (hoy Av. Madero poniente), los portales de Iturbide e Hidalgo, la misma calle principal para acabar en el portal Matamoros (hoy calle de Abasolo), donde pusieron el estandarte y las mazas, al tiempo que se oía un campaneó continuo y tres salvas de artillería (ver mapa en p.10).

Una comisión especial acudió luego por el gobernador para que escuchara la “oración cívica”, a cargo de don Manuel Álvarez, ministro del Supremo Tribunal de Justicia. En medio de una lluvia pertinaz, don Manuel leyó su discurso, consternando a las autoridades, “los principales ciudadanos” y el público en general, al evocar el sacrificio de nuestros primeros héroes —Hidalgo, Morelos, Galeana y los Rayón, entre otros—, pero añadir que juzgaba que su obra se hallaba perdida pues los mexicanos de ese momento no habían podido consolidar la gloria de aquellos:

Nuestros héroes tuvieron un destino sin duda: querían una patria, pero una patria feliz; aspiraron a

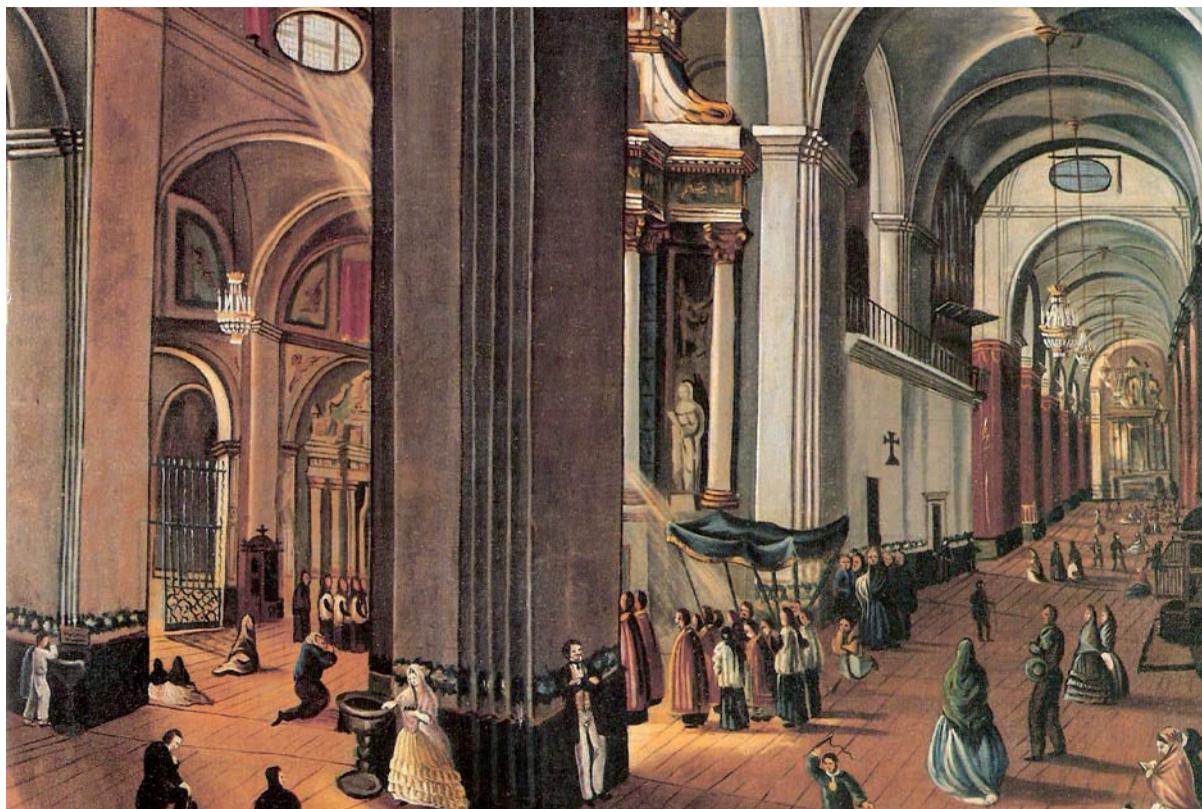


la independencia... Pero ¿cuáles han sido los resultados? ¿Dónde está el precioso fruto de la independencia y la libertad? ¿Qué ha sido de tantos títulos de gloria? Si no somos felices el problema está por resolver; si no somos felices, tampoco aparece aún la parte efectiva y útil de tanta empresa; si los bienes posteriores no indemnizan todavía a la patria de sus antiguas pérdidas ¿dónde está el precio del sacrificio de tanta sangre?

Estas palabras, que bien podríamos externar nosotros

en estos días, iban dirigidas a la administración centralista, que poco hacía por aliviar las necesidades económicas de los michoacanos, entonces con mayores penurias que en otros tiempos. Con todo, ni las quejas ni los problemas opacarían la fiesta. Una vez concluido el discurso, nuevamente se repicaron las campanas de la catedral y se descargó la artillería. En la tarde hubo música en la calzada de Guadalupe, la cual animó el lugar hasta las siete y media, en que fue trasladada al portal de las casas consistoriales, y ahí sonó hasta las diez y media de la noche. Los fuegos artificiales habían comenzado a las nueve. Para concluir, hubo más tarde todavía un tañido general de campanas, que duró casi diez minutos.

El programa era igual para celebrar el 27 de septiembre, con el único cambio en el héroe de la conmemoración: Iturbide. Así, a las 11 de la mañana del 27 de septiembre de 1842 “un repique general a vuelo y la salva de artillería” anunció a Morelia que “a esa hora hace veinte y un años, el



INTERIOR DE LA CATEDRAL DE MORELIA.

ejército trigarante ocupó a la gran Tenochtitlan y dio el último golpe al gobierno colonial que tres centurias nos oprimiera”. Otra diferencia fue que no hubo “oración cívica”, por lo que los editores del periódico *La Voz de Michoacán* publicaron un amplio artículo el día 29 en el que se empeñaron en hacer entender a los lectores que “la obra de la independencia no puede dividirse: Hidalgo la emprendió; Iturbide la concluyó”. Lo que el redactor del artículo no aclaró fue que la consumación de la Independencia la llevó a cabo un grupo distinto del que la inició y en circunstancias, además, muy distintas a las existentes en 1810. Sin duda querían exaltar la figura del hasta entonces único emperador en nuestra historia. Al respecto decían: *Se ha solemnizado en Morelia por la primera vez este aniversario glorioso, en medio de las demostraciones de un júbilo universal. Este es por excelencia el día de la patria; en él debe considerarse cifrada no sólo la gloria de Iturbide, sino la de los héroes todos de la Independencia.*

Para concluir, hay que señalar que, desde entonces, el culto a Agustín de Iturbide y a la efeméride del 27 de septiembre se generalizó en la conciencia del pueblo de México y pervivió varios

años, hasta el 14 de septiembre de 1864 en que Maximiliano de Habsburgo decretó que la única fiesta cívica que debía conmemorarse en el país era la del grito de Dolores el día 16 de septiembre, y así lo hacemos los mexicanos hasta ahora.

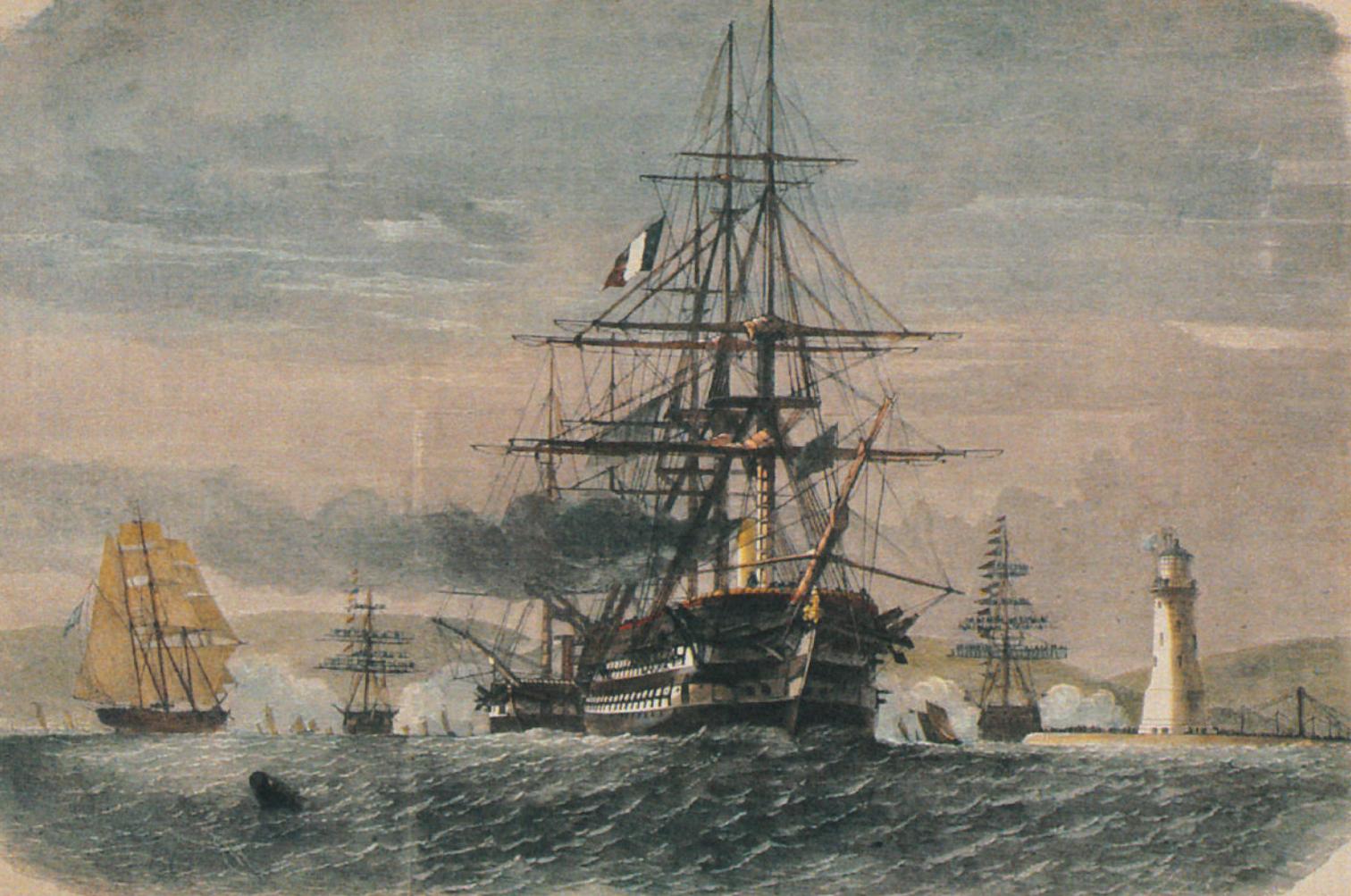
PARA SABER MÁS:

MICHAEL P. COSTELOE, “16 de septiembre de 1825: Los orígenes del día de la independencia de México”, en LUIS JÁUREGUI Y JOSÉ ANTONIO SERRANO (coord.), *Historia y Nación II. Política y diplomacia en el siglo XIX mexicano*, México, El Colegio de México, 1998, pp. 263-279.

MOISÉS GUZMÁN PÉREZ, *Las relaciones clero-gobierno en Michoacán. La gestión episcopal de Juan Cayetano Gómez de Portugal y Solís, 1831-1850*, México, Cámara de Diputados-LIX Legislatura, 2005.

CARLOS HERREJÓN PEREDO, *Del sermón al discurso cívico. México, 1760-1834*, México, El Colegio de Michoacán/El Colegio de México, 2003.

ENRIQUE PLASCENCIA DE LA PARRA, *Independencia y nacionalismo a la luz del discurso conmemorativo (1825-1867)*, México, Conaculta, 1991.



FRAGATA NOVARA. QUE LLEVARÍA A LA PAREJA IMPERIAL A VERACRUZ (1864).

PRELUDIO DEL SEGUNDO IMPERIO

Víctor A. Villavicencio Navarro

Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Habían pasado casi ocho meses desde que la mayoría de los miembros de la Comisión salieron de su patria con el objeto de ofrecer formalmente la corona mexicana al archiduque Fernando Maximiliano de Habsburgo, y poco más de seis de haber cumplido su misión y encontrarse esperando, paciente y angustiosamente, su respuesta. Al fin, el 10 de abril de 1864, se hallaban en la espléndida sala de ceremonias del castillo de Miramar, la bellísima construcción que Maximiliano habitaba junto con su esposa y que mandó levantar de acuerdo con sus deseos, a las afueras de Trieste —entonces dominio del Imperio Austriaco—, a punto de escuchar de los labios de su futuro emperador, la aceptación oficial para ocupar el trono, una vez satisfechas las condiciones que había puesto para asegurarse que la mayoría del pueblo mexicano lo deseaba.

México —dijo en su discurso José María Gutiérrez de Estrada, quien presidía la Comisión— *con una confianza filial, pone en vuestras manos el poder soberano y constituyente, que debe regular los futuros destinos y asegurar su glorioso porvenir, prometiéndonos, en este momento de solemne alianza, un amor sin límites y una felicidad inalterable.*



José Manuel Hidalgo y Esnaurrizar miraba y escuchaba complacido, orgulloso de haber sido él, en gran parte, el responsable de que la empresa que ahora se consumaba se hubiera echado a andar años atrás. Su tacto y sus finas maneras le habían granjeado un lugar de preferencia dentro de la corte de Napoleón III, gracias a lo cual tuvo la oportunidad de exponer a los monarcas franceses la suerte de su desdichada patria en innumerables ocasiones, asegurándoles que, sin su ayuda, México desaparecería ante la voracidad estadounidense. Por su parte, Ignacio Aguilar y Marocho, para quien el viaje significó la primera oportunidad de salir de México, continuaba asombrado por la belleza del salón de ceremonias, el lujo y buen gusto que decoraban cada rincón de Miramar; impaciente por escuchar a Maximiliano, sentía la certeza de que sus infortunios acabarían. No tendría que ocultarse más, ni soportar la humillación de someterse a un juicio de responsabilidad por haber sido ministro de Su Alteza Serenísima durante su dictadura. Tampoco volvería a sufrir de persecución por haber servido al gobierno conservador como ministro de la Suprema Corte de Justicia durante la Guerra de Reforma. Al fin podría vivir tranquilo y rodeado de su familia.



Concedáanos la honra insigne e inefable dicha de ser los primeros, entre los mexicanos —concluía Gutiérrez de Estrada—, que reverentes os saluden a nombre del país, como el Soberano de México, árbitro de sus destinos y depositario de su porvenir. Todo el pueblo mexicano, que aspira con indecible impaciencia a poseeros, os acogerá en su suelo privilegiado con un grito unánime de agradecimiento y de amor.

CASTILLO DE MIRAMAR, TRIESTE.

Los presentes contuvieron el aliento y dirigieron la mirada expectante al archiduque y su esposa. Maximiliano, ataviado con el traje de gala de almirante de la marina austriaca, en color azul y oro, dio unos pasos hacia delante y dijo: “Solemnemente declaro que con la ayuda del Todopoderoso acepto de las manos de la Nación mexicana la Corona que ella me ofrece” (ver p.17). Carlota,

LA COMISIÓN MEXICANA EN TRIESTE, ABRIL DE 1864.





a todas luces satisfecha, portando un vestido de terciopelo rojo con collar y brazaletes de diamantes, escuchó concluir a su marido: “Grande es la empresa que se me confía, pero no dudo en llevarla a cabo confiado en el auxilio divino y en la cooperación de todos los buenos mexicanos”.

Gutiérrez de Estrada dirigió unas últimas palabras: “Réstanos, por último señor, un deber que cumplir: el de poner en vuestros pies el amor de los mexicanos, su gratitud y su homenaje de fidelidad”. Maximiliano prestó entonces el juramento de emperador de México, comprometiéndose a velar por el bienestar y la felicidad de sus nuevos súbditos y a defender la independencia y el territorio de su nueva nación. Tan pronto Carlota hizo lo propio, tronaron veintiún cañonazos de



la fragata austriaca *Bellona*, que anclaba frente a Miramar, como saludo a los nuevos monarcas y la bandera mexicana fue izada en el asta del castillo. Luego de firmar el acta oficial de la aceptación, escuchar el *Tè Deum* en la capilla del castillo, hacer algunos nombramientos y designar varios representantes de su imperio, los nervios de Maximiliano se quebraron. Las emociones de la jornada y la tensión que había significado el que apenas el día anterior firmara su renuncia sobre los derechos al trono austriaco, habían hecho mella en su organismo. El doctor August Jilek, su médico de cámara, lo encontró exhausto y sudoroso, con la cabeza apoyada en los brazos sobre el escritorio de la biblioteca. No podría asistir

a la cena que se tenía preparada para dar término al protocolo de la aceptación. Prefirió pasar el resto de la tarde y la noche aislado en la *Gartenhaus*, la pequeña casa en los jardines del castillo, construida para ser habitada por él y su esposa durante la edificación de Miramar, el mismo sitio en el que, poco más de dos años después, la emperatriz Carlota sería encerrada luego de perder la razón durante el viaje que haría a Europa en pos de ayuda para su marido. Pero ahora, feliz y siempre serena, debió representarlo en el convivio.



El nuevo emperador recuperó sus fuerzas poco a poco. Aunque debió postergarse la salida rumbo a México hasta el 14 de abril. La mañana elegida, triste y meditabundo, se le vio pasear por los jardines del castillo y recorrer uno a uno sus salones, como despidiéndose. Media hora antes de la partida, una comisión de la ciudad de Trieste acudió a desearle buen viaje y puso en sus manos una despedida firmada por once mil habitantes de la pequeña ciudad, en la que deseaban la mejor de las suertes a la pareja imperial. En el patio del castillo de Miramar se había congregado una

Maximiliano



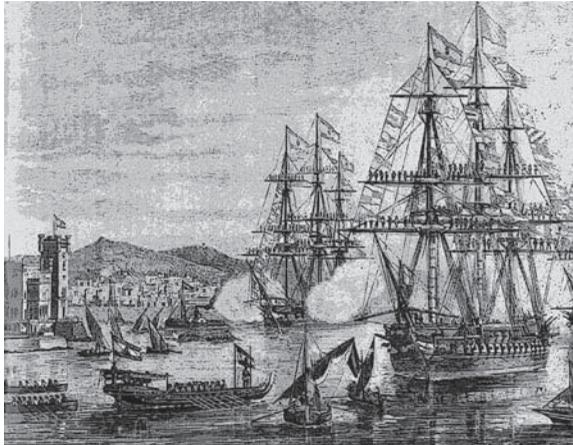
LA FAMILIA IMPERIAL AUSTRIACA, CA. 1860.

duquesa Sofía-, *nuestra bendición, nuestras oraciones y nuestras lágrimas te acompañan, Dios os proteja y os dirija. Por última vez adiós desde la tierra de la patria donde ya no te veremos más. Con el corazón acongojado te bendecimos de nuevo.*

A bordo, conmovido al máximo y con la certeza de que abandonaba su tierra para siempre, Maximiliano se encerró en el camarote y no volvió a salir durante la jornada. A lo lejos escuchaba a la multitud que gritaba y arrojaba flores. El fuerte de Trieste

gran multitud para decirles adiós. Él, con los ojos hinchados de lágrimas, tenía apenas fuerzas para

hizo sonar sus cañones, mientras las embarcaciones se alejaban en las aguas del Adriático.

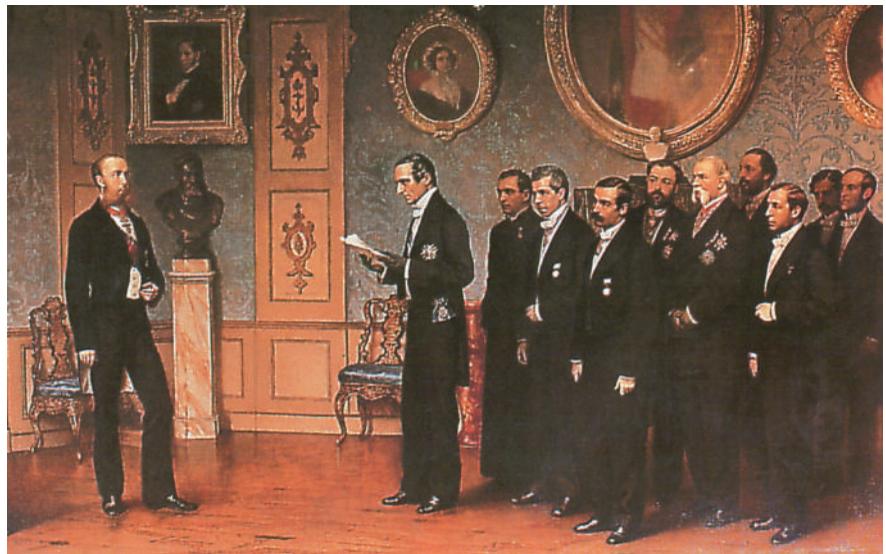


FRAGATA THEMIS, QUE ESCOLTÓ A LA NOVARA (1864).

El archiduque, ya dueño de sus emociones y con un mejor semblante, salió a cubierta a la mañana siguiente y pasó la mayor parte del día en el puente de mando, disfrutando del paisaje, charlando amenamente con el capitán y demás acompañantes. Carlota, mientras tanto, gastaba la mayor parte de sus horas en el estudio del español y la lectura de noticias e historias de México. Cuatro días tardaron las fragatas en rodear la península itálica y el 18 de abril anclaron en Civitavecchia. Esta ciudad, aún ocupada por las tropas francesas que garantizaban la seguridad del Papa ante los conflictos por la unificación italiana, los recibió con los honores oficiales propios de su nuevo carácter de emperadores, ya que Napoleón

levantar la mano y agitarla a manera de despedida; ella, detrás, con una sonrisa radiante, miraba tranquila y complacida el espectáculo. Abordaron la pequeña barcaza que los llevaría a la fragata *Novara*, anclada frente al castillo junto con la *Themis* francesa, que les escoltaría hasta el puerto de Veracruz. A última hora, el archiduque leyó un telegrama enviado por sus padres: *Adiós* -le decía la archi-

LA DIPUTACIÓN MEXICANA OFRECE LA CORONA A MAXIMILIANO, 10 DE ABRIL DE 1864.





III había girado las instrucciones correspondientes. Esa misma noche llegaron a la Ciudad Eterna. Luego de un paseo nocturno por el Coliseo y el Foro Imperial, el séquito fue albergado en el espléndido palacio Marescotti, propiedad de Gutiérrez de Estrada y su esposa.

Maximiliano y Carlota, junto con sus acompañantes,

escucharon misa al otro día muy temprano de labios de monseñor Nardi en las catacumbas de la Basílica de San Pedro. Recorrieron enseguida la Basílica y más tarde fueron recibidos en audiencia por Pío IX, audiencia en la que el emperador mexicano desaprovechó la oportunidad de tocar temas de importancia con el Sumo Pontífice, toda vez que en México los problemas con la Iglesia eran ya insostenibles. Luego de un rápido recorrido por los museos vaticanos, la pareja imperial visitó a sus parientes, los ex reyes de Nápoles, quienes se encontraban exiliados viviendo en el Palacio de Farnese. Por la tarde el Palacio Marescotti lució sus mejores galas. Gutiérrez de Estrada, nervioso, coordinaba cada detalle de



los preparativos para la *soirée* que ofrecería por la noche en honor de sus emperadores y a la que estaban invitados los miembros más distinguidos de la alta sociedad, destacados políticos y diplomáticos de la corte romana. La cena fue fastuosa,

la mayoría de las crónicas coinciden en señalarla como una de las más elegantes que se dieron en ese tiempo en Roma.

Pío IX volvió a recibir a los monarcas mexicanos y a su séquito a la mañana siguiente, en punto de las siete, para oficiar misa en una de las capillas secretas de San Pedro, y esa misma tarde, el Sumo Pontífice visitó el palacio Marescotti. Seis caballos negros tiraban de la carroza dorada que entró por la angosta calle a la que daba la entrada, donde le esperaba Gutiérrez de Estrada, emocionado hasta las lágrimas por el honor que representaba la visita

a su casa del máximo jerarca de la Iglesia. En ella, el Papa tuvo una vez más una conferencia privada con Maximiliano y Carlota, desaprovechada de nuevo, y después una audiencia pública, luego de la cual se retiró. A las cuatro de la tarde de ese 20 de abril de 1864, la corte imperial mexicana salió de Roma de vuelta a Civitavecchia. Esa noche la *Novara* y la *Themis* volvieron a levar anclas y se alejaron de las costas italianas.

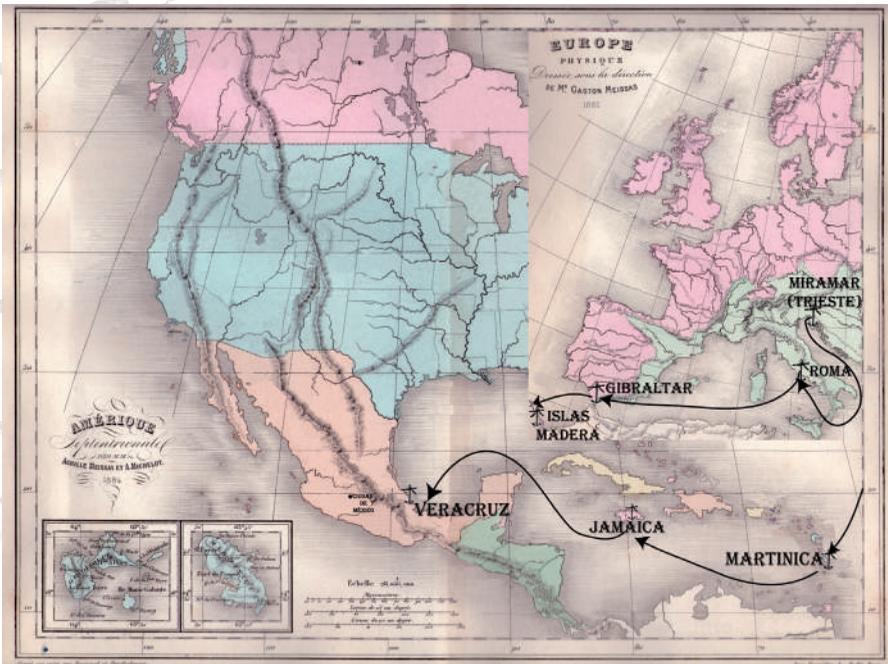
Las fragatas anclaron frente a Gibraltar cuatro días más tarde; después de pasar dos jornadas visitando la ciudad y el famoso pe-



DEJANDO MIRAMAR (ABRIL 14 DE 1864).

ENTREVISTA DE MAXIMILIANO Y CARLOTA CON PÍO IX (ROMA, ABRIL 20 DE 1864).





gresar a la patria. De forma precavida ordenó que dos copias de la protesta se guardaran en su embajada de Viena, por si llegaba el caso de darla a conocer.

Conforme la *Novara* se acercaba a las Antillas, el calor crecía. El emperador frecuentaba cada vez menos la cubierta y pasaba las horas encerrado en su camarote, rodeado de los hombres de mayor confianza, preparando, entre otras cosas, el ceremonial de la corte, junto con su

ñión, el séquito volvió a hacerse a la mar, entrando al océano Atlántico. Una escala más de sólo una tarde en las islas Madera y de nuevo el mar abierto. Interminable y profundamente azul se miraba

el océano, largos días sin ver más que agua invitaban al aburrimiento, pero también a la reflexión. El archiduque no lograba sacarse de la cabeza la renuncia a sus derechos sobre

reglamento, quizá con el fin de alejar de su pensamiento las incertidumbres del porvenir. Luego de 17 días de travesía, las fragatas atracaron frente a Martinica. El sol pegaba a plomo. Tras un día de recorrer la isla, fascinados con el panorama que ofrecía la vegetación tropical, los viajeros observaron un espectáculo de pirotecnia en honor de los emperadores de México. El 21 de mayo arribaron a Jamaica, donde siguieron maravillándose con los paisajes caribeños. Fue esa la última escala antes del arribo a su destino final. Los días siguientes les llenaron de expectación. A punto de conocer las tierras de su imperio, una curiosa mezcla de emoción, angustia y ansiedad se adueñó de ellos.

Por fin, la pareja imperial vio las aguas del golfo de México, después de bordear la península de Yucatán. El 28 de mayo de 1864 llegó a su fin la larga travesía de 44 días. La *Novara* y la *Themis* anclaron frente al fuerte de San

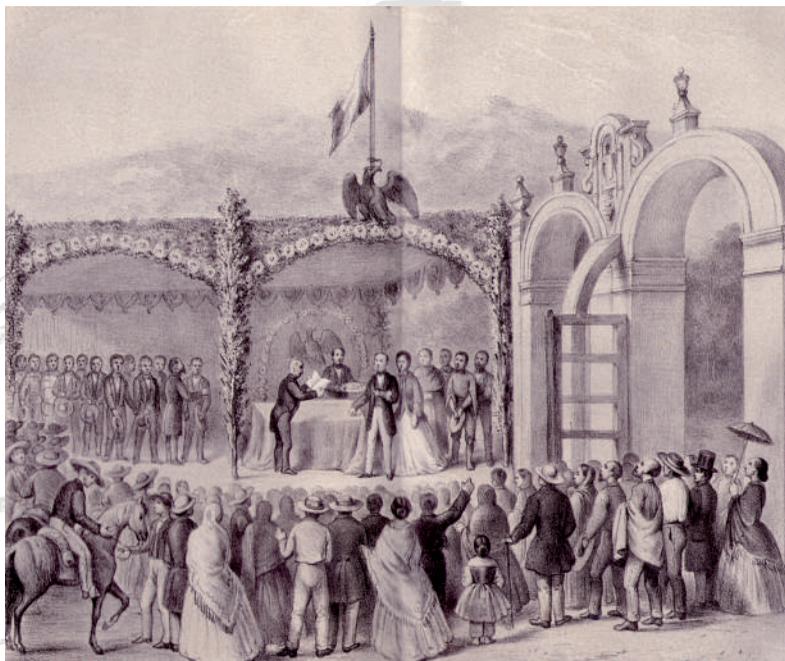
EL RECORRIDO DE VERACRUZ A LA CAPITAL DE MÉXICO.

PORTADA CON VISTA AL NORTE, 1ª CALLE DE MERCADERES, PUEBLA.



el trono austriaco. Junto con su esposa, decidió redactar una carta de protesta en la que aseguraba que dicha renuncia le fue arrancada por medio de terribles presiones morales y que nunca tuvo la oportunidad de leer o escuchar leer su contenido. Si bien era cierto que la pareja imperial había sido presionada para lograr la firma, la ignorancia respecto a lo que establecía el documento era falsa en absoluto. Maximiliano presentía acaso malos resultados para su aventura imperial en México; no convencido del éxito seguro, quería garantizar que, en su momento, se le restituyeran los derechos dinásticos, no fueran a serle necesarios al re-





EN LA GARITA DE ESCAMELA DE ORIZABA.

Juan de Ulúa, a la vista del puerto de Veracruz. El general Juan Nepomuceno Almonte, que había sido nombrado lugarteniente del imperio por Maximiliano, llegó tarde a dar la bienvenida a los emperadores, pues esperaba su arribo para unos días después. Esa tarde abordó la *Novara* y los saludó en nombre de su nueva nación. Fue hasta la mañana siguiente, muy temprano, que Maximiliano y Carlota tocaron tierra. La recepción en la ciudad no fue lo que se esperaba. Los arcos triunfales y las flores que se tenían preparadas se habían arruinado durante la noche, pues una fuerte ventisca y la lluvia torrencial atacaron al puerto. Además, la frialdad de los habitantes veracruzanos provocó las lágrimas de la más entera Carlota.

El viaje hacia la capital comenzó enseguida. Un cortísimo tramo del tren que salió del puerto los dejó en Loma Alta, desde donde hubieron de cambiar de transporte a las carrozas jaladas por mulas. El trayecto fue insoportable. Los caminos, mal trazados y siempre amenazados por bandidos, hacían brincar de un lado a otro a los ocupantes de los duros e incómodos sillones sólo cubiertos de cuero. Pero conforme la distancia con la capital se hacía más corta, los recibimientos se hacían más calurosos. Córdoba y Orizaba vieron pasar a los emperadores y su séquito; flores, música y salvas saludaban a los monarcas en cada poblado que tocaban. Puebla de los Ángeles les recibió

gustosa y magnánima; las autoridades, así como el clero de la ciudad organizaron una bienvenida llena de algarabía. Todo mejoraba con el avance. Carlota olvidó la glacial acogida de Veracruz y se encontraba feliz y radiante, ansiosa de llegar por fin a la capital de su imperio. Tuvieron oportunidad de sorprenderse con la maravillosa pirámide de Cholula. Luego de pasar por Río Frío se encontraron con la esplendorosa vista del valle de México. La caravana imperial llegó a los llanos de Aragón el día 11 de junio, debajo de un cielo azul limpiísimo. Los aguardaban más de doscientos carruajes finamente

ataviados, que habían sido llevados para hacer séquito a la pareja de monarcas, pertenecientes a las familias más acomodadas de la ciudad, y con ellos arribaron a la Basílica de Guadalupe, donde fue entonado el solemne *Domine, salvum fac Imperatorem*, luego del cual los emperadores escucharon las palabras de bienvenida del arzobispo de México, del Marqués de Montholon, ministro francés, y del general Aquiles Bazaine.



© Rodríguez Jit.

Lit. de Treviño.

ARCO DE LAS FLORES.

La entrada a la ciudad se verificó al día siguiente. Maximiliano y Carlota abordaron el tren en la Villa de Guadalupe y arribaron a la estación de la Concepción, rodeada de millares de personas. La carroza que los transportó iba flanqueada por los generales del ejército francés, seguidos de su estado mayor, los acompañantes de los monarcas, las damas de honor y el resto del ejército galo que servía de escolta durante el camino. El ayuntamiento había dispuesto, desde días antes, el programa de la recepción y las calles por donde pasaría la comitiva durante su arribo, lo que provocó que los balcones y las ventanas de las casas que daban a ellas se alquilaran a precios exorbitantes. De las ciudades y pueblos cercanos llegaron curiosos que no querían perderse el acto solemne del recibimiento de los monarcas. Las calles de Plateros y Vergara se hallaban engalanadas con arcos, flores y banderas. Música, gritos, flores, banderines, la recepción era apoteósica. Al



ENTRADA DE LA PAREJA IMPERIAL A MÉXICO EL 12 DE JUNIO DE 1864.

llegar a la catedral, la comitiva fue recibida por los miembros del alto clero de la ciudad. Luego del *Te Deum*, el emperador y su esposa caminaron rumbo al palacio nacional, en cuyo interior fueron saludados por todas las altas dignidades de estado y de la milicia francesa y mexicana. La multitud reunida en la plaza de armas estalló en júbilo cuando Maximiliano y Carlota asomaron al balcón principal para saludarlos. La algarabía y el entusiasmo llegaron al límite.

Durante quince días más, la ciudad de México festejó la llegada de sus nuevos soberanos. Fiestas, bailes, funciones de teatro y ópera se programaron para agasajarlos. Así se levantó el telón y dio inicio la comedia, así fue el prelude del Segundo Imperio mexicano.



ARCO DEL EMPERADOR

PARA SABER MÁS:

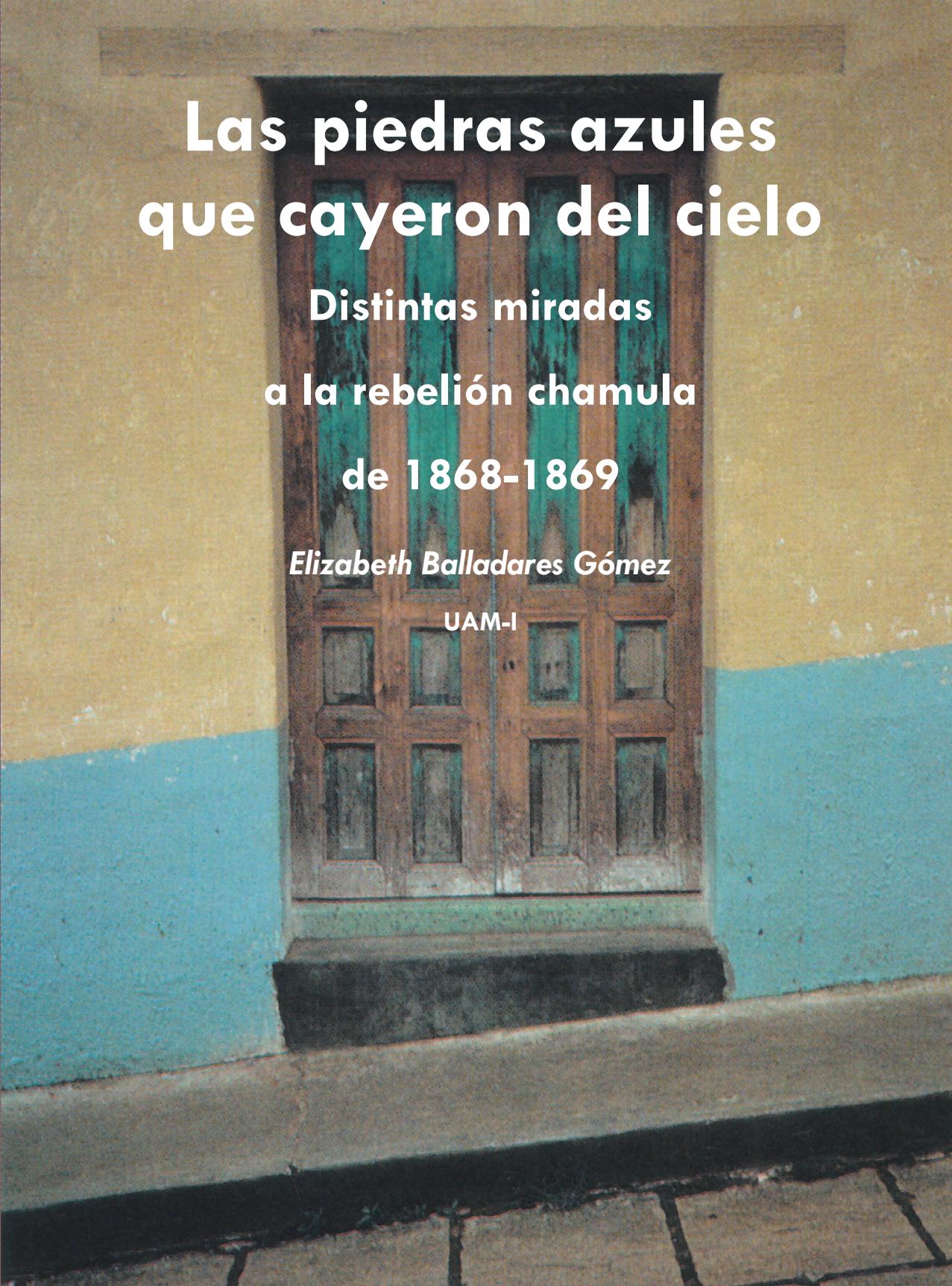
EAGON CESAR CONTE CORTI, *Maximiliano y Carlota*, México, FCE, 2003.

FERNANDO DEL PASO, *Noticias del Imperio*, México, Plaza y Janés, 1998.

KONRAD RATZ, *Tras las huellas de un desconocido. Nuevos datos y aspectos de Maximiliano de Habsburgo*, México, Siglo XXI, 2008.

Visitar el Castillo de Chapultepec (alcázar, pinturas y muebles de Maximiliano y Carlota)

Ver la película *Maximiliano y Carlota*, 1933, México. Director: Miguel Contreras Torres.



Las piedras azules que cayeron del cielo

Distintas miradas
a la rebelión chamula
de 1868-1869

Elizabeth Balladares Gómez

UAM-I

El cielo de Chiapas se encontraba cargado de nubes oscuras y presagios. Era el año de 1868 cuando el cielo arrojó tres piedras sobre Tzajalhemel, un paraje cercano al pueblo tzotzil de San Juan Chamula. Los indios tomaron las piedras por dioses, en cuyo honor ofrendaron un Cristo indio; hechizados por las revelaciones de estas piedras-dioses, desencadenaron su odio sobre los habitantes de San Cristóbal, marcando el comienzo de la llamada guerra de castas.

Este relato se perpetuó en el tiempo y los corazones de los habitantes de la región de los Altos de Chiapas y distintos estudiosos del tema se basaron en él para la reconstrucción de esta historia, pero algunas voces de tiempos recientes la han desmitificado a partir del escrutinio cuidadoso de las fuentes de ese tiempo y nos ofrecen otra mirada de la guerra de castas, situándola en el contexto regional, mostrando que se halla inscrita en los procesos políticos de la nación mexicana que buscaba construirse después de la independencia, periodo en que las distintas facciones políticas y las leyes esgrimidas desde el centro hicieron posible el culto de Tzajalhemel y sus consecuencias que a continuación se narran.

La mirada en el momento

En Tzajalhemel, la indígena Agustina Gómez Checheb pastoreaba un rebaño de ovejas cuando aparecieron en su camino tres piedras de color azul oscuro y de forma redonda. Al ver a su madre le dijo: “estas piedras bajaron del cielo”. Siguiendo el consejo del fiscal de San Juan Chamula, Pedro Díaz Cuscate, Agustina envolvió las piedras caídas del cielo y las ocultó en una caja de madera. Se cuenta que las piedras golpeaban la caja para

poder salir, por lo que Díaz Cuscate, valiéndose del respeto que gozaba por ser el encargado de la iglesia, difundió la noticia de que las piedras hablaban y se autonombró sacerdote del nuevo culto. Y la noticia no tardó en llegar a los pueblos aledaños.

Una gran tormenta inundaría las calles de San Cristóbal en esos días. Desde un altar improvisado en Tzajalhemel, Pedro Díaz Cuscate la interpretó como un castigo a los ladinos –los habitantes no

indígenas de la ciudad–, y una muestra de la fuerza de sus dioses que se negaban a abandonar a los primeros habitantes de estas tierras.

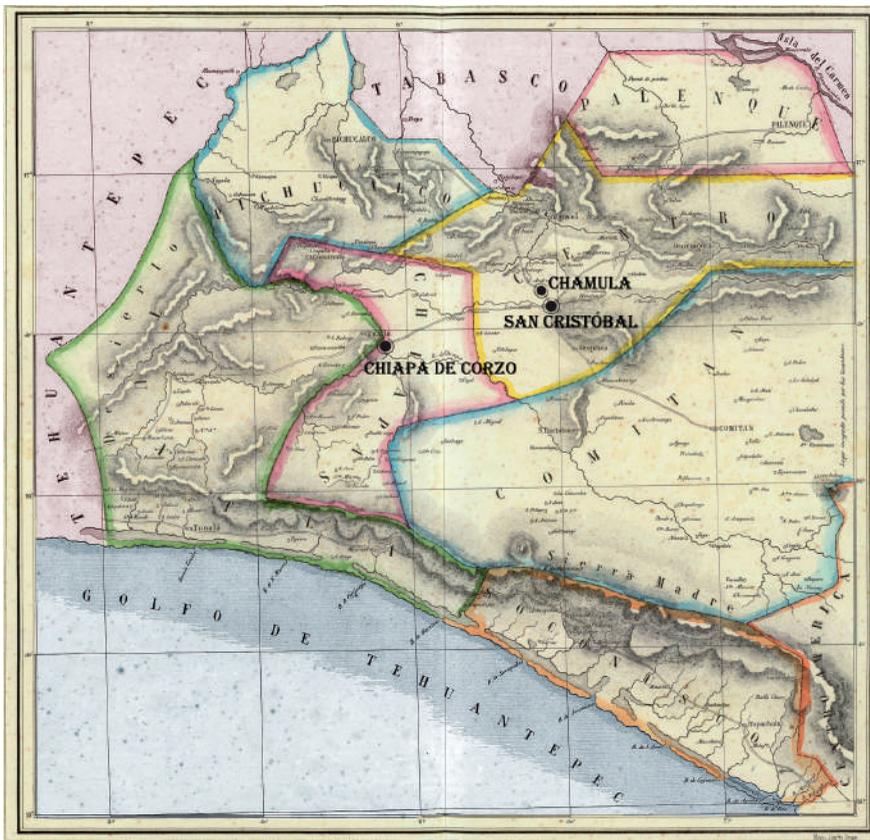
En medio de rezos, olor a incienso y a juncia, los indígenas de Chamula y pueblos cercanos adoraron a las piedras: sus dioses que volvían. Que cayesen del cielo era una señal de inconformidad por el olvido en que se les había tenido, era un reclamo por ser suplidos por la nueva religión y así lo entendieron sus fieles,

quienes decidieron escucharlos y redimirse otorgándoles la dignidad que se merecían.

Tzajalhemel se llenó pronto de vida: rezos, procesiones, flores, incienso y *posh* –la bebida embriagante de caña– se ofrecían a los dioses en señal de respeto. Era tanta la gente que visitaba las cuevas del lugar, que se instaló un mercado en el que los indios comerciaban libremente por medio del trueque y sin intervención de ladinos. La noticia no tardaría en llegar hasta los oídos del cura de Chamula, quien ya se preguntaba el por qué de la poca asistencia a la iglesia, así que decidió visitar Tzajalhemel. Al llegar y darse cuenta de lo que sucedía, reprendió severamente a los indios por sus prácticas paganas, ante lo cual éstos se mostraron sumisos y abandonaron las cuevas.



MAPA DE CHIAPAS (1858).



atacase la ciudad, el jefe político de San Cristóbal prohibió las reuniones de indios y acompañado de 50 hombres partió para Tzajalhemel, donde los líderes del culto fueron apresados. Como la capital del estado se encontraba provisionalmente en Chiapa de Corzo, allá fueron enviados los indígenas a ser juzgados. El fiscal se apoyaría firmemente en la recién proclamada ley de libertad de cultos (1860), por lo que el gobierno encabezado por Pantaleón Domínguez los dejó en libertad.

Díaz Cuscate ganó así mayor respeto y el culto a

Los habitantes de la ciudad de San Cristóbal estaban inconformes con lo que pasaba. Una sombra cayó sobre las casas de aquellos orgullosos descendientes de conquistadores: el miedo. ¡Cómo no sentirlo cuando pensaban que los indios eran salvajes y juntos podían ser muy peligrosos! Además, el recuerdo de la rebelión de los indios en Yucatán en 1847 estaba fresco en su memoria.

Temiendo un levantamiento armado que

las piedras-dioses tuvo más seguidores indígenas, pues los indios asumieron que les acompañaba el poder de sus dioses. Por eso, el líder se atrevió a dar otro paso para fortalecer el culto de Tzajalhemel. Al acercarse la Semana Santa, dijo a sus fieles: “Tiempo atrás, los blancos, los ladinos, crucificaron a uno de los suyos, su nombre era Jesucristo y éste les ayuda y protege, pero no ampara a ninguno de nosotros por ser Jesucristo de otra

raza y otra sangre. Necesitamos crucificar a uno de nosotros para que él nos proteja”. De modo que el viernes santo del año de 1868, un niño de 10 años fue crucificado en la plaza de Tzajalhemel. Se cuenta que Agustina y doce mujeres, que siempre estaban allí en calidad de *santas*,

FUERZAS
LADINAS
CON-
TRA LA
REBELIÓN
CHAMULA.



bebieron de su sangre en medio de una nube de incienso y una masa embriagada que celebraba con cantos y rezos.

Díaz Cuscate aprovechó que la noticia del Jesucristo indio aún se desconocía para hacer un viaje a Chiapa de Corzo y denunciar las visitas armadas del

jefe político de San Cristóbal a Tzajalhemel. Dijo que Agustina y una de las *santas* fueron apresadas en el camino. Y también él fue apresado.

El hasta entonces respetado personaje procedente de la ciudad de México, Ignacio Fernández de Galindo, que en San Cristóbal dirigía el Colegio Científico y Literario, del cual era fundador, se presentó en escena. Al enterarse de los sucesos se dirigió a Chamula. Se dice que era anarquista y en la lucha de los indios vio la oportunidad de poner sus ideales en práctica.

Llegó a esta población con su esposa y Benigno Trejo, uno de sus alumnos, para ofrecer su intervención en la liberación de Díaz Cuscate y así se ganó la confianza de los indios. Tomó rápidamente el liderazgo del culto y fue llamado *San*



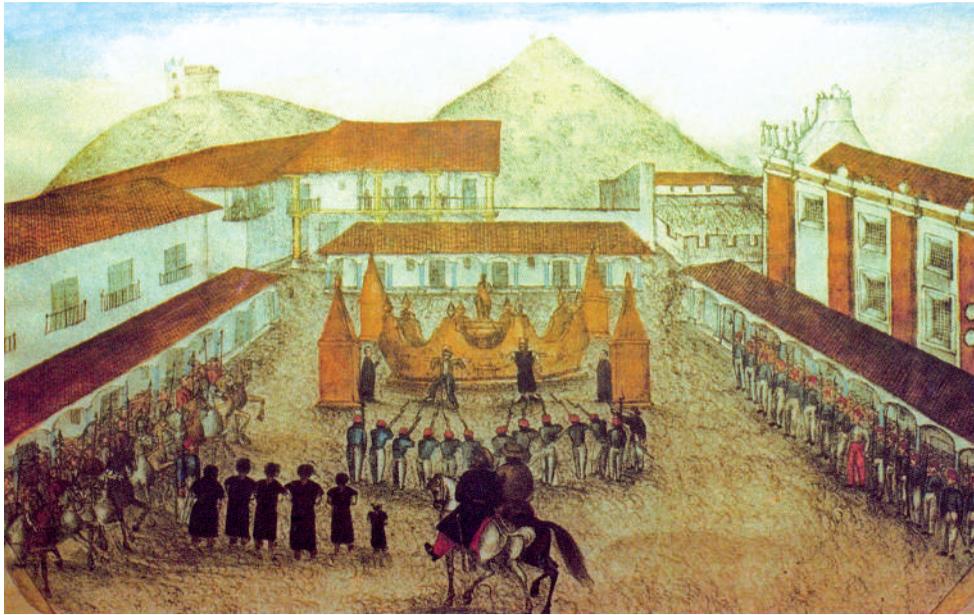
Mateo. Desde su nueva posición de profeta predicó que los indios eran la semilla de una sociedad igualitaria, demostrado por el mercado que existía alrededor de Tzajalhemel, donde comerciaban de manera justa y sin intervención de los ladinos. Vestido como chamula, el ex maestro recorría el paraje contando historias de la guerra en la que los indios casi habían logrado imponerse en Yucatán, recordando a sus oyentes que las tierras les pertenecían... sembrando así el odio hacia sus opresores ladinos.

No se conformó con predicar, sino que comenzó a entrenar militarmente a los indios para emprender luego la búsqueda de la liberación del fiscal. Para persuadirlos les recordó que tenían un Cristo indio que les protegía y que, si les tocaba una bala, resucitarían al tercer día.

La violencia se desató cuando, en un acto de valentía, el sacerdote de Chamula decidió terminar de una vez por todas con las prácticas idólatras, dirigiéndose a Tzajalhemel, pero allí sólo encontró a un grupo de indios, a quienes les arrebató las piedras-

LOS LADINOS MASACRAN A LOS INDIOS.





FUSILAMIENTO DE GALINDO Y TREJO.

dioses. Cuando esto se supo, los seguidores del culto enfurecieron y lo persiguieron para arrebatarle las piedras hasta darle muerte.

Estas noticias alarmaron a los oriundos de San Cristóbal, quienes pidieron auxilio al gobierno del estado, el cual, sin embargo, sólo envió a un pequeño grupo armado para enterarse de lo que sucedía. Esta tibia respuesta los hizo tomar la decisión de formar un ejército de civiles dispuestos a defender a la religión cristiana, la seguridad de sus familias y sus territorios.



FLAVIO PANIAGUA.

Una comitiva indígena encabezada por Galindo se dirigió a San Cristóbal para exigir la liberación de los presos, después de deliberar largamente con el enviado del gobierno de Chiapa, se llegó a un arreglo: el intercambio de Díaz Cuscate y de dos mujeres por Galindo, su esposa y su alumno. Los indios regresaron a sus comunidades, pero la tranquilidad derivada del pacto no duró. Cuando se supo de la muerte del sacerdote de Chamula, la población ladina se horrorizó y más al enterarse de que los indios avanzaban hacia San Cristóbal, asesinando a cuanto ladino encontraban a su paso.

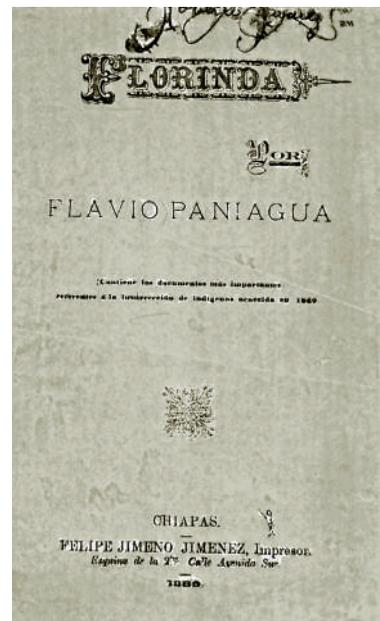
Las fuerzas armadas reunidas en San Cristó-

bal decidieron no esperar e ir en pos de los sublevados. Tardíamente, el gobierno del estado respondió también al llamado de esta ciudad para participar en la lucha de “la civilización contra la barbarie”. Los indios ganaron algunas batallas, pero no la guerra. A pesar de la superioridad numérica de su ejército, muchos se desalentaron al darse cuenta de que sus muertos no regresaban a los tres días y su rebelión fue derrotada.

Se fusiló a Galindo y su estudiante en una plaza de San Cristóbal. El destino de Díaz Cuscate es incierto, pero se dice que se ocultó en las montañas y que murió viejo y cansado. A las piedras azules se les dejó de mencionar y en las cuevas de Tzahalemel hubo silencio. Quizá el Cristo de los ladinos era más poderoso que el Cristo indio.

La mirada ahora

Veinte años después apareció *Florinda*, novela de Flavio Antonio Paniagua (1843-1911), un destacado habitante de San Cristóbal. En ella relata la historia que arriba contamos y de la que él mismo fue testigo presencial y gracias a su relato se conocieron los sucesos. El tiempo otorgaría a la novela la condición de fuente



principal de los acontecimientos.

A los historiadores y antropólogos les fascinaría la historia y con el paso del tiempo la reproducirían, aunque estudiándola desde otros ángulos. Para algunos, el relato reforzaba la idea de que los indígenas conservaban prácticas idolátricas después de 300 años de colonialismo español y 50 de vida republicana y que la religión cristiana no había desplazado totalmente las antiguas prácticas. Para otros se trataba de una historia de la resistencia india a la opresión sufrida por parte de la población ladina. También se intentó descifrar los significados del Cristo indio... Nadie, sin embargo, llegó a preguntarse si estos hechos ocurrieron en realidad.

¿Hubo entonces una guerra de castas en Chiapas? Para el historiador Jan Rus (1995, “¿Guerra de castas según quién?”) no fue así, y dice que, para entender lo que pasó, habría que regresar a unos años antes, cuando México comenzaba a constituirse como nación. En Chiapas, como en otras regiones, la independencia significó el inicio de una lucha por el manejo de los poderes locales. Asimismo, después de la independencia, los pueblos indios soportaban peores condiciones que durante la época colonial, entre otras, el despojo de sus tierras. Se denuncian comunidades enteras como tierras baldías, por lo que pasaron a manos de algún terrateniente.

La región de los Altos de Chiapas, donde se sitúa la ciudad de San Cristóbal, contaba con mayor concentración de población indígena en comparación con la región baja del estado. San Cristóbal era además la sede del episcopado y la burocracia estatal y, la élite blanca era dueña de grandes extensiones de tierra y disponía además del trabajo de los indios y del comercio con ellos. También manejaba los impuestos indígenas ya que ella llevaba los registros de nacimientos y defunciones y por tanto era la encargada de cobrar las cargas tributarias. El control sobre las poblaciones indias se ejercía por medio de los tributos y el comercio desigual. La élite de San Cristóbal se consideraba



heredera natural del poder, por lo que adoptaría la causa conservadora.

CRUZ EN EL
ATRIO DEL
TEMPLO DE
GUADALUPE,
SAN CRISTÓ-
BAL DE LAS
CASAS.

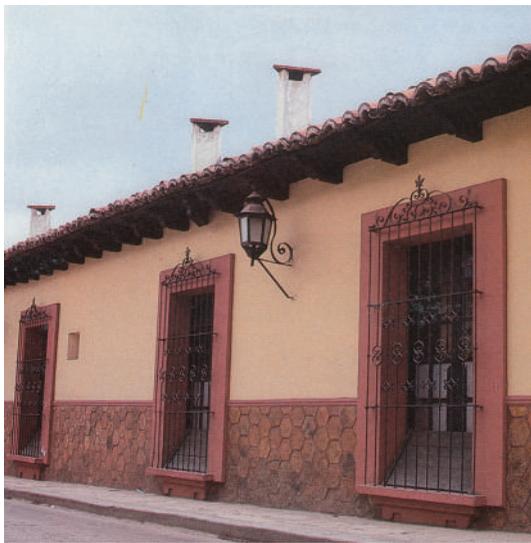
En las tierras bajas, igual que en San Cristóbal, la élite estaba compuesta por terratenientes, sobre todo agricultores y comerciantes blancos, pero la mano de obra se ejercía bajo un sistema de peonaje. Abrazaron los ideales liberales, lo que les permitiría arrebatar a la iglesia el control que mantenía sobre

la población india y afectar así a los intereses de los señores de las tierras altas. Con la liberación de los indios del yugo de la iglesia, los terratenientes de las tierras bajas podrían contar con una mano de obra que les era precisa para el desarrollo de su región.

Como se sabe, durante la primera mitad del siglo XIX la inestabilidad política del país se reflejó en la sucesión de distintos gobiernos que a partir de la segunda mitad se definieron como de tendencia liberal o conservadora. Este problema afectó al gobierno de Chiapas, que se dividió en cuanto a la adopción de una causa u otra. La inestabilidad política se tradujo en la disputa por la capital y en el año de 1864 la capital del estado se trasladó a Chiapa, irritando a los sancristobalenses y atizando la hostilidad entre quienes defendían los intereses de las tierras altas y los de las tierras bajas.

En suma, más allá de las diferencias ideológicas, lo que se jugaba era el dominio de la tierra





y de la mano de obra indígena. Esto explica los hechos de 1868-1869. Mientras el gobierno del estado se encontró en manos de los liberales, se impulsaron las reformas dictadas desde la ciudad de México. Se informó a los indios sobre las leyes de libertad de cultos y la no obligatoriedad en el pago de diezmos, con lo cual asestaron un duro golpe a los intereses del episcopado en San Cristóbal.

FIGURAS DE UN MERCADO INDÍGENA.

Todo indica que el fiscal de Chamula, Pedro Díaz Cuscate, conocía estas leyes. Como responsable de la iglesia del pueblo, era el intermediario con la comunidad, dando catecismo, e incluso estando a cargo de oficiar el culto por la ausencia del sacerdote. Esto explica su peso moral y espiritual en el pueblo de Chamula y comunidades vecinas.

Los habitantes de San Cristóbal, de por sí temerosos y prejuiciados hacia los indios, se sintieron amenazados por el mercado instalado afuera de las cuevas, donde los indios comerciaban sin necesidad de que ellos participaran.

El gobierno de Pantaleón Domínguez decidió,



en un primer momento, liberar al fiscal con base en la ley de libertad de cultos, aumentando la tensión interregional, aunque los liberales pronto se percataron de que la libertad de comercio que los indios ejercían en el mercado de Tzajalhemel no sólo dañaba a los comerciantes de San Cristóbal, sino a ellos también y además les impedía el acceso a la mano de obra india. Entonces el gobernador decidió intervenir militarmente en el conflicto de los Altos.

La aparición de Ignacio Fernández de Galindo, según Paniagua interpreta, tenía como fin organizar al ejército que acabaría con los ladinos. Parece más creíble la declaración de Fernández de Galindo: al ver como ocurrían los hechos, al tanto de los preparativos de guerra que se hacían en San Cristóbal, el maestro decidió hablar a los indios de sus derechos y se ofreció como mediador entre ellos y el gobierno para evitar una efusión de sangre. Galindo se había manifestado en debates previos contra la explotación de los indios y se le



respetaba como hombre ilustrado, pero después de los acontecimientos de 1868, quedaría en San Cristóbal como “un traidor a su raza”. Muestra de su buena fe sería que llegara a la ciudad con los indios a pedir la libertad de Díaz Cuscate. A cambio, y como signo de buena voluntad, éste se ofreció en canje! Todo indicaba que con su libertad, ambas partes quedarían satisfechas y Galindo sería liberado.

Aunque este canje mostraría lo imposible de una sublevación indígena, los vecinos de San Cristóbal y el mismo Paniagua arguyeron que Fernández de Galindo se entregó por estar seguro de que los indios se levantarían y lo librarían de la cárcel. Por ello es que Galindo fue condenado a muerte y comenzó la represión sobre la población

OFRENDA CHAMULA EN UN TEMPLO DE SAN CRISTÓBAL.



chamula.

Aunque es comprensible la exaltación de la guerra de castas por Paniagua, a partir incluso de su narración de la gesta heroica de los habitantes de San Cristóbal, “que se unieron como un solo

hombre contra la barbarie”, queda claro que las bajas de quienes “defendieron la ciudad” fueron extremadamente bajas, a pesar de la supuesta superioridad numérica de los sublevados. En efecto, las bajas indias fueron muy altas; otros relatos de la época muestran que se asesinó a gente indefensa que se encontró dispersa en sus comunidades —no en un ejército sublevado— y que imploraba perdón a los ladinos.

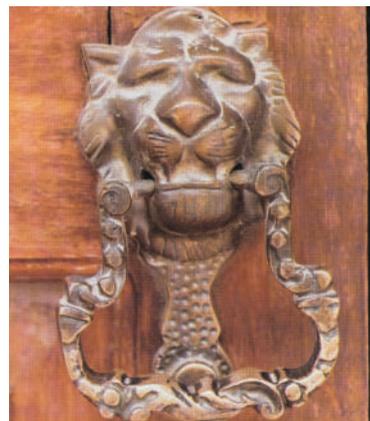
El miedo generado en la población india de la región de los Altos de Chiapas ante estos acontecimientos fue aprovechado por los ladinos y párrocos, que no sólo restablecieron su dominio sobre ella, sino que la mantuvo bajo un régimen de terror, ya que, so pretexto de alguna inconformidad para pagar impuestos, se la acusaba de haber participado en la rebelión, lo que significaba la captura y muerte de los acusados.

La historia relatada por Paniagua permaneció a lo largo de las sucesivas reconstrucciones posteriores de esta historia, pero

al voltear hacia atrás e intentar dar contexto al pasado, podemos ver una “guerra de castas” distinta, si entendemos que las razones ladinas de San Cristóbal para acabar con el culto “sacrílego” era mucho más que defender los valores cristianos, que rebasó incluso las posiciones



ideológicas distintas de liberales y conservadores y que en el centro del conflicto estaban los intereses económicos de la región y los prejuicios sobre las prácticas culturales de los indígenas.



La mirada pendiente

Lo hasta aquí planteado no basta pues falta aún escuchar las voces indígenas sobre este hecho. A la distancia en el tiempo, algunos pueblos tojolabales recuerdan:

Bien fuerte gritó: Queremos ya no Vender sin ganar Ahí en la ciudad (...) Hicieron así Comprar y vender Productos de indios En su lugar (...) Señor y patrón Les dio gran furor De que la ganancia Del indio será (...) Señor y patrón no pueden matar a todos nosotros en cantidad	<i>Tzatz lek`a`wani mixa xk`anatik schonjel b`a`chonab` b`a`t`usan tak`in (...) jachuk sk`ulane` shono smanawe` ja sb`olmale`i ja b`a`sluwari (...) ja niwak jnali tzatz lek`tajkiye` `oj`och tak`in b`a` sbolsa ja`indyo (...) ja niwak jnali mi xb`ob`yujile` `ojito smil`otik ta`jitzanotik</i>
--	--

PARA SABER MÁS:

ROSARIO CASTELLANOS, *Oficio de tinieblas*, en *Obras reunidas I*, México, FCE, 2005.

FLAVIO PANIAGUA, *Florinda*, México, Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, 2003.

JAN RUS, “¿Guerra de castas según quién?: indios y ladinos en los sucesos de 1869”, en JUAN PEDRO VÍQUEIRA Y MARIO HUMBERTO RUZ (eds.), *Chiapas: los rumbos de otra historia*, México, UNAM/CIESAS, 1995, pp. 145-174.

Indios somos con orgullo. Poesía Maya-Tojolabal, recopilación, traducción, notas, comentarios e introducción por Carlos Lenkersdorf, México, UNAM/ IIFL, Centro de Estudios Mayas, 1999.

Entre el San Lunes y el Día de Muertos

El problema del alcoholismo entre
las clases trabajadoras mexicanas

Florencia Gutiérrez

Instituto Superior de Estudios Sociales
Universidad Nacional de Tucumán
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas

Los artesanos de la ciudad de México impulsaron la creación de sociedades de ayuda mutua desde mediados del siglo XIX como una forma de atenuar la extrema vulnerabilidad de su vida cotidiana. A través de la formación de cajas de ahorro, las agrupaciones protegían y ayudaban económicamente a sus socios frente a la

adversidad que podía generar la falta de empleo o una enfermedad prolongada, incluso frente a la vejez o muerte del artesano los fondos recaudados servían para ayudar a su familia. Los dirigentes de estas asociaciones se acercaron al poder político buscando potenciar la ayuda brindada a los trabajadores (creación de escuelas, talleres, promoción de instituciones crediticias, etc.), situación que progresivamente sujetó al mutualismo a los dictados del gobierno y se transformó en explícita subordinación durante el gobierno de Porfirio Díaz.

Esta vinculación llevó al gobierno porfiriano y a la dirigencia artesanal a actuar de manera conjunta frente a lo que veían como uno de los principales problemas de las clases trabajadoras de la ciudad de México: el alcoholismo. En tal sentido, observaban el consumo exagerado de pulque como



un flagelo que contravenía la idea de progreso y amenazaba la instauración de la modernidad y el orden porfirianos. Los líderes de las sociedades de ayuda mutua insistían en que la inclinación a la bebida no distinguía entre clases sociales y era igual de censurable en el rico que asistía a la elegante cantina como en el pobre que se emborrachaba en la pestilente taberna; en esencia, su discurso se proponía condenar y erradicar un vicio que era mirado como un problema moral. Se insistía en que la ingesta de alcohol dañaba la disciplina laboral, la dignidad del trabajador, la armonía familiar y la paz social y, por ende, en la consolidación del ciudadano acorde con los proyectos porfirianos.

Para la dirigencia mutualista, la bebida implicaba el abandono de la familia del trabajador que de esta forma se veía privada de cubrir sus necesidades más imperiosas. Agobiados por la falta de recursos materiales, los obreros

POSADA. CALAVERA "LOS BUENOS VALEDORRES".

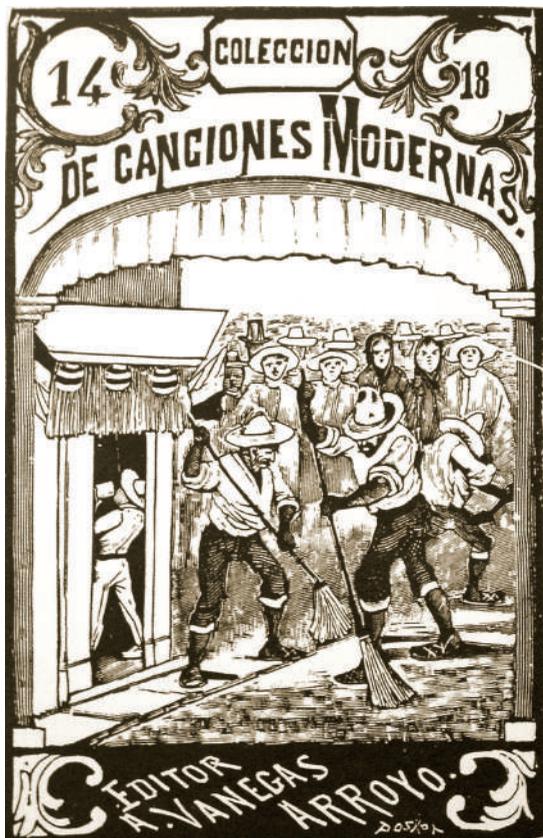


JOSÉ GUADALUPE POSADA. "LOS PATINADORES".

POSADA. CALAVERA "LOS BUENOS VALEDORRES".



POSADA. "SAN LUNES".



POSADA. "LOS PATINADORES" (1890-99).

figones y las cantinas, a fin de colaborar en su capacidad de ahorro y facilitar la consolidación del mercado interno y la industria nacional. En este sentido, la prensa obrera de fines del siglo XIX se hizo eco de una preocupación central de la época: la pronta consagración de una sociedad de consumo necesitaba de obreros y artesanos conscientes de los beneficios de los hábitos del ahorro y la templanza, condiciones ineludibles para alejarlos de los derroches de la taberna, el juego y el alcoholismo y acercarlos, en calidad de consumidores, a la industria nacional.

Fábricas, cantinas y panteones

En México, como en otros países, el consumo de alcohol en haciendas, centros mineros, fábricas y talleres era una práctica bastante extendida. En la capital de la república mexicana, artesanos y obreros esperaban la hora del almuerzo para consumir el pulque que traían de sus casas o el que sus familiares les acercaban para acompañar la comida. Hubo veces, como en la fábrica de cigarros del Negrito, en que la maestra del establecimiento obligaba a las operarias a consumir el pulque aguado y las tortillas duras que ella vendía.

El caso de las panaderías fue particular, la suelta práctica de embriagarse de los operarios fue uno de los argumentos utilizados por los dueños de las tahonas para negarles la salida diaria y permitirles ir a descansar a sus hogares. Alegaban

obligaban a sus esposas e hijos a vestir hilachas y a deambular por las calles mendigando un poco de comida. El hombre honrado perdía su dignidad bajo los efectos del pulque, la embriaguez lo alejaba de las posibilidades de inserción laboral, dado que el obrero que bebía no inspiraba confianza y por más hábil que fuera en su oficio quedaba desterrado de los talleres. El último y más terrible eslabón de esta cadena de miserias y vicios era la posibilidad de llegar a consumir un crimen. Un texto anónimo aparecido el 15 de mayo de 1885 en el periódico *El Socialista* recuperaba el relato de un joven que a punto de ser ahorcado dijo:

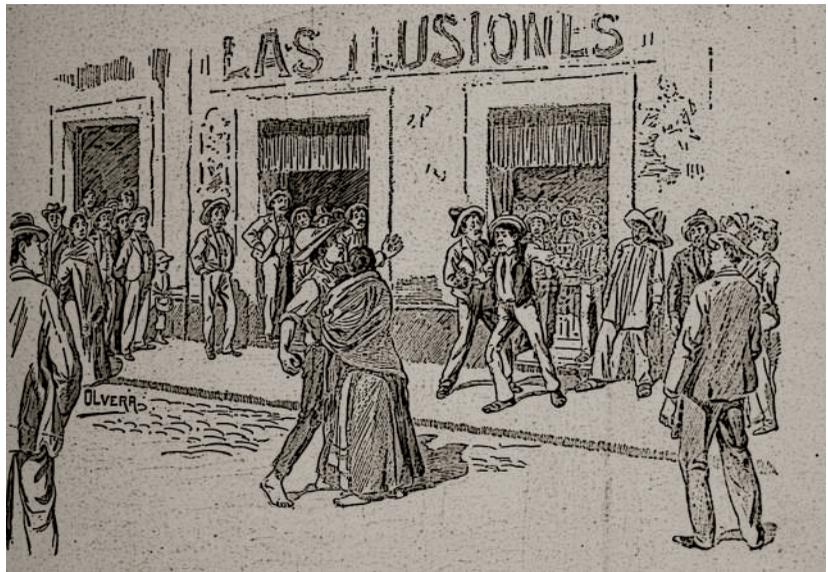
¡Tengo que morir! Tuve un hermanito, un hermoso niño a quien amé tiernamente; pero un día me emborraché, y al llegar a casa lo encontré recogiendo fruta del jardín. Sin razón me enojé y le maté. La bebida lo ha hecho. Me ha arruinado.

Asimismo, los líderes mutualistas remarcaron la importancia de alejar a los trabajadores de las pulquerías, los



POSADA. "GRAN COMELITÓN DE CALAVERAS" (1902).

que los trabajadores se emborrachaban y no regresaban al horario establecido y si lo hacían llegaban en un estado “inconveniente”. Muchas veces permanecían encerrados más de 20 horas y, en ocasiones, tenían prohibido salir de la panadería durante el periodo estipulado en el contrato, que llegaba a durar un mes. Probablemente, el pulque les ayudaba a soportar las extenuantes jornadas laborales y las miserables condiciones de vida en el interior de las tahonas; para los propietarios la ingesta de alcohol pudo convertirse en un “permiso” que coadyuvaba a retener a los operarios en los centros de trabajo.



OLVERA.
“EL SPORT
POPULAR”
(1897).

con la tolerancia de muchos propietarios de talleres o fábricas, quienes convirtieron al pulque en un aliado de la explotación laboral.

El Día de Muertos o de los Fieles Difuntos fue uno de los ámbitos de sociabilidad cuestionado por la estrecha vinculación que este festejo establecía entre las clases trabajadoras y el alcohol. Para el periódico *La Convención Radical Obrera*, el ir a festejar a los difuntos era un pretexto hipócrita que evitaba el verdadero dolor y convertía el panteón en una feria, en un paseo que alternaba coplas y llanto con pulque y barbacoa. Asimismo, la prensa obrera denunciaba que la práctica de ir a “llorar al hueso” suponía gastos extraordinarios para las clases trabajadoras, que terminaban empeñando sus pertenencias a fin de estrenar ropa y llevar coronas a sus difuntos.

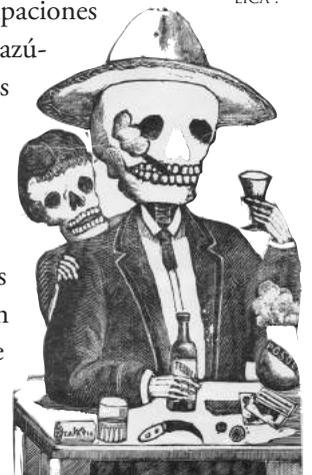
POSADA.
DÉCIMAS
“EL MERO
SAN LUNES”.



Por tanto, merece subrayarse la ambigüedad del problema del alcoholismo entre las clases trabajadoras de fines del siglo XIX. Mientras la prensa obrera condenaba el consumo de alcohol, por entender que atentaba contra la consolidación del ciudadano honrado y moderno, el consumo de pulque en los espacios laborales constituía una práctica común, que era permitida por los dueños de muchas fábricas capitalinas y llamada por los periódicos de los trabajadores. En síntesis, la condena que públicamente la prensa obrera exteriorizaba en relación al consumo de alcohol coexistía

Es posible pensar que el 2 de noviembre los trabajadores se despojaban del haber de la semana sin pensar en preocupaciones futuras. Pulque, calaveras de azúcar, mole de guajolote, tamales y vestido de estreno confluían en los cementerios, generando un particular encuentro en el que los trabajadores olvidaban sus aprietos económicos y, dejando de lado la opresión cotidiana de la pobreza, se disponían a derrochar gran

POSADA.
CALAVERA
ALCOHÓ-
LICA .





POSADA.
CORRIDO
"LOS PATINA-
DORES".

POSADA.
"CORRIDO
EL BORRA-
CHO".

parte de su salario. Es probable que las escasas oportunidades de movilidad social y la ausencia de esperanzas sobre un futuro mejor hicieran que muchos de los trabajadores llegasen a considerar su penosa situación como definitiva. En ese contexto, la exaltación de la fiesta se convertía en una válvula de escape, en una pasajera fuga que por un par de días les permitía evadirse de su agobiante rutina.

El problema del alcoholismo también repercutía en la esfera productiva, menguada por el ausentismo laboral encarnado en el *San Lunes*. Para las elites porfirianas, este hábito afectaba la ética de quienes se rendían frente al pulque, convirtiéndose en lacras fácilmente asociadas con la vagancia, el crimen, el robo, el maltrato familiar y la violencia. Según ellas, con el dinero que debía ahorrar para resolver los gastos familiares, el obrero se dirigía el domingo a la cantina, donde consumaba el *San Lunes*, y si no concluía en la cárcel, regresaba al hogar sin dinero y por lo general herido, como consecuencia de alguna riña producto de la embriaguez. Debilitado por el alcohol, el trabajador sucumbía al enojo, faltaba al trabajo y descuidaba a su familia.

Al intentar explicar los motivos del *San Lunes* no podemos dejar de apuntar que el tipo de trabajo desahogado, los despidos laborales, los trabajos esporádicos y la alternancia entre periodos de ocupación y desempleo pudieron haber incidido en esta práctica socio-cultural. A su vez, la



POSADA.
CORRIDO
"JUAN SIN
MIEDO".

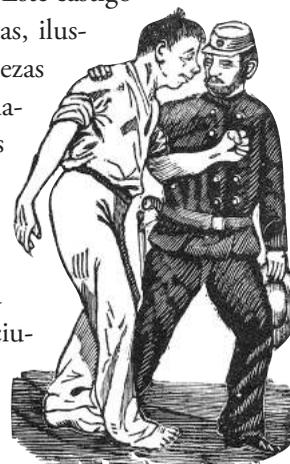
escasa posibilidad y disposición hacia el ahorro entre las clases trabajadoras y la concepción acerca del trabajo, muchas veces pautado por el ritmo de los apremios y las necesidades inmediatas, ayudan a explicar el porqué del ausentismo laboral de los lunes.

La prensa obrera promovió sanciones para los que caían en el vicio del alcoholismo. Por ejemplo, quienes eran encontrados ebrios a fines del siglo XIX eran obligados a barrer las calles y los atrios de la

ciudad con grandes escobas. Este castigo fue retomado en hojas sueltas, ilustraciones, cancioneros y piezas teatrales de la época. José Guadalupe Posada dedicó varias ilustraciones a los "patinadores", como se apodaba a los infractores, obligados a barrer la vía pública frente a los ojos inquisidores de la ciudadanía capitalina.

Desde el periódico *La Convención Radical Obrera*, el periodista y líder mutualista José M. González y González preguntaba al obrero: "¿por qué [...] salís degradado a barrer las calles para que todo el mundo sepa que sois unos perdidos y os desprecien y no tengan confianza en vosotros y ni siquiera les inspiréis compasión?" El carácter de "público" que asumía el castigo comprendía particulares connotaciones vinculadas a aquello que, como se hacía "a la vista de todos", repercutía y comprometía el honor de quien al hacer manifiesta su vinculación con el alcohol perdía la dignidad propia de todo trabajador honrado y merecía la reprobación generalizada de la sociedad.

Por último, es preciso señalar que las connotaciones que asumió el problema del alcoholismo en México entre las clases trabajadoras no



POSADA. CALAVERA "LOS BUENOS VALEDORES".



POSADA, "EL AGUADOR".

la clase obrera. Para la dirigencia mutualista la embriaguez fue un vicio emparentado con la inmoralidad, el desempleo, la miseria, el crimen y el ausentismo laboral, de allí que se desvinculara de cualquier confrontación política y se apropiara de la visión liberal del poder público porfiriano.

En síntesis, la dirigencia obrera consideró el problema del alcoholismo como un mal que corrompía y denigraba al trabajador e impedía la consolidación de la nación mexicana como un país

pueden hacerse extensivas al resto de Hispanoamérica, donde esta preocupación tuvo diversas implicaciones. Por ejemplo, los socialistas españoles y los anarquistas argentinos consideraban que, al emborracharse, el trabajador se alejaba de los centros obreros y traicionaba los intereses de sus pares al quedar incapacitado para la lucha revolucionaria que llevaría a la emancipación del capitalismo. Como vimos, la prensa obrera mexicana tomó el discurso liberal de las elites porfirianas y, por ende, se distanció de las visiones que asociaban este mal con un obstáculo para la formación de

moderno e industrial. La formación de obreros sanos, fuertes y disciplinados que México necesitaba para seguir avanzando por la senda del progreso era socavada por el avance del alcoholismo entre las clases trabajadoras; el inmoderado consumo de pulque al incitar al vicio, la violencia y la improductividad repercutía negativamente en la conservación del orden social y el avance industrial de México, dos de las grandes preocupaciones de las élites porfirianas.

PARA SABER MÁS:

CLAUDIA AGOSTONI Y ELISA SPECKMAN (eds.), *Modernidad, tradición y alteridad. La ciudad de México en el cambio del siglo (XIX y XX)* México, UNAM, 2001.

ÁNGEL DE CAMPO, *Ocios y apuntes y La Rumba*. México, Porrúa, 1990.

MANUEL PAYNO, *Los bandidos de Río Frío*, México, Porrúa, 1982.

PABLO PICCATO, "No es posible cerrar los ojos. El discurso sobre la criminalidad y el alcoholismo hacia el fin del Porfiriato", en RICARDO PÉREZ MONTFORT (coord.), *Hábitos, normas y escándalo*. México, Plaza y Valdés-CIESAS, 1997, pp. 77-142.

ELISA SPECKMANN, "Pautas de conducta y códigos de valores en los impresos de Vanegas y Arroyo", en RAFAEL OLEA FRANCO, *Literatura mexicana de fin de siglo*, México, El Colegio de México, 2001, pp. 425-448.

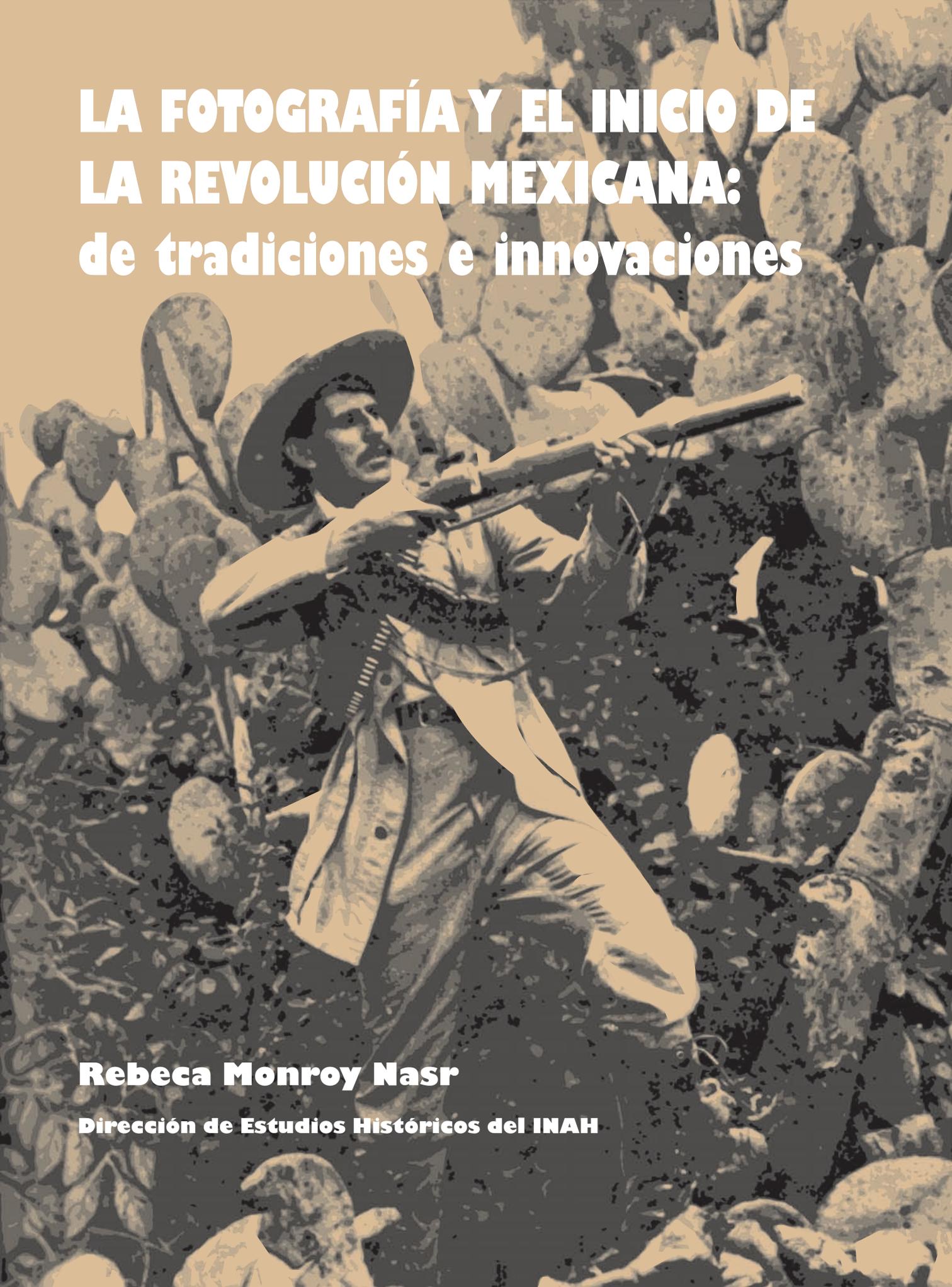


J. MARTÍNEZ CARRIÓN, "EL BRINDIS".

LA FOTOGRAFÍA Y EL INICIO DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA: de tradiciones e innovaciones

Rebeca Monroy Nasr

Dirección de Estudios Históricos del INAH



Más allá de sus consecuencias sociales, políticas y económicas, la revolución mexicana también tuvo un impacto significativo en la vida cultural y artística del país y por ende en la fotografía documental y de prensa. Los fotógrafos de este periodo histórico provenían de diferentes medios editoriales, tenían necesidades sociales e ideológicas que respondían a posturas conservadoras o liberales, pero coincidían en una misma intención: abrazar

con imágenes testimoniales la revuelta armada.

Ante los acontecimientos, tanto los fotógrafos con experiencia como los jóvenes fotógrafos de estudio se incorporaron a las filas de los documentadores gráficos y con sus cámaras testimoniaron los cambios, transiciones y nuevas formas de ser y estar de quienes llevaban como equipaje sus cananas en el pecho o las canastas bajo el brazo. De esa manera, los trabajadores de la lente capturaron oportunamente las contiendas, hechos y personajes más inesperados.

Conforme avanzaba el movimiento armado hubo cambios importantes en la manera de tomar las imágenes, ya que también los fotógrafos se transformaron en el camino de la lucha armada y con ellos, su manera de ver y registrar la realidad tangible. Aquellos que habían colaborado en los diarios y revistas del porfiriato, como los hermanos Agustín Víctor y Miguel Casasola, Antonio Carrillo, Ezequiel Carrasco, Manuel Ramos y Luis Santamaría, entre otros, poseían una práctica cotidiana que les permitiría documentar mejor los sucesos en curso. Hubo otros que salieron de la comodidad de sus estudios fotográficos a enfrentar los eventos del día a día, de los encontronazos, los balazos, los fusilamientos, los constantes cambios de líderes y retrataron los personajes que estaban construyendo esa revolución. Entre ellos destacan Antonio G. Garduño y Eduardo Melhado.

Nota: en este artículo, los pies de fotos (señalados con números entre corchetes en el texto) están al final en las pp. 44-45.



Es importante destacar que la diferencia entre la fotografía de prensa y la documental es el uso social inmediato que tienen, es decir, cuando la imagen es publicada y fue realizada por encargo o con la idea de su aparición en algún diario o revista, es una fotografía de prensa. En cambio, la fotografía documental es aquella que el fotógrafo capta sin estar seguro de que pueda ser publicada, pero tiene una intención de dejar testimonio o huella visual de un evento importante

que bien puede permanecer por años en su acervo sin llegar a ver la luz pública en su momento. Ahora, bien, en esos años los fotógrafos capturaron con intenciones documentales sus imágenes, pero no siempre lograron colocarlas en las páginas de las publicaciones de la época.

Las condiciones laborales en el mundo de los reporteros gráficos en 1911 eran representativas de la crisis que atravesaba el país en su conjunto. Los medios impresos vivían momentos de una fuerte inestabilidad económica, además del cambio de timón político y económico que conmovían todas las estructuras en aquellos años de transformaciones radicales.

Recordemos que las revistas ilustradas y los periódicos que durante el prolongado porfiriato eran fuente de ingreso y de trabajo para los *reporters* —como se les llamaba entonces—, cerraron sus puertas conforme se acentuó la contienda armada. Entre los diarios del antiguo régimen estaban *El Imparcial*, *El Tiempo Ilustrado* y *El País*. Por su parte, las revistas hicieron el juego visual con una calidad más esmerada como *Frégoli*, *Arte y Letras*, *El Tiempo Ilustrado*; uno de ellos fue ejemplar en su manera de trabajar la fotografía: *El Mundo Ilustrado* de Reyes Espíndola [1], pues además de un rico abanico de imágenes, publicó la primera imagen de nota roja en la prensa: el atentado contra Porfirio Díaz en 1897. Según avanzó el movi-

miento armado, surgieron nuevos medios periodísticos de filiación maderista, pero sin recursos económicos para tener una planta de fotógrafos al servicio de la revolución, tales eran los casos de *Nueva Era*, *El Ahuizote*, *Revista de Revistas* y *Amigo del Hogar*.

Sin embargo, ante la necesidad informativa de un pueblo analfabeta, la fotografía tuvo un lugar destacado en la prensa capitalina, de tal modo que en 1912 surgió la agencia informativa más importante y única en su género en el país hasta entonces, dirigida por Agustín Víctor y Miguel Casasola, ubicada en la calle de Ayuntamiento núm.14, en el epicentro político, social y cultural del país.

Esta Agencia de Fotografía Casasola, además de realizar sus propias tomas, contrató y adquirió varios acervos fotográficos para brindar información gráfica nacional e internacional a los medios periodísticos. Tanto Agustín Víctor como Miguel Casasola, nutrieron de imágenes a las revistas ilustradas de la época, pero también recabaron materiales que dieron forma a un rico acervo gráfico de la memoria e identidad nacional. Los nuevos medios impresos que surgían conforme avanzaba la revolución también necesitaban material gráfico, y les dieron más oportunidades de publicación a los fotorreporteros. Desde 1909 había surgido, por ejemplo, *La Semana Ilustrada* (la cual se mantuvo hasta 1914), en la que Gerónimo Hernández publicaba al lado del fotógrafo Ezequiel Álvarez Tostado y Samuel Tinoco y Esperón. En este semanario, la mayor parte de los fotógrafos eran borrados por el anonimato del pie de foto que solía decir: "Fot. especial Sem. Ilus." ó "Fot. Sem. Ilus.", bajo la mirada del director, el licenciado Ernesto Chavero.

Arriesgando su vida, el nuevo ejército de fotógrafos de prensa inmersos en las noticias, los eventos bélicos y los diversos acontecimientos histórico-sociales, no contaba con ningún tipo de seguridad, por lo que fue importante buscar un medio de cohesión y protección para sus labores peligrosas e inestables. Por ello, en 1911

se fundó la primera Asociación Mexicana de Fotógrafos de Prensa, presidida por Agustín Víctor Casasola y otro decano de la fotografía de prensa, Antonio Carrillo padre. La asociación procuró establecer mejores condiciones de trabajo y garantías laborales, al tiempo que, ante la inseguridad cotidiana, buscaron la aceptación y protección del nuevo régimen.

Esta asociación se instituyó la tarde del 26 de octubre en el restaurante Tarditi y se presentaron ante el entonces presidente interino de México, Francisco León de la Barra, para dar cuenta

del trabajo periodístico que estaban dispuestos a realizar en aquellos momentos de intensos cambios [2]. Las palabras que proclamara Agustín Víctor en la inauguración fueron publicadas el viernes 27 en *El Imparcial* y muestran claramente el sentir de los reporteros gráficos ante las condiciones externas. Eran emblemáticas de ese periodo de inevitable transición y dan cuenta de la conciencia testimonial de los fotógrafos:

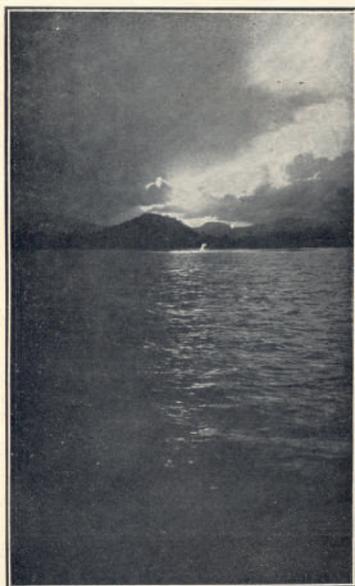
Por primera vez en los anales de México, se han reunido todos los fotógrafos que laboran en los periódicos de esta capital, con el objeto sencillo y humano de prestarse mutua ayuda, de protegerse contra las vicisitudes de la vida diaria, de darse la mano en el camino duro y lleno de obstáculos [...] Y al reunirnos faltaríamos a un gran deber, al no acudir ante usted, Señor Presidente [...] para que cumplamos con nuestro deber de impresionadores del instante,



- - - Hermosa Exposición Fotográfica - - -



Grupo de fotógrafos expositores y visitantes, durante la apertura de la Exposición de arte fotográfico, efectuada el viernes último.



«Lago de Pátzcuaro.»—Por E. A. Tostado.



«Obispado viejo en Morelia.»—Por E. A. Tostado.
FOT. SEM. ILLUS.

esclavos del momento.

A su vez, junto a los hermanos Casasola, los fotógrafos Ezequiel Álvarez Tostado, Samuel Tinoco, Antonio Garduño, Eduardo Melhado, Víctor O. León y Ezequiel Carrasco, planearon y realizaron la *Primera Exposición de Arte Fotográfico*, sin escapar a la tentación de buscar y prestigiar a la fotografía como un artículo artístico, más que documental [3].

En diciembre de ese año, el recién electo presidente de la República, Francisco I. Madero, asistió a la inauguración y la clausura de esa pri-

mera exposición [6, en p. 40]. Lo notable de las imágenes que colgaban de los muros es que, a pesar de tener frente a sí la realidad plerótica de eventos inusuales, levantamientos armados, niños con fusiles, hombres y mujeres muertos, líderes caídos, nuevos rostros asomándose a las calles, todo un régimen en eclosión, se presentaron todavía imágenes con signos de identidad visual de fuertes rasgos pictóricos y escultóricos, como en el siglo anterior. Así, a pesar de la realidad de la contienda armada, muy pocas fotos de la exposición eran de tipo testimonial o documental; por el contrario, la mayoría ofrecía rasgos costumbristas, paisajísticos, bucólicos, retratos naturalistas; representaban un pasado que aún permanecía, pues la mayoría de esos fotógrafos aún no asimilaban los signos de modernidad que la mis-

ma realidad les brindaba.

En las imágenes de la exhibición se observa el desencuentro de la estética apegada al pasado, por lo que es factible inferir que los fotógrafos todavía no consideraban los registros visuales de prensa o de tipo documental un material digno de ser presentado como obra de arte fotográfico; tendrían que pasar muchos años más para que el concepto cambiara tanto en los creadores como en su público. En la serie de imágenes exhibidas por más de veintiséis fotógrafos, se mostraban [4 y 5] los paisajes de atardeceres y de arquitectura colonial

El señor Presidente de la República, en la Exposición de Arte Fotográfico



El Sr. Presidente de la República y los fotógrafos de la Prensa de la capital.

En nuestro número anterior dimos cuenta de que la Asociación de Fotógrafos de la Prensa había abierto una exposición de Arte fotográfico, y reproducimos algunos hermosos trabajos sobre el particular.

El éxito que ha tenido dicha Exposición superó a las esperanzas de los miembros de la Asociación y fué ciertamente un justo premio a los autores de las hermosas fotografías expuestas, algunas muy notables de Tostado, Tinoco, Cassola, Hernández, Carrillo, Garduño, etc.

El señor Presidente de la República clausuró la Exposición el jueves de la pasada semana. El alto funcionario miró con atención una amplificación en la que está conversando con el General Reyes, durante la fiesta militar de la entrega de la bandera al 32 batallón de infantería y que bien podría llamarse: lo que va de ayer a hoy.

Tal fotografía fué tomada por Tostado, fotógrafo de esta casa.



El Sr. Madero viendo una curiosa fotografía en que está él conversando con el General Reyes.

que presentó Ezequiel Álvarez Tostado, con la clara idea de una composición armónica y equilibrada al estilo del siglo XIX. También estaban las imágenes de Abraham Lupercio, quien presentó los retratos de unos niños ciudadanos vestidos de indígenas, dando expresión a su gusto por mostrar imágenes de la pobreza desde una perspectiva naturalista, o aquella otra de un anciano que desgranaba sus mazorcas, al lado de un pequeño que aprende a trabajar desde niño [8, en p. 41].

Por su parte, el fotógrafo Gerónimo Hernández presentó el retrato de dos pequeños, vestidos

a la usanza mestiza, que representaba la manera porfirista de ver a las clases populares [9, en p. 41]. Poco tiempo después de esa exhibición este mismo autor captó un retrato muy difundido de una mujer a bordo de un tren: la "Adelita". Es una imagen muy elocuente de la revolución y del papel de la mujer por su rostro fiero y su actitud corporal decidida; se ha dicho que era una campesina, o una "soldadera", o una cocinera del ejército o incluso una prostituta, pero al parecer esa mujer que viajaba en el furgón de los Ferrocarriles Nacionales era parte del ejército de Victoriano Huerta, cuando iban a combatir a Pascual Orozco al norte del país. Según acotan los más recientes estudios, se publicó en el periódico *Nueva Era* el 8 de abril de 1912, bajo el título de: "Defenderé a mi Juan", lo que nos da idea de que algunos cambios gráficos

se estaban estableciendo a partir de la relación sujeto y fotógrafo ante la realidad evidente, lo que todavía no se reportaba con claridad en aquella primera exhibición fotográfica del año anterior [13, en p. 43].

Agustín Víctor Casasola, el decano de la fotografía de prensa, mostró en aquella exhibición una temprana imagen del salto con obstáculos de un caballo en pleno movimiento. A pesar de las limitaciones técnicas de las cámaras, lo pesado del equipo y el gran formato y la baja sensibilidad de las placas, encontró en la fotografía una de sus ca-

racterísticas más relevantes: la instantaneidad. Se atrevió a exhibir una imagen que rompía con las convenciones de “belleza” del momento, para hacer a los espectadores partícipes de un elemento acaso más trascendente, que intuyó y logró evocar: la aprehensión del movimiento continuo y fragmentado condensado en una placa con sales de plata [11]. De Antonio G. Garduño sorprende la toma a contraluz de un arado en el campo, en un ángulo oblicuo, con dificultades técnicas para su realización; sorprende aún más que tomara las cabezas de caballos muy de cerca y de manera inusual, que bien podrían inscribirse en cierta modernidad que se alcanzaría diez años después, conocida como la “estética del fragmento” [10]. La imagen de Garduño, evocadora por su tema y por su composición, era de suyo vanguardista y rompía con toda clase de cánones estilísticos y formales del momento. Todo parece indicar que este fotógrafo abandonó el camino experimental y respondió más a su formación y actividad laboral en la Academia de San Carlos, como profesor en el taller de fotografía. Sus trabajos conocidos muestran que, para los años veinte, reforzaría las formas y la esencia de la fotografía de tintes pictóricos, ceñida a los cánones preestablecidos, evitando el movimiento, la ruptura compositiva y la nitidez, fomentando en cambio lo equilibrado, la armonía y el concepto de “belleza”, como el foco suave y difuso de la imagen, con



«Desgranador» — Por Abraham Lupercio.



«Salto.» — Por Agustín V. Casasola.



«Arando.» — Por Antonio Garduño. FOT. SEM. ILUS. «En la Playa.» — Por Gerónimo Hernández.



un valor único y universal válido desde el terreno de las bellas artes tradicionales. Es necesario hacer una revisión profunda de su obra, para develar en qué momento abandonó ese camino experimental para hacer un arte fotográfico “retro”. Lo importante es ver que en 1911 Garduño ya consideraba como obra artística ciertas imágenes de grandes encuadres y acercamientos y planos poco usuales para la época. Esas fotografías destacan por su factura, su concepto y su realización, es decir, a pesar de ser un fotógrafo de tintes conservadores, era de los más vanguardistas desde el

un valor único y universal válido desde el terreno de las bellas artes tradicionales. Es necesario hacer una revisión profunda de su obra, para develar en qué momento abandonó ese camino experimental para hacer un arte fotográfico “retro”.

Lo importante es ver que en 1911 Garduño ya consideraba como obra artística ciertas imágenes de grandes encuadres y acercamientos y planos poco usuales para la época. Esas fotografías destacan por su factura, su concepto y su realización, es decir, a pesar de ser un fotógrafo de tintes conservadores, era de los más vanguardistas desde el

terreno de la estética fotográfica. Lo demuestra así la imagen de cuatro caballos recortados por la cabeza, que de nuevo intentan una manera diferente de mostrarlos, no por sus cuerpos, alíños o puesta en escena, sino solamente por la instantaneidad y frescura del tema. Curiosamente, años más tarde, el mismo Garduño atacaría ferozmente a la vanguardia mexicana representada por fotógrafos extranjeros como Tina Modotti y Edward Weston, y sus similares mexicanos, los jóvenes Manuel Álvarez Bravo, Dolores Álvarez Bravo y Agustín Jiménez, quienes aventuraron nuevas formas con grandes acercamientos a los objetos, la composición oblicua y la reivindicación de temas llamados “triviales”, como en algún momento lo realizó el mismo Garduño.

En la exhibición de 1911, el fotógrafo de toros, deportes y ftohistorias Manuel Ramos fue uno de los pocos que presentó una imagen de prensa que fue publicada en su época. Surgido de los medios editoriales más tradicionales del porfiriato, tales como *El País*, *Diario Católico* (1900-1913), *Cómico* (1899-1900), *El Imparcial* (1903-1908), *Arte y Letras* (1908-1913) y *El Tiempo Ilustrado* (1909-1912), Ramos mostró en algunas de estas revistas su gusto por renovar la imagen, con tomas que buscaban la instantaneidad del momento, lo fresco, lo nítido y lo poco usual en la fotografía. Su apego a la religión católica y su pensamiento conservador lo llevaron años después a ser un militante clandestino que documentó gráficamente los ritos católicos que fueron prohibidos bajo la presidencia de Plutarco Elías Calles, entre 1926 y 1929. Con su cámara capturó bodas, primeras comuniones, bautizos y misas, al igual que otras imágenes evocativas y simbólicas de la religión, como corazones y re-

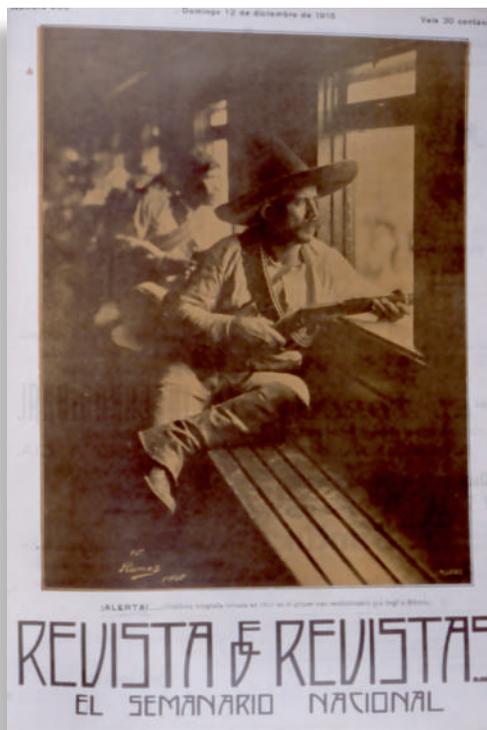
liquias, sin dejar de experimentar lo que otros no se atrevían con la instantaneidad y las imágenes en movimiento. En esos primeros años revolucionarios, Manuel Ramos fue de los que buscaban en la fotografía un discurso visual diferente, renovado, atrevido e incluyó una foto documental de gran carácter y fortaleza visual: un revolucionario en el furgón de un ferrocarril, imagen que sintetiza de manera magistral el cambio de actitudes, personajes y presencias en el escenario nacional. Es, hasta la fecha, una de las imágenes icónicas de la revuelta armada de principios del siglo XX [12].

El hecho de que en la exposición que comentamos se presentaran una gran mayoría de trabajos de corte academicista, parte de una propuesta anterior al fotodocumentalismo revolucionario y nos indica que aún no se operaba un cambio conceptual entre los fotógrafos sobre lo que significaba la fotografía de prensa y la artística.

Una de las imágenes más reveladoras que se publicaron sobre el acontecer en *La Semana Ilustrada* mostraba al presidente de la república, Francisco I. Madero, fotografiado por el mismo Ezequiel Tostado, quien se animó a meter una imagen documental. Ante la importancia del hecho, un anónimo periodista lo reseñó así:

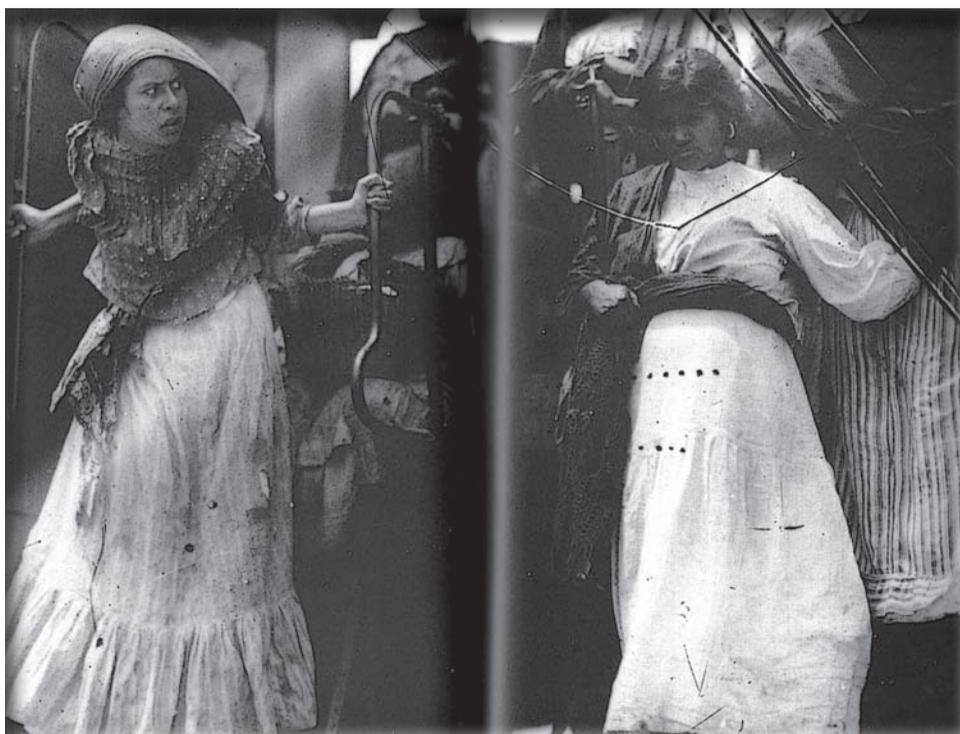
El alto funcionario miró con atención una amplificación en la que conversaba con el General Reyes, durante la fiesta militar de la entrega de la bandera al 32 batallón de infantería y que bien podría llamarse: lo que va de ayer a hoy [7 en p. 40].

Y siguiendo la lógica del redactor, podríamos prolongar su pensamiento y pensar que lo que iba de “ayer a hoy” sería en el “mañana” una imagen memorable, pensando en que ese instante detenido mostraba una faceta dolorosa, pues fue el mismo Bernardo Reyes uno de los orquestadores de la



traición y derrocamiento del presidente Madero en febrero de 1913.

Ahora bien, es necesario comprender que los fotorreporteros habían trabajado durante décadas para los medios impresos, apoyando la puesta en escena del régimen porfirista con imágenes que buscaban satisfacer el gusto y el interés de aquellos lectores-espectadores de las



revistas ilustradas. Esto permite entender lo que determinó en gran medida las formas y facturas fotográficas de la exhibición de 1911. Una buena parte de los *reporters* respetaban los cánones de las llamadas artes mayores, que heredaron como bagaje técnico-cultural, sumadas a las cámaras, equipos y manuales fotográficos modernos. Otros, los menos, irrumpieron con imágenes detonadoras para la época.

Fue la presencia innegable de la realidad trastocada, lo que llevó a los fotógrafos a cambiar sus formas y estilos de representación. Sería la experiencia que adquirirían en diez años de contienda, en la operación de nuevos medios editoriales, la necesidad de información visual de la población, lo que daría vida en los diarios y revistas a nuevas propuestas gráficas, del momento cotidiano como es la imagen de Francisco I. Madero descansando en los durmientes del tren, o las *adelitas* abrazadas a sus *juanes*, o las cocineras, prostitutas o mujeres acomodadas en los trenes. Imágenes que se adelantaron a lo que posteriormente se desarrollaría en Europa con el nombre de fotografía *live*. Eran avances notables en la manera de representación fotográfica, aun cuando los mismos trabajadores de la lente tardarían en darse cuenta de lo innova-

dor de sus planteamientos.

Aunadas a las necesidades expresivas, publicaciones como *Revista de Revistas*, que surgió en enero de 1910, o *La Semana Ilustrada*, que apareció en 1909, y *La Ilustración Semanal* de 1913, entre otras, dieron cabida a esas nuevas formas de representación, un semillero de ideas e imágenes que darían sus frutos gráficos en la década siguiente. Sin embargo, al contrario de lo que sostienen las teorías que reflexionan sobre la renovación de la imagen en la historia del arte mexicano, quienes primero vieron en la fotografía una veta experimental, expresiva, novedosa y vanguardista en su discurso visual, fueron los fotógrafos de posturas más conservadoras como Manuel Ramos, Antonio Garduño y el mismo Agustín Vicente Casola. Podemos inferir entonces, que los que encontraron un medio de expresión e información más adecuada en la fotografía revolucionaria, no sólo fueron los nuevos fotógrafos sino los más experimentados y clásicos, quienes también fueron atrevidos y renovadores. La realidad se imponía sobre la ideología o la participación política del fotógrafo: tener la nota más sintética, veraz, verosímil y atractiva se convirtió en un elemento fundamental de la prensa capitalina. Sin embar-

La corrida del bostezo. - Punteret y "Chiquito de Begoña"



Un caballero de barreras, simbolizando lo que fué para el público la corrida del domingo pasado.—Espectadores entusiasmados por lo atractivo de la lidia.



Chiquito, pasando.

Punteret, después de estoquear

Chiquito, adornándose

Punteret, veroniqueando.



Chiquito entrando á matar.

Peligrosa caída de Farfán.

FOT. SEM. ILLUS.

go, tardarían algunos años más en reconocer la capacidad artística y estética de esas imágenes. En esos primeros años de contienda armada, una línea seguía dividiendo el concepto de fotografía documental y de prensa ante la fotografía artística con calidad de exposición.

En suma, durante la revolución se abrieron diferentes vetas político-ideológicas, gráficas y editoriales que mostrarían con el tiempo un nuevo rostro de la fotografía mexicana, impulsada por los reporteros gráficos y muchas de esas imágenes eran representaciones gestadas al fragor del contexto violento de la guerra civil. Tanto con-

servadores como liberales se transformaron en el camino, algunos para afianzarse en lo nuevo del régimen con formas antiguas, otros para dar paso a diversas formas de visualización. Lo novedoso, lo estático y las transiciones necesarias para la imagen de prensa, se definirían durante la reconstrucción posrevolucionaria, pero la semilla estaba sembrada. Era cuestión de tiempo, para que el instante decisivo se plasmara en las páginas de diarios y revistas: fotografías definitivas de la historia y la vida cotidiana nacional [14].

Pies de foto

[1] *Portada de El Mundo Ilustrado, 13 diciembre de 1911, fotografía de Gerónimo Hernández.*

[2] *Los fotógrafos incorporados a la revolución posan con el presidente interino León de la Barra (27 octubre de 1911).*

Página de La Semana Ilustrada, 11 de diciembre de 1911. En la dirección de las manecillas del reloj: [3] En la inauguración de la exposición fotográfica; [4] Imagen de unos arcos en Morelia, tomada por Ezequiel Álvarez Tostado, muestra el género de la fotografía arquitectónica; [5] Del mismo fotógrafo, una imagen artística del lago de Pátzcuaro.

Página de La Semana Ilustrada, 15 de diciembre de 1911. [6] La Primera Exposición del Arte Fotográfico con el novísimo presidente Francisco I. Madero; [7] Madero observando una imagen en donde aparece junto con el general Bernardo Reyes. Al parecer, esta fotografía documental, de las pocas que participaron en la exposición, llamó la atención del mandatario de la nación. Simbólica imagen de lo que el fotodocumentalismo sería capaz de representar en los años siguientes de la revolución.

Página de La Semana Ilustrada, 15 de diciembre de 1911.



En la dirección de las manecillas del reloj: [8] Este retrato de un anciano que realizó Abraham Lupercio, fotógrafo del Museo Nacional, que intituló *Desgranador*, es el que presentó a la magna exposición; [9] Gerónimo Hernández intituló a esta imagen *En la playa* y muestra una de las más claras formas de trabajar el retrato con tintes típicos y actitudes posadas; [10] De Antonio G. Garduño, sorprendente imagen que desprende una intención novedosa en su encuadre, en el alto contraste y el contraluz que captó. Tiempo después ese gesto vanguardista quedaría atrapado por un conservadurismo en la imagen; [11] La fotografía que exhibió Agustín Víctor Casasola, buscaba mostrar la instantaneidad de la imagen, así como la posibilidad de fragmentar la realidad. Novedosa para la época, mostraba un nuevo ángulo, que se reutilizaría hasta los años veinte dentro de la modernidad artística y fotográfica.

[12] *Alerta*, de Manuel Ramos, una de las pocas imágenes de carácter documental en la Exposición de 1911. Ramos logró imágenes icónicas muy trascendentes, creadas desde una perspectiva ideológica conservadora pero vanguardista en su estética fotográfica. *Revista de revistas*, 12 de diciembre de 1915.

[13] *Soldadera, adelita, cocinera, prostituta, compañe-*

ra de tropa, todas las identidades a esta mujer de fuerte semblante. Emblemática e icónica es esta imagen que ha circulado por todo el mundo y todos la han usado con diferentes fines. Perteneció al Archivo Casasola, pero el autor fue Gerónimo Hernández, compadre de Agustín Víctor, quien tiempo después renunció para dedicarse a ser juez del registro civil en Tlalpan. La placa está rota porque según me contó Gustavo Casasola, el nieto de Agustín Víctor Sr., de joven la llevaba para entregársela a José Pagés Llergo para su revista y al frenar el camión se cayó con todo y caja, por ello se le "craqueló". Nueva Era, 8 de abril de 1912.

[14] Uno de los temas y retos más importantes a desarrollar con la fotografía en ese principio del siglo XX, fue la instantaneidad. Los toros y los deportes fueron una parte importante para el desarrollo de esa habilidad técnica y temática de los fotógrafos.

PARA SABER MÁS:

ROSA CASANOVA, ALBERTO DEL CASTILLO, REBECA MONROY Y ALFONSO MORALES, *Imaginarios y fotografía en México: 1839-1970*, Madrid-México, Lunberg /CNCA /INAH, 2005.

MARION GAUTREAU, *Les photographies de la Révolution Mexicaine dans la presse illustrée de Mexico (1910-1940): de la chronique à la iconisation*, tesis para obtener el grado de doctora en Études Romanes-Espagnol, París, La Sorbonne IV, noviembre 2007.

REBECA MONROY NASR, "Del olor a pólvora a la luz del rascacielos", en ESTHER ACEVEDO (coord.), *Hacia otra historia del arte en México. La fabricación del arte nacional a debate (1920-1950)*, México, Conaculta/Curare, 2002, tomo III.

MIGUEL ÁNGEL MORALES, "La célebre fotografía de Jerónimo Hernández", en *Alquimia. Sistema Nacional de Fototecas*, no. 27, mayo agosto 2006.

HORACIO MUÑOZ, *MR Manuel Ramos (1874-1945). Pionero del fotoperiodismo en México*, México, Conaculta / Fondo Nacional para la Cultura y las Artes / Casa de los Árboles Espacio Cultural, 2004, CD-ROM.

ANTONIO SABORIT et al, *La ciudadela de fuego. A ochenta años de la Decena Trágica*, México, Archivo General de la Nación/Biblioteca México/ INAH/ Instituto Mora / INEHRM, 1993.

LA EXPROPIACIÓN DEL PETRÓLEO EN MÉXICO

LA MIRADA DE UN DIPLOMÁTICO HOLANDÉS

LAURA PÉREZ ROSALES

DEPARTAMENTO DE HISTORIA, UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA

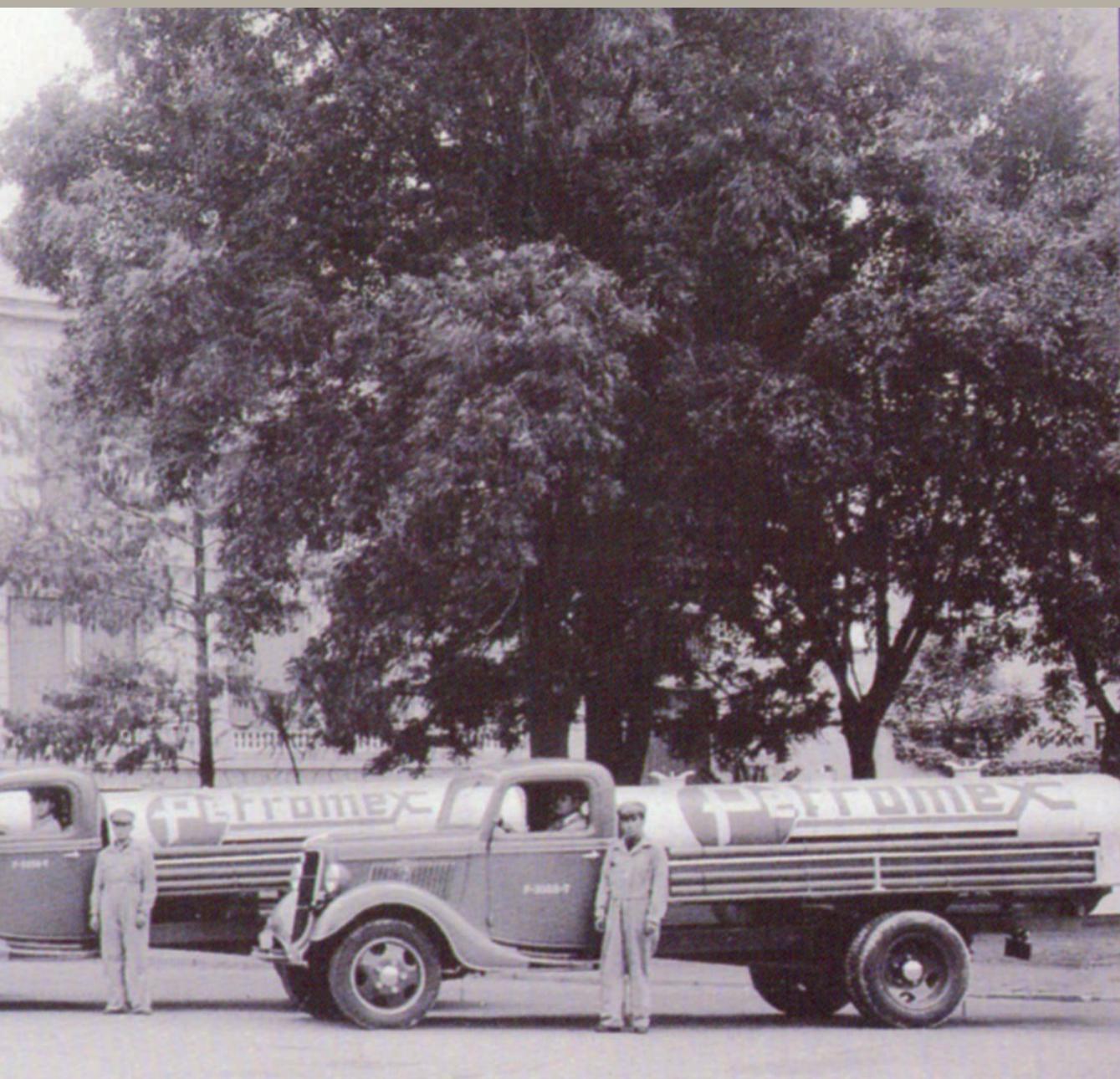


Arthur Methöfer llegó a México en 1938, con la misión de informar a sus superiores de todo aquello que se relacionara con el reciente decreto de expropiación petrolera del presidente Lázaro Cárdenas. Al gobierno de La Haya le interesaba velar por los intereses de la Royal Dutch Shell Co., la enorme empresa angloholandesa asentada con gran éxito en la región noreste de nuestro país gracias a la concesión que recibió a fines del Porfiriato.

El diplomático se encontró con un país agitado, en el que las potencias y compañías extran-

teras afectadas ejercían múltiples presiones. Su misión, que se extendió hasta el fin del mandato del general Cárdenas, fue por tanto muy difícil. Desde el inicio debió comunicar cómo el gobierno de Estados Unidos apremiaba al de México a dar marcha atrás al decreto de expropiación. Un ejemplo claro era la decisión de Washington de no comprar ni un gramo de plata mexicana —básico para los ingresos nacionales—, pedir a otros países que hicieran lo mismo y adquirirlo a precios aun a dos o tres por ciento menos que en el mercado internacional. Informó también sobre la reunión del secretario de estado Cordell Hull con

FLOTILLA DE AUTOTANQUES (1938).



los representantes de las grandes compañías para forzar a que se les restituyeran sus propiedades. En una atmósfera llena de los nubarrones previos a la segunda guerra mundial, advirtió a La Haya del peligro que implicaba que, ante el boicot a la industria petrolera mexicana llevado a cabo por las firmas angloestadunidenses, el gobierno de Japón ofreciera comprar el petróleo a cambio de facilidades portuarias para sus negocios. Methöfer conocía sus límites como diplomático, por lo que, a diferencia del representante británico, se condujo siempre con cautela y recomendó una actitud prudente a la Corona. A él le tocó mediar entre

la Royal Dutch Shell Co. y el gobierno de Cárdenas; se reunió varias veces con Eduardo Hay, secretario de relaciones exteriores, dando valor a la versión mexicana y percatándose del enojo que causaba que las empresas no hubieran respetado el acuerdo de trato directo entre las partes y acudiesen a sus gobiernos para ejercer más presión. Atento a las noticias de la prensa mundial, Methöfer pudo informar a sus superiores que, en entrevista aparecida en el *New York Times*, Cárdenas manifestó estar dispuesto a un arreglo con las firmas expropiadas y a compensarlas. Por eso el holandés estaba convencido de que el presidente mexicano



sostendría el decreto de expropiación por encima de todo. Y así fue. Por eso no le sorprendió el boicot declarado por las empresas, que

impidió a la industria petrolera mexicana adquirir las refacciones que precisaba y eran fabricadas en negocios vinculados con aquellas. Aunque —admitía— el gobierno reaccionó con rapidez y habilidad al procurar y conseguir la venta de crudo, no de gasolina, a compañías italianas, incluso una tejana, a precios menores de los vigentes en el mercado mundial.

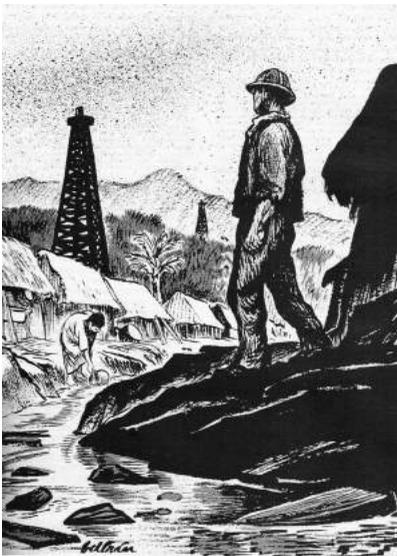
Methöfer hacía notar a sus superiores que el Departamento de estado y el embajador Joseph Daniels mostraban mayor capacidad y voluntad de negociar que los británicos. Como su mirada diplomática no dejaba pasar datos que pudieran revelar las tendencias reinantes, aun cuando no estuvieran estrechamente ligadas

al tema petrolero, se refirió a la expropiación de tierras que, en carta confidencial al ministro de asuntos exteriores de Holanda, valoró en \$12 millones de dólares, que México podría cubrir en un lapso de doce años. Opinaba que el estado cardenista se abstendría de expropiar más tierras, por lo que cuando se enteró de que se había expropiado una empresa cañera estadounidense se inquietó mucho. Informaba, además, de las requisas de terrenos por no haberse pagado los salarios de los trabajadores o los créditos del gobierno.

El ambiente político prevaleciente en Estados Unidos fue algo de su natural interés. Methöfer se preguntaba si el posible triunfo del partido republicano en las elecciones legislativas de noviembre de 1938 significaría más presiones para que México reconsiderara la expropiación. Es posible que le calmara la opinión de Fin Lund, embajador de Dinamarca, a cargo de los intereses ingleses desde la ruptura de relaciones con Gran Bretaña, en el sentido de que la Casa Blanca preferiría modificar poco a poco su estrategia hasta conseguir un arreglo sobre la indemnización petrolera. Lund hizo notar a Methöfer que este gobierno había pedido a las empresas que tomaran en cuenta las propuestas de México, sobre todo en vista del interés de la



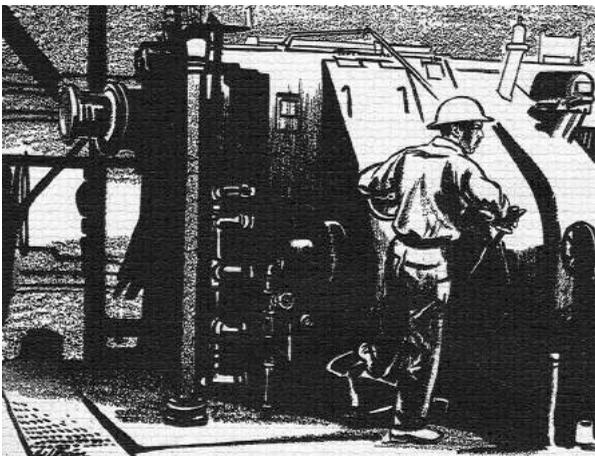
El ambiente político prevaleciente en Estados Unidos fue algo de su natural interés. Methöfer se preguntaba si el posible triunfo del partido republicano en las elecciones legislativas de noviembre de 1938 significaría más presiones para que México reconsiderara la expropiación. Es posible que le calmara la opinión de Fin Lund, embajador de Dinamarca, a cargo de los intereses ingleses desde la ruptura de relaciones con Gran Bretaña, en el sentido de que la Casa Blanca preferiría modificar poco a poco su estrategia hasta conseguir un arreglo sobre la indemnización petrolera. Lund hizo notar a Methöfer que este gobierno había pedido a las empresas que tomaran en cuenta las propuestas de México, sobre todo en vista del interés de la



Methöfer hacía notar a sus superiores que el Departamento de estado y el embajador Joseph Daniels mostraban mayor capacidad y voluntad de negociar que los británicos. Como su mirada diplomática no dejaba pasar datos que pudieran revelar las tendencias reinantes, aun cuando no estuvieran estrechamente ligadas

pacidad y voluntad de negociar que los británicos. Como su mirada diplomática no dejaba pasar datos que pudieran revelar las tendencias reinantes, aun cuando no estuvieran estrechamente ligadas

PP. 48-49:
GRABADOS
DE ALBERTO
BELTRÁN.



Alemania nazi por ampliar su comercio con el vecino del sur. El mismo ministro neerlandés estaba al tanto de que el Departamento de estado les dijo que no era posible que pensasen en la restitución de sus bienes y sugirió que mejor tomaran parte en la distribución del petróleo mexicano.

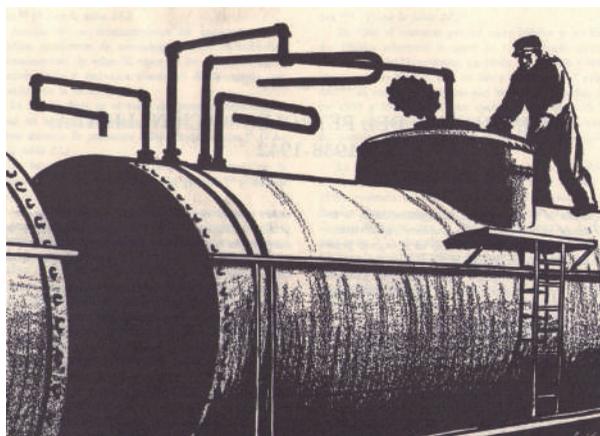
Methöfer abundó y advirtió al respecto en carta dirigida al ministerio de asuntos exteriores el 19 de enero de 1939. Explicó que el boicot obligó al gobierno de Cárdenas a vender su crudo a Davis and Co. de Nueva York por \$33 millones y medio de dólares y a Alemania por \$10 millones de dólares, además a cambio de equipo de riego, conductos de agua potable, equipo hidroeléctrico y camiones de carga, entre otros. Con este país suscribió

otro contrato por \$5 millones de dólares, adelanto para construir una refinería.

En el ambiente tenso que precedió a la segunda guerra mundial, tanto las autoridades de La Haya y de Washington debieron inquietarse al

saber por Methöfer que el petróleo recibido por Davis and Co. se vendería a la Eastern Status Petroleum Company of Texas, la Jung de Hamburgo y la Standatank de Suecia. Y alarmarse cuando el diplomático agregó que a estas ventas habían de sumarse el intercambio de crudo por *nylon* y tres buques cisterna con Italia y con Japón de *nylon* y \$250 mil dólares. México pretendía —como el ministro de Dinamarca explicó a su colega holandés— probar a las empresas petroleras y al gobierno de Estados Unidos que no sólo no cambiaría de opinión, sino que existía un mercado mundial interesado en su producto.

Esta tensión prébelica contribuyó, en forma definitiva, a las estrategias de México y los países expropiados. Si por un lado México votó en favor



de la propuesta estadounidense de unirse en contra de las influencias “no americanas” y “no democráticas” —clara alusión a los gobiernos de Hitler y Mussolini— durante la Conferencia Panamericana, celebrada en Lima en el mes de noviembre, por el otro se firmaron contratos con la Alemania nazi y la Italia fascista, lo que evidenciaba las diferencias existentes sobre el manejo de los intereses económicos y políticos, presentes también en otros países latinoamericanos.

Como parte de su labor diplomática, Arthur Methöfer conversó con representantes de Centro y Sudamérica, quienes no temían una agresión directa de Alemania. Si bien aceptaban que había una fuerte propaganda nazi en América Latina,



UNO DE LOS PRIMEROS POZOS PERFORADOS POR LA ADMINISTRACIÓN GENERAL DEL PETRÓLEO NACIONAL.

sólo la creían peligrosa en países con numerosas comunidades alemanas e italianas. En tal sentido, y a su juicio, México no estaba en peligro. Methöfer sostenía, al contrario, la existencia de una relación importante entre la actitud del estado alemán y sus objetivos comerciales, pero sobre todo una gran simpatía de los políticos y comerciantes mexicanos por Alemania. Por eso el interés de Estados Unidos en detener esta peligrosa influencia en el país vecino, por la cercanía geográfica,

pero además porque pretendía retener la exclusividad de su mercado para sus productos.

Methöfer entendía la aparente ambigüedad de la política exterior del gobierno de Cárdenas como un recurso para presionar a Washington y llegar

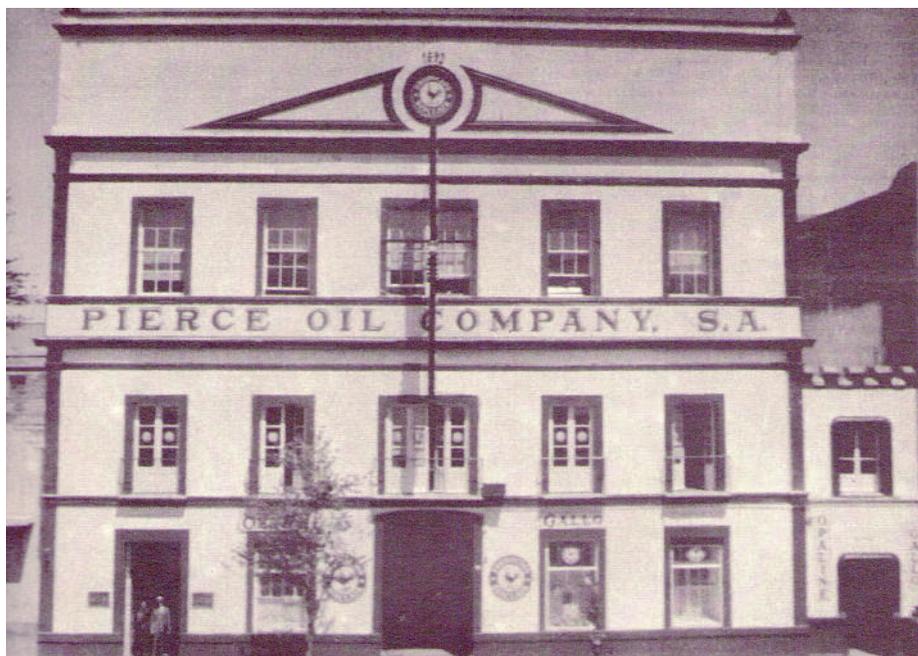


y propagaban las noticias de manera tan unilateral que el *New York Times* la llamó "hitlerista". El gobierno, para el que sería fácil contrarrestarla siendo, por lo demás, contraria a la ideología de la Revolución mexicana, la toleraba en nombre de la

un acuerdo respecto a la indemnización petrolera. Los contratos con los países fascistas y la extrema tolerancia hacia la propaganda germano-italiana, aun antisemita —él mismo la había recibido en su casa—, iban de la mano con la protesta hecha en la Liga de las Naciones por el *Anschluss* (anexión forzada de Austria a Alemania). El diplomático notificaba a sus superiores que, además, los periódicos más importantes de la capital manifestaban tal simpatía hacia Berlín y Roma

libertad de expresión, lo cual era más retórica que verdad. Afirma que la Casa Blanca jamás toleraría el establecimiento de un gobierno de corte fascista en México, opuesto a sus intereses económicos, que sólo podría triunfar a través de un movimiento armado. Sin embargo, como buen observador de México que era, nuestro holandés se daba cuenta de que algunos

FACHADA DE LA PIERCE OIL COMPANY (1936).



sectores de la sociedad recibían muy bien esa propaganda, como reacción tanto frente al régimen radical del presidente Cárdenas como a la mala situación económica que padecían.

En esta línea, para Methöfer el nombramiento de Raúl Azcárate como embajador de México en Berlín fue una maniobra mexicana para presionar a Estados Unidos. Que el diplomático destacara en una entrevista de prensa la importancia de renovar las cordiales relaciones entre ambos países tuvo como fin que estas palabras se oyeran en Washington.

La relación de México con Estados Unidos dio un giro determinante en febrero de 1939.



Y es que para el segundo país lo esencial dejó de ser la protección a toda costa y por encima de cualquier consideración de los intereses empresariales frente al gobierno de Cárdenas. Le importó más contar con su cooperación en cuanto a la seguridad continental,

parte de sus planes contra el avance nazi-fascista. De allí que reorientara su política frente a la expropiación petrolera en el sentido de negociar y ceder. Las empresas lo sabían y Methöfer notificó a sus superiores que las firmas estadounidenses y angloholandesa habían renunciado a no tratar directamente sobre la indemnización y nombrado a dos agentes de Estados Unidos para que lo hicieran en su nombre.

De primera instancia planteaban el reconocimiento del estado mexicano como propietario del suelo y el subsuelo nacionales; que las compañías expropiadas conservaran la explotación al menos por otros 50 años; que se elaborase un con-

trato laboral de común acuerdo; la aplicación de un régimen fiscal y, finalmente, la indemnización a las empresas expropiadas por las pérdidas sufridas a partir del 18 de marzo último.

Por su parte, el gobierno de Cárdenas pidió a las compañías que reconocieran al estado mexicano como único y exclusivo dueño del petróleo; que la explotación, administración y distribución en el territorio serían privilegio nacional y que, una vez satisfecha la demanda interna, el resto sirviera para compensar a los reclamantes.

Ambas partes coincidían en lo primero. Para Methöfer fue claro, sin embargo, que México difícilmente aceptaría todas las condiciones de las empresas, la cuales creían tener el apoyo de Washington —habían accedido, después de todo, a tratar en forma directa con los mexicanos. Le indignó el proceder unilateral de los estadounidenses, al punto que B. T. W. Van Hasselt, gerente del Águila, no fue consultado al respecto. Según el administrador —escribía Methöfer—, el mismo presidente Franklin D. Roosevelt pidió a sus ciudadanos que rechazaran la presión de los otros



EL PRESIDENTE LÁZARO CÁRDENAS (ABRIL 1938).

EL EMBAJADOR DANIELS (CARICATURA DE MANUEL AGUILES CADERES).

EL PRESIDENTE CÁRDENAS Y EL EMBAJADOR DANIELS EN UNA CENA.



afectados y en sus decisiones dieran prioridad a la política del Buen Vecino. El diplomático opinaba que, como esto contradecía sus intereses, las empresas apelarían al derecho internacional para conseguir el laudo final.

Si algo entendió bien Methöfer fueron los signos del tiempo. Se dio cuenta de inmediato de que los sucesos favorecerían a los mexicanos. Pese a que desde 1938 las potencias y las firmas extranjeras quisieron obligar a México a desistir de la expropiación, la tirantez e inestabilidad en el mundo durante esos meses beneficiaron al país. Tanto Roosevelt como, sobre todo, Josephus Daniels, su embajador en México, no consideraron nunca la opción de recurrir a la fuerza



o favorecer una rebelión interna contra el régimen o estrangular a la economía del vecino. Y el gobierno de Cárdenas tuvo plena conciencia de que las circunstancias internacionales fijaban límites a la política exterior de Washington. Por eso, los cálculos de los petroleros estadounidenses y de Van Hassel eran erróneos: el trato directo no avalaba el apoyo de la Casa Blanca o el Departamento de estado.

A punto de cambiar el gobierno mexicano, Washington consideró que la política antifascista y

sus intereses serían bien resguardados por Manuel Ávila Camacho, el político moderado que ocupó la presidencia. Así fue; a los pocos meses, México se sumó al grupo de los Aliados contra el Eje, encabezados por Estados Unidos.

Tanto el gobierno de Washington como el de Londres desistieron —a fines de la década de 1950— de su intención de forzar a México a recibir inversiones extranjeras en la industria petrolera. Methöfer había juzgado correctamente: en el trance petrolero, el costo político y económico sería menor si se negociaba un buen acuerdo sobre una posible participación comercial y/o la distribución del crudo que si se entraba en pugna abierta con los mexicanos, quienes, lo sabía, se hallaban insertos en el área de influencia de Estados Unidos. Era inútil todo intento de modificar la geopolítica en ese momento y la guerra mundial concluida en 1945 le dio la razón.

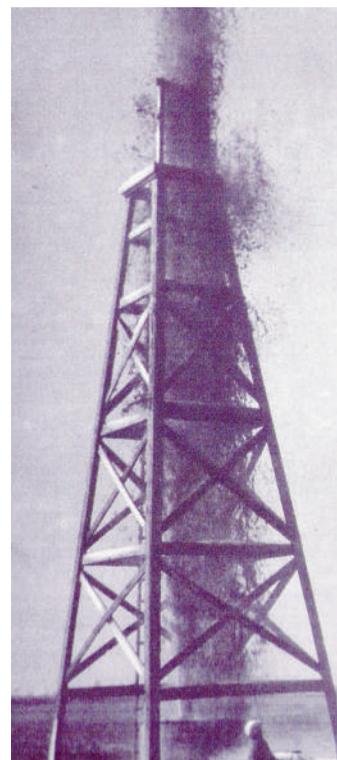
Conocer los juicios de Methöfer resulta importante para entender el juego de pesos y contrapesos en el mercado mundial del petróleo así como el reajuste en el equilibrio entre Estados Unidos y Europa o

REFINERÍA DE AZCAPOTZALCO (CA. 1950).



Se convocó a una colecta para pagar la deuda de la expropiación. Era una ayuda más bien simbólica pero ¡cómo fue de hermosa la respuesta! [...] Se invitó a las esposas de todos los funcionarios del gobierno, así como a sindicatos, asociaciones femeninas, amistades [al Palacio de Bellas Artes...]. Llegaron con animales, gallinas y borregos, dinero, alhajas, anillos de matrimonio, medallas del bautizo, objetos distintos, miniaturas, de todo. [...] Los niños entregaron sus alcancías. He visto constancias del Banco de México de niños que al llevar su aportación se les dio un recibo. Cuauhtémoc y sus amigos fueron a entregar los puerquitos que tenían de alcancías. Fueron días de mucha actividad y grandes satisfacciones. La generosidad y calidad de la gente expresadas en todas las formas, que así respondieron a este acto que marcó para siempre nuestra soberanía económica.

*Amalia Solórzano de Cárdenas,
Era otra cosa la vida, México, Patria, 1994.*



el margen de negociación de un país dependiente como México. Al inicio del conflicto, Cárdenas no consideró la posibilidad de la expropiación. Pero la arrogancia de las empresas y el frío cálculo del gobierno vecino modificaron su actitud. Obtuvo, por lo demás un gran apoyo social a su decisión, en medio de una etapa trastornada por la redistribución del poder. Se precisaba de oficio político, talento negociador y eficaces operadores políticos y el gobierno mexicano lo tuvo, recibiendo, aunque con discreción, la simpatía de Washington. Methöfer lo supo ver muy bien.

EL VIERNES 18 DE MARZO DE 1938. ACOMPAÑADO POR SU GABINETE, EL PRESIDENTE CÁRDENAS ANUNCIÓ POR RADIO EN CADENA NACIONAL LA EXPROPIACIÓN DE LAS COMPAÑÍAS PETROLERAS.

PARA SABER MÁS:

FRIEDRICH KATZ, *Nueve ensayos mexicanos*, México, Era, 2007.

ROB VAN VUURDE, *Los Países Bajos, el petróleo y la Revolución Mexicana, 1900-1950*, Amsterdam, Thela, 1997.

Ver la película *La rosa blanca*, dirigida por Roberto Gavaldón, México, 1961 (resumen en youtube.com).

Cuaderno de viaje

¿Quiénes somos los mexicanos?

Carlos Domínguez

Instituto Mora



Valdría la pena preguntarnos quiénes somos los mexicanos con miras a entender las celebraciones del próximo Centenario y Bicentenario. ¿Qué significa ser mexicano doscientos años después de la Independencia y cien años después de la Revolución? ¿Significa, simplemente, que nos ponemos la camiseta cada vez que juega la selección mexicana, que sabemos de memoria el nombre de algunos “héroes” aunque con-

fundamos a los de la guerra de Independencia con los de la guerra de Reforma, que estamos orgullosos de nuestra comida, que no perdemos ocasión para llevar a nuestros amigos extranjeros a visitar las pirámides de Teotihuacan? ¿O hace falta algo más?

Quando uno regresa a México después de vivir varios años en el extranjero es inevitable que los encuentros fortuitos en las calles, los contras-



FOTOGRAFÍAS DE GLISERIO CASTAÑEDA GARCÍA.

tes sociales y el misticismo de las tradiciones nos hagan reflexionar sobre lo que llamamos “nación mexicana”. Es inevitable porque vivir fuera significa encontrarse con “el otro” y ese encuentro siempre nos obliga a definirnos en términos de los referentes más obvios: la comida, el paisaje, la historia, las tradiciones y acaso el fútbol y otras pasiones de menor importancia; porque tarde o temprano, los contrastes entre México y otros paí-

ses nos muestran que esos referentes simbólicos y culturales que desde afuera nos parecían tan obvios al hablar de nuestra nación y nuestra identidad nacional ocultan en realidad mucho de lo que en verdad somos. Más aún, si se toma conciencia de lo que significa que México esté a punto de celebrar dos siglos de vida independiente y un siglo de la revolución mexicana, resulta tentador preguntarnos no sólo quiénes somos, sino si seguimos siendo los mismos o, en otras palabras, si los fundamentos de nuestra identidad han cambiado a lo largo de todo este tiempo.

A los viajeros que hemos vivido este proceso obligado de reflexión nos llama la atención, por ejemplo, la manera en que muchos mexicanos damos por hecho la existencia y la continuidad de “la nación” y de una identidad nacional compartida, como si fuera algo que no es problemático, que ha existido desde siempre y jamás cambiará. Pero la historia nos demuestra que no es así. Las identidades y las naciones han estado sujetas al fluir eterno de la historia: los imperios han surgido y desaparecido (Roma, Bizancio, Tenochtitlán), los reinos de antaño se han convertido en invenciones nacionalistas que pueden o no corresponder con los territorios de sus antecesores (el Imperio Austro-Húngaro, la Unión Soviética) y los países se han dividido y/o fracturado (Etiopía y Eritrea, la ex-Yugoslavia).

Fui consciente de lo anterior hace unos años, cuando tuve la oportunidad de vivir tres meses en Namibia, país africano cuyos límites coinciden con los de Sudáfrica, Angola, Botswana y Zambia. La experiencia me fascinó, no sólo por sus hermosos paisajes desérticos, únicos en el mundo, sino por los procesos sociales y políticos que observé y que este país experimenta como resultado de su joven trayectoria histórica. En efecto, Namibia es una nación joven, que aún se forma. La guerra de independencia con Sudáfrica terminó en 1990 y hoy afronta el gran reto de consolidar una identidad nacional que contribuya a lidiar con las diferencias y los celos históricos entre sus distintos grupos étnicos y a sanar las heridas causadas por el sistema segregacionista del *apartheid*. De modo que se supone que la construcción de una



identidad nacional debería contribuir a garantizar la viabilidad del país, en términos de estabilidad sociopolítica y desarrollo económico.

Para alguien que llegaba de México, donde la mayor parte del tiempo damos por hecha la idea de la nación, resultó fascinante escuchar la descripción de los rituales nacionalistas encabezados por Sam Nujoma, primer presidente de Namibia y reconocido por muchos como “padre de la patria”. Entre los que recuerdo están sus discursos de varias horas tan sólo para celebrar la graduación de los estudiantes de la Universidad de Namibia (cuyas siglas, por cierto, son curiosamente UNAM). Era un esfuerzo por construir algo antes inexistente: la identidad de los namibios y es bastante revelador que se diera en una institución como la universidad, la cual podría convertirse en el semillero de las futuras élites intelectuales y políticas locales, siendo uno de los pocos espacios donde quienes asisten, hasta hoy, no se sientan namibios, sino parte de alguna etnia (ovambo, herero o nama).

Por supuesto que los procesos que llevan a construir la nación cambian entre los distintos países y son un problema histórico cuya respuesta depende de la combinación específica de al menos tres factores: la existencia y distribución de la base material, el pasado sobre el cual se construye el discurso nacionalista y la coyuntura histórica. Una cosa es hablar de naciones e identidades nacionales en México, Perú y otros países de Latinoamérica, donde el estado ha jugado un papel primordial en la construcción de discursos nacionalistas con la finalidad de legitimar proyectos económicos y políticos, sin que nos olvidemos que dicha labor ha sido facilitada, en mayor o menor medida, por la existencia de elementos históricos y culturales que contribuyen a la evocación de un “espíritu colectivo” (los vestigios de civilizaciones prehispánicas, por ejemplo) y por la generación de una base material, incluyendo los más o menos abundantes recursos naturales y la mayor o menor posición estratégica, lo cual le permite legitimar la construcción de una identidad “sombrija” que

pretende relegar o eclipsar la diversidad de otras identidades regionales, culturales o ideológicas.

Otra cosa es hablar de estados más jóvenes, como los de algunos países africanos (Namibia, Ruanda, Uganda), donde existe una base material pero es difícil hallar las referencias simbólicas que podrían dar sentido a un discurso nacionalista. En estos casos, las naciones en el sentido moderno de la palabra son prácticamente inexistentes y por lo tanto, los estados, que han surgido de un accidente histórico (entre otros el capricho de los colonizadores europeos a la hora de repartirse el botín y dibujar los mapas), tienen que hacer esfuerzos descomunales para construir y justificar un discurso nacionalista y proyectar la idea de una nación, que compita con otras fuentes de identidad como es el caso de los distintos grupos étnicos.

Sin embargo, más allá de estos matices, la experiencia en Namibia me hizo reflexionar sobre lo siguiente: si la nación y la identidad nacional constituyen algo que en verdad se puede construir, entonces también es algo que puede cambiar, dividirse, dejar de existir, destruirse... Entonces la pregunta obligada es: ¿por qué damos por hecho que México, como nación y fuente de nuestra identidad, existirá eternamente?

Una de las respuestas yace acaso en la efecti-



vidad del discurso nacionalista surgido con la revolución y reiterado durante las siete décadas de dominio priista. Al impregnar distintos ámbitos de nuestra vida pública y privada, dicho discurso contribuyó a la idea de que la nación es una categoría inevitable. En gran medida, esto fue posible porque existía la materia prima para construir un discurso épico y mitológico sobre los orígenes ancestrales del pueblo mexicano y alimentar el ima-



ginario colectivo con la idea de la *mexicanidad*. Pero también fue posible gracias a la institucionalización del estado mexicano, el consenso de intelectuales y artistas (el ejemplo más evidente son los muralistas que encabezó Diego Rivera) y la edificación de una burocracia que permitió el afianzamiento de un cuasi-monopolio cultural (SEP, FCE, Colmex, ENP, INAH, INBA), contribuyendo a cimentar una idea de la nación mexicana que nos suena *inevitable*. Hoy, a punto de celebrar el Bicentenario de nuestra Independencia y el Centenario de nuestra Revolución, ¿quién se atreve a preguntarse (o a decir en voz alta) **qué es la nación mexicana?**

Y es que los mexicanos hemos crecido con la idea de que nuestra nación responde más a una especie de destino manifiesto (existimos porque lo quiso Dios) que a una noción moderna según la cual la nación es una construcción que responde a causas históricas, geopolíticas y económicas. Sin duda, como lo pude comprobar durante los casi siete años que viví en Inglaterra y durante mis cortas estancias en países como Alemania o Dinamarca, esto nos da cierta seguridad psicológica (sin ánimo de ofender, pensemos qué tan diferen-

te sería nuestro sentimiento de identidad nacional si al viajar al exterior tuviéramos que decir que somos de Lesotho, Fiji o Namibia y no de México). Sin embargo, si sentirnos seguros de nosotros mismos significa olvidar que la nación y la identidad dependen también de condiciones materiales que cambian a través del tiempo, en comparación con otros proyectos oficiales, no puede entenderse el éxito relativo del proyecto nacionalista mexicano durante gran parte del periodo posrevolucionario, sin las promesas y logros de progreso económico y de distribución de sus beneficios. Sí, es cierto, tenemos suficientes razones para sentirnos orgullosos de nuestra Historia y sí, es cierto, el estado jugó un papel importante en la utilización de esa Historia para “inventar” a la nación mexicana, pero la efectividad de dicha invención no habría sido la misma si tres o cuatro generaciones de mexicanos no hubieran estado convencidos de que el régimen emanado de la revolución mexicana cumplía o cumpliría en su momento con sus promesas.





Ya sea, como los defensores del desarrollo estabilizador argumentan, que el modelo político del priismo favoreció el progreso económico o, como proponen algunos liberales revisionistas, porque el régimen aprovechó las bases que dejó el Porfiriato, la resonancia del discurso nacionalista en el siglo XX debe vincularse con el aumento relativo en los niveles de bienestar. Aun si se toman en cuenta las promesas incumplidas y las deudas históricas no saldadas (por ejemplo, en lo que se refiere a la cuestión indígena), no podemos negar las transformaciones materiales que se dieron durante el periodo posrevolucionario: hasta 1982, el crecimiento del producto interno bruto (PIB) superaba el demográfico; la tasa de mortalidad infantil bajó de 0.13% en 1940 a 0.02% en 1995; la población alfabeta con más de 10 años de edad pasó de 41.8% a 89%; la esperanza de vida se in-

crementó de 41 a 72.9 años; la red de carreteras creció 21 veces... En este escenario, ¡vaya que era fácil sentirse orgullosos de ser mexicanos!

Sin embargo, si tomamos en cuenta las condiciones que permitieron la construcción y reproducción del régimen en el siglo XX y asumimos la dolorosa conclusión de que la nación mexicana no es un hecho inevitable y podría dejar de existir algún día, vale la pena preguntarnos quiénes somos los mexicanos para explicar mejor las celebraciones del Centenario-Bicentenario. ¿Qué significa ser mexicano 200 años después de la Independencia y 100 después de la Revolución? *¿Significa, repito, que nos ponemos la camiseta cada vez que juega la selección mexicana, que sabemos de memoria el nombre de algunos "héroes" aunque confundamos a los de la guerra de Independencia con los de la guerra de Reforma, que estamos orgullosos*

de nuestra comida, que no perdemos la ocasión para llevar a nuestros amigos extranjeros a visitar las pirámides de Teotihuacan? ¿O hace falta algo más?

Si llegáramos a desaparecer de la faz de la tierra, ¿cómo seríamos definidos por quienes lleguen a estudiar nuestras cenizas y nuestros vestigios? La pregunta adquiere la mayor relevancia si consideramos que la simplificación ofrecida por el nacionalismo revolucionario carece de sentido en el contexto de los “varios Méxicos” existentes, cuyas diferencias culturales y económicas se han hecho más que evidentes tras dos décadas de políticas neoliberales. Tenemos a los mexicanos orientados hacia el exterior y que, abanderados con la idea de la modernidad, están dispuestos a construir México a costa de México. Tenemos una clase media que crece muy lentamente (se dice aun que ha decrecido) y tiene nuevas aspiraciones en comparación con el México de hace 30, 40 ó 50 años. Tenemos a millones de mexicanos que se han quedado fuera de los beneficios generados por el último modelo económico y cuyas perspectivas de superar los problemas de pobreza y marginación,



tanto urbana como rural, son desalentadoras. Entre estos últimos, más de diez millones de indígenas poseen expectativas políticas y culturales que representan no sólo un reto, sino una tremenda deuda histórica.

En su conjunto, esta diversidad de sujetos desafía y amenaza con quebrantar esa confusa identidad colectiva que llamamos “nacionalidad mexicana”. Utilizando la anécdota y el estereotipo, ¿qué tienen en común el hombre más rico de México y un indígena de la selva Lacandona? Más allá de su vínculo con un mismo territorio, ¿qué los identifica como miembros de una misma comunidad nacional, aunque dicha identificación sea sólo imaginaria? Además de representar una oportunidad para revisar y aprender del pasado, las próximas celebraciones deberían ser también la oportunidad para hacernos –e intentar respondernos –este tipo de preguntas. ¿Qué hacemos con la diversidad, cómo solventamos las diferencias y los conflictos que no se pueden encasillar dentro de una sola identidad y cómo construimos espacios de diálogo cultural y sociopolítico que nos permitan mantenernos unidos y sobrevivir como nación? ¿Cómo hacemos esto en la era del



“posnacionalismo revolucionario”?

Luis Ortiz Monasterio, ex-embajador de México en Irán (a quien debo agradecer la idea de escribir este ensayo), me decía que el problema de los mexicanos es que hace mucho que no nos vemos en la necesidad de tomar decisiones como si nuestra nación estuviera al borde del exterminio, de la extinción, en pocas palabras, de desaparecer en definitiva del mapa. Para otros países, la presencia de un enemigo externo que amenaza su existencia se convierte en una especie de fuerza que cataliza y galvaniza las identidades (y solidaridades) nacionales, de modo que, por razones de supervivencia, las divisiones que arriesgan la cohesión dentro de la colectividad son casi impensables.

Claro, en México podemos mencionar la guerra con Estados Unidos (1846-1848) y la interven-



ción francesa (1862-1867) como dos hechos históricos que impulsaron la definición de nuestra identidad nacional, pero jugando al abogado del diablo, esto sucedió hace varias generaciones y en los últimos cien años no hemos experimentado algo similar. Hemos enfrentado circunstancias adversas que han puesto a prueba la solidaridad de los mexicanos, incluyendo desastres naturales (1985) y crisis económicas (1982, 1994, 2009), pero no un peligro que nos haya puesto al borde de la desaparición como nación. En esta lógica, lo peor que podría pasar

es que sigamos dando por hecho la persistencia e inevitabilidad de la nación como “espíritu colectivo”, esperando que una amenaza externa u otro hecho trágico nos obligue a replantearnos lo que significa ser mexicanos en el siglo XXI o peor aún, que ni siquiera tengamos la oportunidad de hacerlo y, valga en esto el lugar común, México y los mexicanos se pierdan en la noche de los tiempos hasta que algún arqueólogo encuentre los cuadernos de aquellos viajeros que se hayan aventurado a reflexionar sobre estas ideas.



PARA SABER MÁS:

ROGER BARTRA, *Anatomía del mexicano*, México, Debolsillo, 2006.

NÉSTOR GARCÍA CANCLINI, “Globalizarnos o defender la identidad, ¿cómo salir de esta opción?”, en *La globalización imaginada*, Buenos Aires, Paidós, 1999.

NICOLE GIRON, *La construcción del discurso nacional en México, un anhelo persistente (siglos XIX y XX)*, México, Instituto Mora, 2007.

ERIC HOBSBAWM, *Naciones y nacionalismo desde 1870*, Madrid, Crítica, 2003.

JEAN MEYER, “La Historia como identidad nacional”, *Vuelta*, México, núm. 219, febrero 1995.



COLONIA
ENOMOTO EN
ESCUINTLA,
CHIAPAS (1900).

TESTIMONIO DE UN JAPONÉS RADICADO EN MÉXICO DURANTE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

TEIJI SEKIGUCHI

Cuando el presidente Manuel Ávila Camacho supo, en el curso del día 7 de diciembre de 1941, que aviones del Imperio japonés habían atacado a las 7:55 a.m. a la flota de Estados Unidos anclada en Pearl Harbor y, posiblemente, bombardeado Manila, no debió dudar sobre el camino que iba a seguir. Le obligaban los pactos de cooperación hemisférica y de defensa de la costa del Pacífico firmados meses antes con el gobierno de Estados Unidos y que facultaban a la fuerza aérea de este país a servirse de nuestros aeropuertos para el aterrizaje y el servicio de las unidades en tránsito a otros puntos, a transmitir a Washington los datos que se recabaran sobre los agentes y ciudadanos del Eje Berlín-Roma-Tokio y a no vender materiales estratégicos a países no americanos.

Para calmar el temor del vecino del norte a que Japón empleara territorio mexicano para atacarlo, directamente o a través de sus súbditos, para asegurar la paz interna mediante la vigilancia de una “quinta columna” y cumplir con los acuerdos panamericanos, la administración de Ávila Camacho condenó el proceder de Japón, con el cual de inmediato rompió relaciones. Poco después tomó medidas que afectaron severamente la vida y los bienes de los inmigrantes japoneses. Ordenó a los que residían en el norte y en las costas del país que se concentraran en Celaya,

Guadalajara y el Distrito Federal, embargó sus propiedades, congeló sus cuentas bancarias y suspendió sus garantías individuales. Dejó de otorgarles cartas de naturalización y revocó las otorgadas los dos años anteriores. Hizo todo esto antes aun de que declarara la guerra a las potencias del Eje el 22 de mayo de 1942.

¿Cuántas personas padecieron estas medidas? Sin restar el dolor, las pérdidas y las penas que sufrieron, se calcula que fueron unos 6,000. Y es que la colonia nipona, surgida a fines del siglo XIX, era pequeña, humilde y dispersa. A partir de la firma del Tratado de comercio y navegación con el Imperio Japonés en 1924, México pudo regular y medir el número de entradas al país, ya que se requirió a quienes llegaran con intención de quedarse que tuvieran la invitación de un connacional aquí radicado. Así, entre los 2,183 japoneses que se contaron hasta 1932, se hallaba Teiji Sekiguchi, autor del testimonio que, gracias a la generosidad de sus hijos, Concepción y Jorge, reproducimos enseguida, y que se publicó por primera vez en su país de origen en 1993. Nos relata en él sus primeros años en la que acabó por ser su segunda patria y donde moriría. Años en los que con trabajo y empeño inició un sólido negocio de ferretería, vinculado siempre en forma estrecha a sus compatriotas. Nos relata también los tiempos difíciles que





negocio de jardinería y floricultura, puso entonces a su disposición la Hacienda Batán, de su propiedad, cerca del pueblo de San Jerónimo Lídice, al sur de la ciudad de México.

Sin embargo, la Hacienda Batán llegó también al límite y con rapidez; así, un informe de la secretaría de Gobernación da cuenta a mediados de 1942 de que era habitada por 569 personas, que dormían sobre colchones y sin otra cosa

vivieron los nikkei (inmigrantes de origen japonés y sus descendientes) en vísperas y durante la segunda guerra mundial. Tiempos difíciles en los que, como si fuera poco, hubieron de sobrevivir en una sociedad tradicional y católica, en parte discriminadora y racista, como era y es aún la sociedad mexicana.

A pesar su número escaso, los nikkei se organizaron y ayudaron uno a otro ante el impacto de sucesos lejanos, de los que no eran responsables, pero que no los dejaron escapar. Se formó el Comité de Ayuda Mutua o Kyo-eikai (dirigido por tres residentes de los más reconocidos por su alcance político y económico), el cual albergó en el edificio que rentó en la colonia Santa María la Ribera a quienes habían sido reubicados y comenzaban a presentarse en la capital, luego de malbaratar sus bienes y deshacer sus hogares en unos cuantos días.

Vistos como “prisioneros de guerra” y sin dinero hasta para comer, su traslado se realizó, muchas veces, en condiciones inhumanas.

A quienes llegaron con algún recurso, se les permitió instalarse en departamentos o casas de renta módica, por lo general situados en barrios pobres como eran entonces la colonia Obrera y la Jardín Balbuena. La mayoría llegó al edificio de la Santa María, que pronto se volvió insuficiente. Sanshiro Matsumoto, dueño de un importante

que comer que lo que les podían llevar sus connacionales más afortunados. El Comité de Ayuda Mutua propuso entonces la compra de una propiedad rural, para lo que primero hubo de obtenerse el permiso gubernamental. Lo facilitó la amistad de Matsumoto y Maximino Ávila Camacho, hermano del presidente y poderoso secretario de Comunicaciones y Obras Públicas.

Enseguida, una comisión nombrada por el Kyo-eikai, en la que se hallaba nuestro Teiji Sekiguchi, buscó y eligió la ex-Hacienda de Temixco, cerca de Cuernavaca, en el estado de Morelos. Allí se mudaron los residentes de Batán y aparecieron otros más; en el momento máximo, su número fue de unos 600.

TEIJI SEKIGUCHI (1913-2002).



Temixco se convirtió, en poco tiempo, en un campo agrícola productivo y autosuficiente. Modesta y vigilada por la policía, la vida no resultó tan opresiva y severa para sus moradores como en los campos de concentración para japoneses establecidos en Estados Unidos y otros países de América Latina. Además, las reglas extremas se atenuaron conforme el peligro de invasión disminuyó. Con todo, para los Isei y Nisei (primera y segunda generación) asentados en el D. F. y otras ciudades de provincia, la experiencia dejó un hondo recuerdo, que no siempre les fue agradable, por cierto.



ARSA

Llegué a México en 1929, cuando apenas tenía 18 años de edad, como empleado de la empresa del



Sr. Heiriku Sashida, quien había obtenido el último grado en la escuela secundaria Sanjo [misma en la que él estudió], establecida por la prefectura de Niigata. El Sr. Sashida ingresó después a la Universidad Toa Dobunshoi de Shanghai, China,

y luego se fue a los Estados Unidos de América para continuar sus estudios. A su regreso al Japón, trabajó cerca del Sr. Mori Kaku, subsecretario de Relaciones Exteriores en esa época. El gobierno japonés le envió entonces a México, junto con su esposa, como encargado de Comunicación por el ministerio de Industria y Comunicación.

El Sr. Sashida era un gran intelectual; le gustaba la bohemia china [sic] y discutir. A su alrededor se integró un grupo de jóvenes, todos con

las mismas características e intereses [...]. Entre esos jóvenes, yo era el mensajero, pero la teoría y las convicciones que mostraban me ayudaron a crecer como ser humano.

Dejé el grupo de Sr. Sashida a los dos años y viví solo, casi como un mendigo, por falta de conocimiento del idioma español. A pesar de esta situación, nunca dejé de trabajar para otros; me emplearon como ayudante en los preparativos para la visita de la Armada Imperial, para trabajar en la cancha de tenis del Club de la Colonia Japonesa, para decorar el carro alegórico [que la representó] durante el Carnaval celebrado en la ciudad de México en 1932, etc. A los cinco años dejé México y me ofrecieron una despedida con muchas consideraciones. Aunque regresé a mi país natal, me fue difícil adaptarme a la vida de Japón después de ese tiempo de ausencia y volví otra vez.

[Me dediqué al comercio de

JAPONESES EN MÉXICO.

VIZCONDE TAKEAKI ENOMOTO. MINISTRO DE RELACIONES EXTERIORES DE JAPÓN Y PROMOTOR DE LA COLONIA JAPONESA EN CHIAPAS (1891-1901).



PORTADA DE LA REVISTA MILAPA. PUBLICADA POR EL GRUPO TANKA Y HAIKU.

importación e inició la venta de platos metálicos producidos en mi estado natal] y en 1935 fui elegido funcionario de la Asociación de la Colonia Japonesa [...]. La Asociación trabajaba activamente desde 1929, con el fin de apoyar a sus socios en diversas formas, incluso con préstamos. [...] La oficina de la Asociación se hallaba entonces ubicada en el segundo piso de la calle de Melchor Ocampo (hoy es la esquina de 20 de noviembre y Venustiano Carranza) [...]. Luego el Sr. Shojiru Shinomiya tomó el cargo de secretario y empezó a impartir allí clases del idioma japonés; siendo la oficina un lugar muy pequeño, se cambió a la casa del Lic. Miguel Alemán. Esta casa contaba con un espacio de 600 metros cuadrados, cancha de tenis, frontón, alberca y sala grande. Se utilizó para ocasiones diferentes, tales como la recepción de la Armada, pasatiempos, práctica de deportes como el sumo, competencias de tenis, la celebración del Fukiyose, ofrecer cursos de japonés a los *Nisei*.

La Asociación de la Colonia Japonesa en la



TSUTOMU KASUGA, UNO DE LOS PROMOTORES DEL LICEO MÉXICA-NO-JAPONÉS.

dos en México y los que viven fuera.

Desarrollar la educación física, mental y moral de los jóvenes y los Nisei.

Crear una Asociación o Club de la Colonia Japonesa que contara con las facilidades de bibliotecas, restaurantes e instalaciones deportivas para el goce los socios en la capital de la República y en otras ciudades, conforme surgieran en el futuro.

[...] El presidente honorífico de la Asociación de la Colonia Japonesa en la Ciudad de México sería el consejero superior de la administración general en todo sentido, es decir, el embajador [entonces ministro] y, si se requería consultar un asunto de gran importancia, su consejo era indispensable. Así pueden imaginarse cuán grandes son las facultades del embajador de Japón.

Ese mismo año se volvió a publicar el periódico (*Mexico Jidosha*) y se estableció la Escuela del idioma japonés en la capital. En 1938, la Asociación de la Colonia Japonesa [me eligió como su contador y] convocó a los socios a dar sus donativos para comprar por \$54,000 pesos el terreno de aproximadamente 6,900 metros cuadrados de una casa ubicada en la esquina de Av. Coyoacán y San Borja. Los socios laboraron para edificar dos canchas de tenis y una cancha de basquetbol. Además reconstruyeron un garaje donde se instaló el periódico. La casa tenía diez cuartos y unieron la sala y el comedor para hacer un salón grande, a fin de que allí se impartieran conferencias y se jugase ping pong y *Mah Jong* [juego de mesa de origen chino].

El resto sirvió de vivienda a las familias de los encargados y maestros [...]. En mayo de 1940 se recibió a la familia del maestro Yoshichika Yoshida para que iniciara formalmente los cursos de japonés. [...]

Cuando en 1941 se intensificaron los conflictos entre Japón y los Estados Unidos, y con autorización de la embajada de Japón se vendieron el inmueble, el terreno y el edificio de la Asociación de la Colonia Japonesa en el mes de septiembre [...], se obtuvo un total en efectivo de \$109,565.32 pesos [...]. Se acordó que ese fondo se trasladara al de la Escuela del idioma japonés de la capital y que los intereses generados a partir de diciembre



KISOU TSURU, FRUTICULTOR EN CIUDAD VALLES, S.L.P.

Ciudad de México se estableció legalmente en el mes de noviembre de 1937 [...]. El acta de constitución mencionaba cinco objetivos en el artículo 4º:

Desarrollar la colonia japonesa en la República Mexicana y elevar su nivel cultural.

Estrechar la amistad entre México y Japón.

Promover la amistad entre los japoneses radica-



se entregaran al director, el Sr. Yoshida [...].

La escuela se pasó a la casa del Sr. Hikosaku Nishizaki, quien se prestó a modificarla para ese fin. Luego se cambió a la casa propiedad del Sr. Sanshiro Matsumoto, ubicada en la calle de Carlos B. Zetina núm 52, Colonia Tacubaya [...].

Más tarde la escuela se mudó temporalmente a la Hacienda Batán, que serviría como campo de concentración de los inmigrantes japoneses y que, durante once años, hasta 1953, se dedicó a impartir cursos de japonés para los *Nisei*, graduándose 93 alumnos. El director, el Sr. Yoshida, dio esos cursos con el sistema de *Spalta* (educación estricta), adoptado desde antes de la guerra. Actualmente, los graduados hablan igual o mejor que los *Isei*. Sin embargo, por el carácter estricto del director, los padres no permitían ir a sus hijos



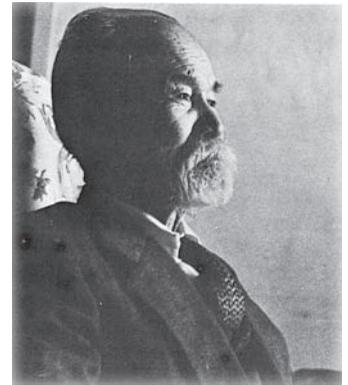
y, por último, la escuela se cerró. A pesar de esto, los graduados piensan que el Sr. Yoshida fue el maestro de su vida juvenil.

El señor Yoshida dijo lo siguiente, que expresa en qué creía:

Los hijos son mexicanos, pero en efecto son japoneses y no pueden cambiarse en mexicanos. Vean bien las caras de sus hijos.

En todas partes, como en México, vive gente de muchos países.

Pese a esto, no debemos olvidar que las características de cada país se reconocen con gran claridad. Nuestras generaciones no son meramente de extranjeros. Son las generaciones de los japoneses. Si sólo se ve la cara, los ojos de los extranjeros, no pueden distinguir quiénes son chinos, coreanos, japoneses o filipinos. La identidad de los japoneses sólo está en la conciencia de ser japonés. Es importante para esa conciencia tener la convicción de que se entiende el idioma japonés.



El Sr. Yoshichika Yoshida falleció en tierra mexicana en el año de 1957. [...]

La Escuela del idioma japonés [...], el periódico *México Jidosha* y el Club de la Colonia Japonesa tuvieron que cerrarse en el mes de septiembre de 1941 [...] La embajada de aquel entonces encargó a los señores Sanshiro Matsumoto, Kisou Tsuru y Heiji Kato el rescate y atención a los inmigrantes que el gobierno obligó a trasladarse de las provincias a la capital, ya que por la segunda guerra mundial se les veía como enemigos. A través del acuerdo y el apoyo de las autoridades de México y Japón, se estableció el Comité de Ayuda Mutua (*Kyoeikai*), bajo la dirección de estas tres personas: Matsumoto, Tsuru y Kato. El Sr. Kato, al año siguiente, a principios de 1942, regresó al Japón en el barco de intercambio, junto con los diplo-

TATSUGORŌ MATSUMOTO .

SANSHIRŌ MATSUMOTO, HIJO DEL ANTERIOR.



MAXIMINO
ÁVILA CA-
MACHO.

pesos, es decir, un total de \$200,000 pesos para la Escuela del idioma japonés y para proteger a los inmigrantes.

Al Sr. Matsumoto le preocupaba la adecuada administración de la cuenta y que ésta pudiera ser congelada, por lo que pidió que la custodiara al Sr. Abelardo Paniagua, quien sentía simpatía por los japoneses. En enero del año siguiente, los inmigrantes llegaron a la ciudad de México y a Guadalajara. El Sr. Matsumoto los protegió, ofreciéndoles la Hacienda Batán, que era de su propiedad, pero siendo demasiados no todos cupieron.

Alquiló luego el *Kyoei-kai* un edificio grande en la colonia Santa María para recibir a los compatriotas que llegaban. Aun así, la gente no dejó de aumentar y surgió el problema de la vigilancia por parte de la Dirección de Inmigrantes [Departamento de Investigaciones Políticas y Sociales] de la secretaría de Gobernación. Tampoco se

podieron retirar los \$200,000.00 porque el Sr. Paniagua falleció y fue difícil tener acceso al fondo y con él ayudar a los refugiados.

Ante esta situación, el señor Matsumoto propuso a los Sres. Makoto Tsuji, Rokuro Tago, Matsutaro Kajiyama, Eitaro Ishitaka,

Teiji Sekiguchi e Isaburo Horiuchi comprar una hacienda en la provincia, en la cual los refugiados vivirían con autonomía y ellos mismos empezaron a buscar y visitaron cuatro lugares posibles. En ese entonces [la población de origen japonés] tenía prohibido circular excepto en la capital, pero gracias al esfuerzo del Sr. Matsumoto obtuvieron el permiso del secretario [de Comunicaciones y Obras Públicas], el Sr. Maximino, hermano menor del presidente Ávila Camacho.

El grupo de los Sres. Matsumoto, Tsuji, Ishitaka, Sekiguchi y Tago visitó primero las haciendas de Querétaro y de Zitácuaro. La segunda vez fueron los Sres. Matsumoto, Tago, Sekiguchi, Horiuchi y Kajiyama quienes visitaron haciendas en los alrededores de Irapuato y el Valle de Santiago; todas eran adecuadas para lo que se necesitaba; sin embargo, por recomendación del Sr. Matsumoto, se eligió la hacienda de Temixco, que estaba cerca de la capital, tenía agua en abundancia y permitiría el cultivo de arroz y verduras, siendo por lo tanto un lugar adecuado para lograr la autosuficiencia.

Los inmigrantes cultivaron allí arroz y caña de azúcar y contaron incluso con un equipo para refinar el azúcar. Tenían el espacio de unas 50 hectáreas, además de que disponían de las 200 hectáreas del ejido [...] y las debían recorrer a caballo. El terreno se compró mediante la inversión conjunta de los Sres. Matsumoto, Tsuji, Kajiyama, Horiuchi, Tago y Sekiguchi por \$180,000 pesos en el mes de diciembre de 1942.

Los inmigrantes se trasladaron de la Hacienda Batán a Temixco. Eran más de 600 personas, pero encontraron que el terreno era suficiente para el campo [de concentración]. Junto con el Sr. Matsumoto, visitamos varias veces la casa de verano del presidente [...] para que se permitiera el tras-



KENICHI
MURAI, CO-
MERCIANTE
EN ORIZABA,
VER.

EL PRESI-
DENTE MA-
NUEL ÁVILA
CAMACHO.





TAKUGORO SHIBAYAMA.

lado]. Finalmente se aceptó el cambio gracias al esfuerzo del Sr. Matsumoto.

Encargamos la administración de la hacienda al Sr. Takugoro Shibayama. Se le dio una organización diferente,

con la intención de administrar el presupuesto con eficiencia, evitar las imposiciones del consejo directivo y reflejar los deseos de los inmigrantes.

El Comité de Ayuda Mutua recibió en 1944 un donativo de la Cruz Roja de Japón como fondo para atención médica. Pedimos además la ayuda económica del gobierno japonés para explotar la hacienda. Gracias al apoyo del ministro suplente de la embajada de Portugal, se obtuvo el permiso de las autoridades de México y Japón y pudimos disponer de un presupuesto de \$100,000.00 pesos anuales. [...]

Sin embargo, el Sr. Matsumoto tuvo una discrepancia con los otros directores sobre la forma de usar ese donativo, por lo cual el 30 de octubre presentó su renuncia voluntaria y se separó. Luego, el Sr. Kato regresó a su país y sólo el Sr. Tsuru se quedó como director. En la junta celebrada el 6 de noviembre declaró:

Actualmente sólo queda su servidor como director del Comité de Ayuda Mutua autorizada por los gobiernos de México y Japón, pero no estoy gozando de buena salud y ya no puedo encargarme formalmente de una responsabilidad tan grande. Por eso quiero entregarla al nuevo organismo titulado Junta del Consejo Directivo, a fin de que los directores y miembros del consejo se encarguen como iguales y compartan al mismo tiempo la responsabilidad ante ambos gobiernos...

Su deseo se aceptó por voto unánime.

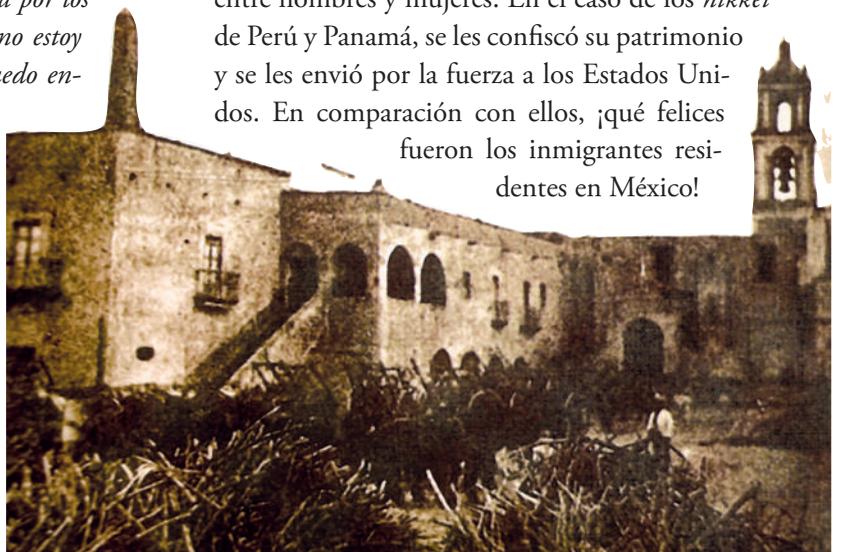
Terminando la segunda gue-



rra mundial, la hacienda de Temixco era autosuficiente en arroz y verduras y lo fue hasta 1948, cuando se abrió allí la escuela de Temixco.

Algunos de los compatriotas que vivieron en esa hacienda durante seis años ahora duermen eternamente en ese lugar. [...]

Al inicio de la guerra, los inmigrantes japoneses radicados en los Estados Unidos de América habían sido obligados a trasladarse a tierras muy frías o calurosas o al mero desierto sin distinguir entre hombres y mujeres. En el caso de los *nikkei* de Perú y Panamá, se les confiscó su patrimonio y se les envió por la fuerza a los Estados Unidos. En comparación con ellos, ¡qué felices fueron los inmigrantes residentes en México!



EX-HACIENDA DE TEMIXCO, MOR.

Día de Reyes

EN EL SIGLO XIX

Cuenta Guillermo Prieto en sus *Cuadros de Costumbres* que la víspera del Día de Reyes no había casa en la que los niños no fuesen obedientes, pidiesen permiso para todo, haciendo así méritos para recibir los juguetes que habían pedido a los Reyes Magos y no la tarjeta negra que solían dejar a quienes se habían comportado mal, mientras a escondidas los padres discutían respecto al obsequio que cada hijo iba a recibir. Añadía que, a la mañana siguiente, tan pronto despertaban, los niños corrían para encontrar sus regalos: espadas de hoja de lata, sonajas, figuritas de madera con cabeza de garbanzo y tambores, dulces, entre otras cosas.

La celebración de la Epifanía (que significa manifestación) de Jesucristo, más conocida como “Día de Reyes”, ocupa en el calendario cristiano un lugar privilegiado: el acontecimiento simboliza la revelación de la llegada del Mesías a los pueblos no judíos de la tierra, representados por los magos o sabios del Oriente, quienes habían ido a adorarle guiados por una señal, la estrella de Belén. Esos magos carecieron en un principio de nombre, y aun de número, por lo que las tradiciones paleocristianas les asignaron diversos apelativos y dejaron sin definir cuántos acudieron al pesebre en que yacía el niño Jesús. No fue sino hasta la aparición de la *Leyenda dorada*, escrita por Santiago de la Vorágine en el siglo XIII, que los magos se convirtieron en reyes y tomaron los nombres de Melchor, Gaspar y Baltasar; el autor no hacía sino aludir a motivos del arte bizantino presente en la península itálica, en los que aproximadamente desde el siglo VI los magos ya tenían varias de las características que hoy los distinguen, como los regalos que llevaban: mirra, oro e incienso y los animales en los que viajaron: un caballo, un camello y un elefante.



coincidencia con las fiestas estacionales paganas en que se conmemoraba el inicio de un nuevo ciclo estelar —en el entendido de que el año daba inicio en el actual mes de marzo—, lo cual

remitiría a los ciclos físicos y espirituales en los países europeos durante la Edad Media. Entonces, como las demás solemnidades del calendario cristiano, el día de Reyes cumplió con varios fines, al marcar una etapa del año litúrgico, fortalecer la unión entre el plano divino y el terreno, facilitar la integración social entre los distintos estratos y, por último, fomentar la circulación de productos y mercancías propios de la fecha.

De allí que cuando los conquistadores, los misioneros y los pobladores viajaron a la Nueva España llevaron el festejo en su bagaje cultural. La fiesta mantuvo aspectos medievales, como la rosca de Reyes, cuya forma circular simbolizaba

la existencia de un ciclo. Gradualmente se añadieron más elementos, tales como la costumbre de esconder en la masa cantidades variables de figuras del niño Jesús, lo que representa el pasaje bíblico en que Herodes mandó matar a los niños menores de tres años y el pequeño Jesús debió



ser escondido; un haba y alguna otra leguminosa, a fin de que quienes las hallaran en el momento de partirla se convirtieran en rey y reina, con la misión de organizar el agasajo de la Candelaria, el siguiente 2 de febrero, y de ofrecer atole y tamales a los mismos invitados; un anillo, que vaticinaba casamiento, o la figura de un cerdo, que predecía una pronta fortuna material. Y así como aumentaron, los objetos contenidos en la rosca terminaron en sólo dos: la figura de Jesús y el haba; quien se topaba con “el niño” era el rey de la fiesta, quien con el haba tendría fortuna o, como a la fecha sucede en la península ibérica, pagaría los gastos de la reunión.

Después de la Independencia, la fiesta de Reyes continuó siendo parte de los festejos decembrinos, que comenzaban

No es posible saber a ciencia cierta en qué momento la Epifanía comenzó a celebrarse, ni tampoco los factores que la hicieron muy popular. Tal vez se debió a su





con las posadas y concluían el 6 de enero. Ese día se quitaban los nacimientos; al llegar la noche, la familia y los amigos se reunían de nuevo y por última vez en la temporada, aunque la reunión no era tan solemne como la de Navidad o Año Nuevo. Se procedía a partir la rosca; aquel

a quien le tocara el haba tenía que depositarla dentro del vaso de la persona que eligiera, quedando así formada la pareja del rey y la reina. Un abrazo los confirmaba como compadres y, por tanto, intercambiaban un regalo y, días después, debían ofrecer el llamado *baile de compadres*. Pero antes, el mismo 6 de enero, se llevaba a cabo la *rifa de compadres*: papeles con los nombres de las mujeres presentes se ponían en un sombrero y de los hombres en otro; se sacaban al azar formándose así las parejas que irían juntas al baile. Ese día y tan pronto llegaban al lugar acordado, cada uno obsequiaba algo al otro,



ellos un objeto de tocar, ellas un ramillete de flores que ponían en la solapa del traje masculino. Esta prórroga de la fiesta de los Reyes

se puso tan de moda durante el siglo XIX que gozó de gran atractivo entre los jóvenes y esto provocó que autores de la época, como el mismo Prieto, se quejaran por la pérdida de la tradición religiosa y familiar, conservándose únicamente la diversión. Para ese tiempo la festividad comenzaba a mercantilizarse y en los periódicos aparecían numerosos anuncios de pastelerías (mexicanas, pero sobre todo francesas), ofreciendo las rosas con días de anticipación.

EN EL SIGLO XX

El día de Reyes no ha dejado de celebrarse y conserva rasgos tradicionales, como los niños escondidos en las rosas. Ha sufrido, sin embargo, cambios: un ejemplo son los frutos secos que la decoran y que representan las joyas que los magos de Oriente lucían en sus coronas. De mayor importancia es el efecto causado por elementos propios de la época contemporánea que van de la producción y el consumo masivos hasta las redes mundiales de comercio,

que sobre todo han contribuido a difuminar el sentido religioso de la festividad, pero que afectan incluso la confección y la forma de la



rosca, que dejó de ser redonda, para ser ovalada. En el proceso de internacionalización al que, irrevocablemente, los seres humanos nos vemos sometidos, lo lógico es que las tradiciones pierdan identidad nacional. Es el caso de *Santa Claus*, personaje de origen nórdico y anglosajón, el cual incorporaron primero las clases altas, que eran las que tenían mayor contacto con otros países, pero que luego se extendió a otros sectores de la población, debido a la fuerza creciente de los medios de comunicación. Con todo, la fiesta de Reyes permanece y muchos niños aún acostumbran a que la víspera, después de partir la rosca en familia, dejan su carta dentro de un zapato; en ella piden juguetes, con la esperanza de hallarlos a la mañana siguiente o, tal vez, con el temor de que si a lo largo del último año se portaron mal no descubran nada o, peor aún, encuentren carbón. Vale la pena aludir a la Alameda Central, a la que, en la ciudad de México, se asocia forzosamente a los Reyes Magos. Este viejo parque de la capital constituye el iluminado escenario donde tríos de actores improvisados representando a los Reyes Magos se retratan con los niños que acuden a verlos y a pedirles los juguetes que desean para ese año. Y el 5 de enero, y hasta las primeras horas de la madrugada del 6, los mercados y las tiendas se llenan de padres ansiosos de adquirir los obsequios que llevarán a su hogar.



El día de Reyes, como la Navidad, el Año Nuevo y las posadas, es una fecha en la que la familia y los amigos acostumbran a reunirse a compartir un pedazo de pan y una taza de chocolate, dando oportunidad a la convivencia y al olvido momentáneo del ritmo agitado de vida actual.



Abuelo grande

Juan Manuel Bueno

El cielo de Querétaro siempre me ha impresionado. ¡Es tan luminoso! Cuando camino por sus calles adoquinadas, entre las casas coloniales, me gusta mirar el cielo azul entre las hojas verdes de los laureles que dan sombra a los paseantes. Hijo, en estas calles y en sus edificios se encuentra nuestra historia familiar, la que hoy te cuento pues no sé si tendré otra ocasión para hacerlo y porque espero que cuando la escuches te sientas tan orgulloso de ella como lo estoy yo.

Comienzo mi relato por la ciudad, mi bella ciudad, escenario de grandes hechos de nuestra historia y que hoy lo será de nuevo cuando en el Teatro de la República se inicie el Congreso Constituyente, igual que en 1917, hace cien años. Aunque viendo como la revolución cubre a casi todo el país y las bajas se multiplican, la verdad es que temo que estemos más cerca de un golpe de Estado que de una Constitución. Quiero estar allí, pero ni siquiera sé los grandes intereses que dominan el gobierno y me saben defensor de los marginados —de eso jamás me arrepentiré—, y por tanto opuesto a ellos, no me darán acceso. Trataré de colarme, como pueda. Hijo, de todo corazón deseo que cuando enciendas este reproductor y

oigas mis palabras todo haya terminado bien.

Estoy sentado en los portales posteriores del Gran Hotel, cerca del teatro, en un restaurante con mesas de encino americano y manteles de lino blanco, como en su mejor época. Admito que venir aquí parece un gusto burgués, del que no he logrado ni quiero desprenderme porque el Gran Hotel perteneció a don Cipriano, mi Abuelo grande. Te lo explicaré mientras es hora de acudir a la gran cita. Antes estuvieron aquí las capillas del convento de San Francisco; la Reforma lo volvió un gran solar en el que, años después, el gobernador quiso construir un palacio de gobierno; como no pudo acabarlo, en 1890 lo vendió a tu tatarabuelo, quien enseguida reanudó la obra, obra que fue más señorial de lo que pensó al inicio.

Imagino al Abuelo grande muy pendiente, como ahora yo, del Congreso de 1917, aunque él no debió pelear por la entrada. Pero mejor vuelvo a lo nuestro. Fue también dueño de la hacienda de San Rafael, cerca del pueblo de Chichimequillas. ¿Recuerdas que te contaba de ella cuando eras niño? Como vivía solo, hizo venir de Güemes a dos sobrinos: Joaquín, su preferido, y Cecilia, a quien con el tiempo apodaron Chila la Tequilera por su gran afición al tequila. Tía Cecilia no se



casó, pero tuvo amores y amigos, desde aristócratas hasta labradores y gavilleros.

Además de administrar el Gran Hotel y llevar las cuentas de la hacienda, Abuelo Joaquín tenía un bazar en los bajos del hotel. Fue un gran coleccionista, pues compró la cama en que Maximiliano durmió la primera vez que visitó Querétaro. Espero que la guardes y cuides, al igual que las copas francesas para servir ajeno caliente y la vajilla Napoleón III que también estuvieron en el negocio. Allí crecieron su hijo Isaac y sus hermanas, jugando entre antigüedades. Fueron ellos quienes llamaron Abuelo Grande al tío Cipriano.

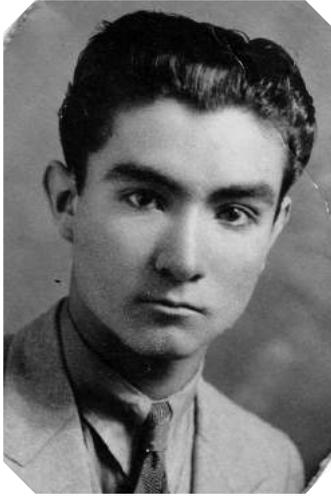
De mi padre, tu Papá Isaac, diré que luchó por el reparto agrario. Tal vez por eso y por los libros que le rodeaban y solía prestarme me hice periodista. ¡Quién sabe! A lo mejor por lo que hoy haga, por lo que deseo hacer, tú sigas mi profesión. Me causará un gran orgullo.

Espero que mi voz no se pierda en el ruido que hacen los helicópteros que vigilan la ciudad y que cada vez son más. Sería mejor que me acercara al teatro. Pero antes te digo muy rápido que Abuelo Grande amó tanto a una mujer que quiso casarse

con ella y construirle una quinta en San Rafael. No lo creerás, hijo, pero oye la música. Es un cuplé, ¿lo escuchas? Y es el que dice: “Ay Cipriano, Cipriano, Cipriano, no bajes más la mano, no seas exagerao”. Casi veo a Abuelo grande bailando con la mujer que amó.

Don Cipriano aspiró el “Te amo”. Se parecía al puro que fumó la primera vez, en los muelles de La Habana, acompañado con un vaso de ron y escuchando “cuando salí de la Habana, válgame Dios”. Ahora bebía tequila, no ron, y mientras pensaba en que pronto inauguraría el Gran Hotel, la obra de su vida, y que si tenía suerte y era cierto lo que decía el gobernador de que los Díaz viajarían a Querétaro por placer, el mismo don Porfirio lo podría inaugurar. Es más, quizás aceptaran alojarse allí mismo, en su Gran Hotel, en vez de pasar la noche en el palacete de los De la Barra.

Entre bocanadas de humo y pequeños sorbos, don Cipriano recordó las dificultades para comprar el terreno, para fijar su precio, para sacar adelante la construcción y darle término. Y desde luego la disputa con el señor obispo, quien no dejó

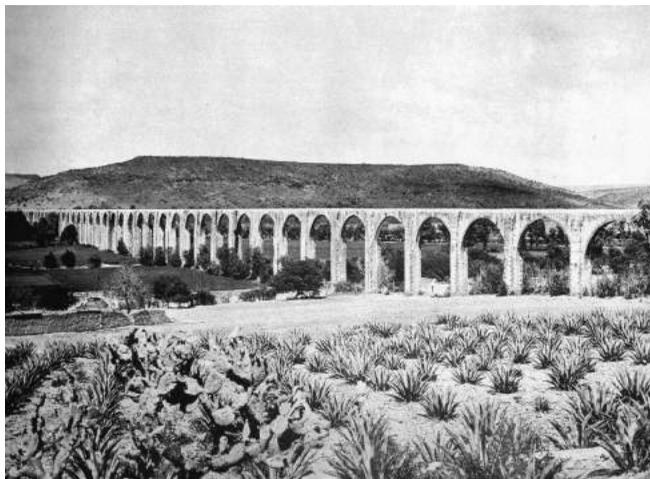


DOS
IMÁGENES
DE PAPÁ
ISAAC.

de reclamar la propiedad para los franciscanos. Afortunadamente, todo quedó atrás. Sólo esperaba que la querrela con la Iglesia no llevara a doña Carmelita a hacerse a un lado. Sí, todo iba muy bien, sólo que, días atrás, andando a caballo por la hacienda con su caporal Tarcisio, había conocido a la india más bella y retadora de la región. Él, quien siempre creyó que las mujeres más altivas y seducoras se hallaban en su Cantabria natal, era preso de una mujer astuta que le quitó la tranquilidad.

En verdad, cuando se toparon, ella no debía saber que él era don Cipriano, el dueño de San Rafael, la que, como la describía Tarcisio, era *llena de magueyales pa'l buen pulque, además de nopales, maíz, chile y frijol, 'pa los buenos tacos*, la que tenía las mejores reses y toros tan bravíos que podían competir con los de Tlaxcala. Y, si lo sabía, nada pareció importarle; apenas lo saludó, pues ni siquiera lo dejó presentarse: *Soberbia e indomable, como india del estado; pero la voy a conocer. Por algo he renunciado a mis montañas, a mi familia, a las bellas mujeres de mi país.*

Trataría de pensar en otra cosa. Don Cipriano se dijo que no debía descuidar los últimos detalles y que el hotel estuviera listo para la inauguración. Y es que a falta de esposa, él y Joaquín se ocupaban de todo, de casi todo. En la obra se encontraban ya los ebanistas, los fontaneros, los herreros. Él mismo se ocupó de elegir las maderas finas de Jalpan, Tolimán y Cadereyta para las puertas y ventanas; mantas de los textiles de Hércu-



les para el capitoneado de los muebles; tejidos a mano de Bernal y San Juan del Río para los cubrecamas y los cortinajes. Lo bueno era que la suite presidencial estaba casi terminada y se habían colocado las balaustradas y los portones hechos con cedro blanco de San Rafael. ¡Si la hacienda no le requiriese tanta atención! No eran nada más los cultivos y el ganado, sino ese ladrón Chucho el Roto que tenía espantada a la comarca y las gavillas que empleaban sus tierras como atajo una y otra vez. *En ellas la encontré, ¿me volverá a pasar? ¿De dónde es, dónde vive? ¿Cómo preguntar por ella si no sé su nombre? ¡Y cómo! ¡Un hacendado preguntando por una india! ¿Quiénes iban con ella? Su familia, de seguro.*

Después de pasar algún tiempo en la hacienda y de visitar el pueblo sin encontrarse con la joven, Cipriano ordenó a Tarcisio no sólo que averiguase de quién se trataba, sino que le arreglase una cita. El caporal resolvió todo en 24 horas, aunque no pudo sa-

ber el nombre de la mujer. Le informó que el encuentro tendría lugar en la noria, en los límites de la hacienda, y que debía ser muy prudente “pues es extraña y altiva mi patrón, y siempre hay gente con ella”. Quería ir con él, pero lo rechazó: “tú no sabes lo que es atravesar el mar enfurecido, después de eso no le tengo miedo a nada”. Ante su cara de extrañeza continuó: “un mar enfurecido, Tarcisio, es como una manada de toros enojados”.

Cipriano acudió a la cita en su mejor caballo, con montura sencilla, vestido como para una faena de toros de lidia. Algo le decía que la joven iría con su gente, por lo que decidió hacerse acompañar por un cohetero y una pequeña banda musical que había escuchado tocar en los bajos del hotel y que Joaquín le reclutó para que no fuera solo. Cipriano atravesó los anchos campos de la hacienda, “tan grandes como las tierras de Asturias”, precedido por el cohetero que, entre pieza musical y pieza musical echaba sus cohetones al aire, anunciando así su presencia. Casi al llegar a la noria, la banda comenzó a tocar “La panchita”, “que tiene los ojos grandes, la boca chiquita”. La hermosa morena le recibió con un “Dígame don Cipriano, ¿a qué tanta algarabía?”. “Vengo a invitarla a comer señorita.” “Soy viuda, don Cipriano, no iría sola.” “Invito a todos, señora...” “Martina, don Cipriano.” Ambos se apearon de los caballos y caminaron entre magueyes, nopales y huizaches, bajo un cielo azul esplendoroso, mirados a distancia por Tarcisio, los coheteros, los músicos y la gente de Martina. “¿Comeremos en la hacienda don Cipriano?” “No, en Querétaro”. “No sé si pueda entrar a la ciudad con los míos y no voy sin ellos.” “No se preocupe, Martina; Tarcisio y yo les esperaremos en el acueducto”.



EL GRAN HOTEL..

Platicaron un buen rato. Al despedirse, Cipriano creyó reconocer a uno de los hombres de Martina, pero era más su alborozo que su curiosidad y lo olvidó de inmediato. De un maduro enojón se había convertido en un hombre juvenil y afectuoso.

Los preparativos en el Gran Hotel se apresuraron para lo que se supuso que iba a ser la inauguración con la pareja presidencial. Cipriano ordenó a las sorprendidas cocineras preparar los mejores platillos regionales, en vez de los menús españoles y franceses que se acostumbraba. Como entrada habría gusanos de maguey y escamoles, no jamón serrano; caldos picosos suplirían la sopa de cebolla; se ofrecerían barbacoa y carnitas en vez de pato a la naranja; tortillas y no pan y, naturalmente, los mejores dulces confitados de Querétaro, en lugar de las crepas que nadie extrañaría. Se ofrecerían pulque, tequila y mezcal, el vino tinto no haría la

DOS IMÁGENES DEL ACUEDUCTO DE QUERÉTARO.



menor falta. Y fue el dueño del hotel quien eligió las melodías que se interpretarían al piano, acompañado de violines.

Cipriano tuvo que justificar la llegada de Martina y su gente con el gobernador. A éste, desconfiado, el asunto no le gustó, pero la explicación de que se trataba de peones de San Rafael que iban a festejar la buena cosecha lo calmó, al igual que el obsequio de un alazán, y otorgó el paso franco por la ciudad.

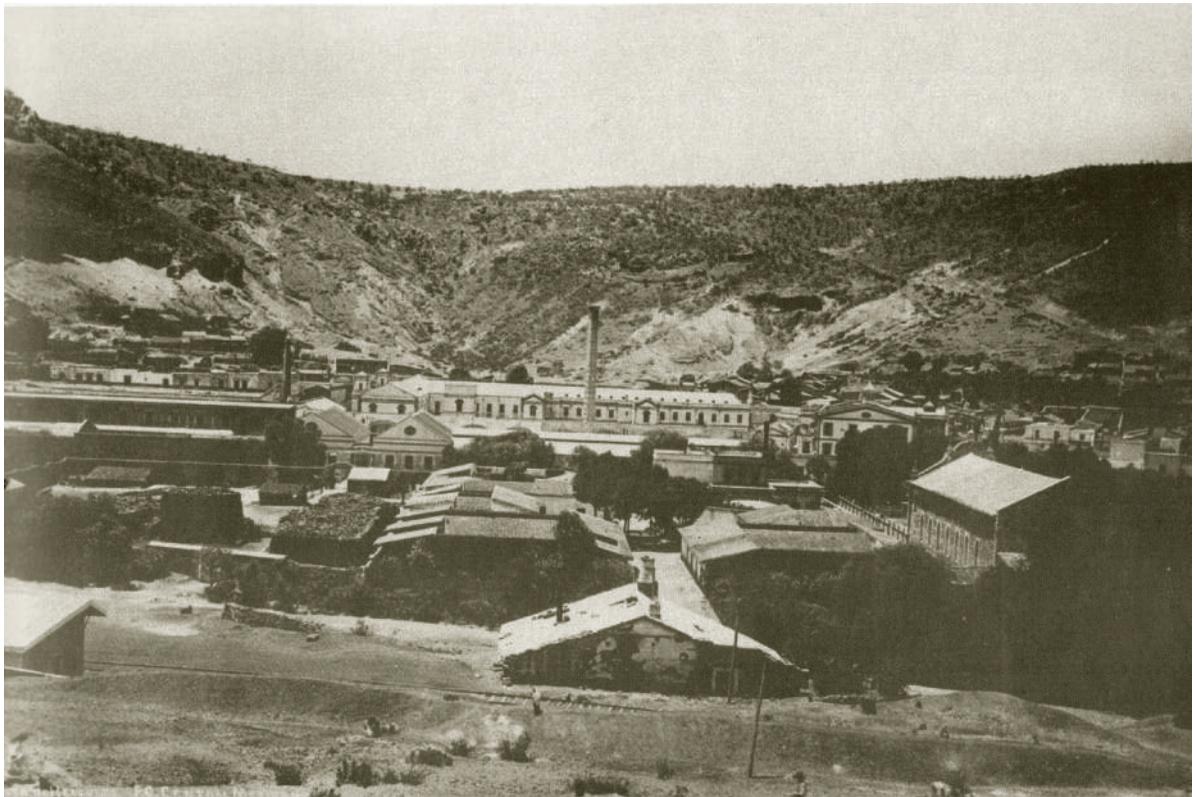
Martina se presentó ataviada con hermoso vestido de algodón. “Aquí me tiene, don Cipriano”. Se inclinó para saludarla, percibiendo su aroma a violetas. Le pidió luego que ordenara a sus hombres que ocultaran las armas en los costales de yute que les habían llevado o en las alforjas de sus caballos. Y entraron en la ciudad costeano los arcos del acueducto, para después doblar a la derecha por detrás del convento de la Cruz y enfilar para el centro, ante la mirada atónita de los queretanos que veían pasar a don Cipriano cabalgando junto a una india que parecía de la región. Al llegar amarraron los caballos a los árboles de la gran plaza trasera, frente al Gran Hotel. Cipriano ayudó a

aparearse a Martina. “Bienvenida sea, he dispuesto un festejo en su honor.” “Gracias don Cipriano”. Los músicos interpretaban “Las Bicicletas” cuando entraron al restaurante. Un poco después, al son de “La Coronela”, la duela abrigada del lugar se transformó en un campo para cultivar el maíz, con grandes surcos y tierra suficiente para que crecieran las matas más rejegas, en ese momento regadas con pulque, mezcal y tequila, y oprimidas por botas y huaraches. Los perros se movían entre las mesas. Cocineras y meseros no se daban abasto.

En la mesa central, la única arreglada con una vajilla de porcelana estilo Napoleón III y copas francesas, Cipriano se hallaba sentado junto a Martina y al lado su sobrina Chila. Ambas conversaron muy a gusto, como si fueran viejas amigas. Luego seguía su sobrino Joaquín, Tarcisio y la gente de Martina, y no faltaba el hombre que vislumbró el día del encuentro en la noria, esta vez bien trajeado y con aspecto formal. Martina lo presentó como “Don Jesús Arriaga”. Cipriano recordó que ese hombre se hospedó en el hotel y se fue sin pagar. ¡Era Chucho el Roto!, quien con

VISTA DE
QUERÉTA-
RO.





descaro le tendió afable la mano.

Después de la larga comilona y de beber generosamente, Cipriano bailó un vals con Martina. “Qué bien se le vería un collar de perlas en el cuello”. “Ni falta que me hace, don Cipriano” “¿Y cómo es que es viuda, Martina?” “Háblame de tú, Cipriano, mi marido murió en un enfrentamiento con los guardias del hombre que te vendió San Rafael”. “Lo siento, no lo habría imaginado”. “Gracias a don Chucho y a mis hombres, he podido defender mis pocas tierras”. “¿Es tu hombre, Martina?” “No, Cipriano, él me dice qué hacer con las autoridades y a cambio yo le protejo con mi gente, que es muy bragada. A mí me gustan los hombres de campo, aunque no sean de aquí”.

Cipriano le dio un “Te amo” y ella le pidió que se lo encendiera mientras bailaban. La Chila lo hacía con Chucho el Roto y Joaquín miraba a las morenas que aguardaban sentadas a que las sacaran a bailar. “¿Cómo fue que te localizó Tarcisio?” “Siempre andamos por ahí”. “¿Haciendo qué? si se puede saber”. “Pues te seguimos, eres rico y queremos tu apoyo, por la buena o por la mala. No hay nada que comer ni en el campo ni en la sierra, se acaba pronto lo poco que cosechamos y si sobra algo para vender, nadie lo

compra, estamos tan desesperados, Cipriano, que no aguantamos”. “Debemos hablar más, Martina, quiero ayudarlos. Pero ahora ¡quédate!” “Sólo esta noche Cipriano, y para bailar”. Ambos rieron cuando ella le cerró un ojo. “¿Y mis hombres?”. “Hay camas para tus bragaos”. “Bra-ga-dos; y el gobernador, ¿no recelará?” “No temas, me dio su palabra y además envió a sus hombres a la Sierra Gorda”.

Al final de la fiesta, la gente de Martina estaba tan ebria que Tarcisio y los empleados del hotel tuvieron que ayudarlos a subir a sus habitaciones. Cipriano se dirigió con ella a la suite presidencial, donde estaba el bello lecho con dosel rematado por el escudo imperial, que Joaquín le prestó para la ocasión. Los músicos se quedaron abajo, sin que cesaran de interpretar los valsés y la música de zarzuela que les había pedido.

Martina salió del hotel al despuntar el alba junto con los bragados, sus mujeres y sus perros. Cipriano la vio contenta; supuso que era porque le dio palabra de boda y porque la emocionó ser invitada a la inauguración, inauguración en que estaría doña Carmelita Romero Rubio con algunas amigas, aunque sin don Porfirio, quien canceló el paseo para ocuparse, con sus generales más

FÁBRICA
HÉRCULES.



allegados, de los alzamientos que se sucedían en el país.

Pero no era así. No del todo al menos. A Martina la emocionaba la promesa de don Cipriano, pero también la noticia recibida. ¡El tren presidencial llegaría a Querétaro, y de cierto con poca vigilancia! Chucho el Roto, quien echó el ojo a las joyas de esas señoras desde que residía en la capital, la convenció —cuando se supo de la importante visita— para asaltar el tren presidencial y quitárselas.

Llegado el momento, mientras Cipriano y Joaquín daban al Gran Hotel los últimos toques para la apertura formal, ella, Chucho y su gente esperaron el tren en las cañadas que llevan a la ciudad, un poco antes de que entrara en ellas. Apenas vio asomar a la locomotora, Martina gritó: “¡A la carga mis bragados!” y todos los jinetes, seguidos por sus mujeres y sus perros, se emparejaron al convoy que, por las curvas de las cañadas y la llegada inminente a la ciudad, reducía la marcha. Subieron a la máquina y, mientras Chucho y sus hombres sometían al conductor y a los carboneros y combatían a los pocos y confiados guardias en los pasillos, que sorprendidos no podían reaccionar, ella, con Chila y otras mujeres



enfiló hacia el carro presidencial, enfrentándose a los pocos y sorprendidos guardias. Chila fue la primera en entrar al vagón de la primera dama. Cuando ésta balbuceó: “¡Cecilia, bella Cecilia!, ¿qué haces aquí?”, la bella Cecilia le dio una cachetada, le arrancó sin más el bello collar de perlas que colgaba de su cuello y se lo arrojó a Martina: “es del pueblo grandísima cabrona”. Allí mismo se desató una batalla entre mujeres del campo y de la ciudad, del pueblo contra el poder, hasta que Martina pudo sacar su arma, amenazó con ella a las viajeras que les entregaron sus joyas. Martina, Chila y los bragados descendieron del tren en medio del tiroteo de los guardias que apenas empezaban a reaccionar, poco antes de que se avistara la estación, en donde no se detuvo pues Chucho el roto, con una pistola sobre el conductor, le obligaba a seguir hacia San Luis Potosí.



En el Gran Hotel, don Cipriano conversaba con el gobernador a la espera de doña Carmelita, sin dejar de asomarse a la plaza trasera, donde Martina y su gente dejarían los caballos. Fue entonces cuando Joaquín se le acercó y pidió bajar a los sótanos. Allí estaba la Chila, reclinada sobre el cuerpo de Martina, una Martina que llevaba el mismo vestido de algodón de la noche anterior, pero adornado con un hermoso collar de perlas. Cipriano sintió que se moría, pero pudo aguantarse y volver junto al gobernador para avisarle que el tren presidencial no se detuvo en Querétaro y que él debía hacer la inauguración. Después vistió un traje de faena, colocó a la mujer amada en una carreta que él mismo llevó hasta San Rafael, atravesando los campos, los campos grandes como los de su patria, entre milpas y magueyales, y precedido por el cohetero y la banda musical.



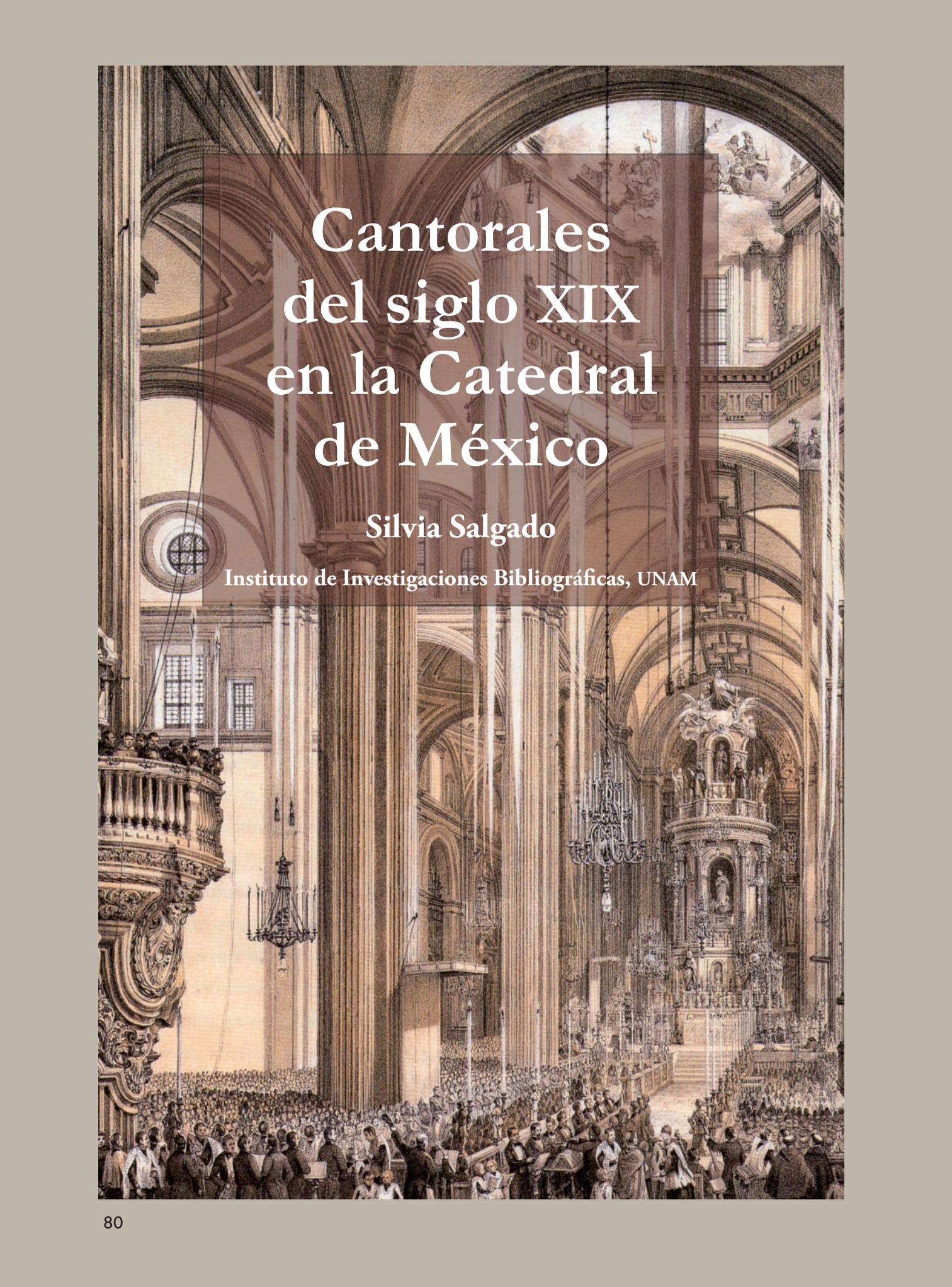
El tiempo se ha agotado y ahora sí debo correr hasta el teatro. Pero me siento tan relajado —es efecto del tequila— que no sé si lograré avanzar entre tanta gente nerviosa y después meterme. Acabo: Abuelo grande no se casó y hubo muchos rumores al respecto. Que ninguna de las niñas bien de Querétaro le gustó; era muy rico, pero sólo un cántabro rústico, sin modales. Yo prefiero creer que nunca dejó de amar a su altiva Martina. Eso sí, desde entonces se dedicó a apoyar las luchas de los campesinos. ¿Habré salido también a él? Hijo, he terminado. Voy a esconder el reproductor en la parte superior de la viga que sostiene el techo del baño para caballeros; si no lo recupero yo para dártelo, alguien lo hará algún día. Pegué al aparato una etiqueta con tus señas. Un altavoz ordena que nos ocultemos en los sótanos del restaurante pues las fuerzas rebeldes rodean la ciudad. No lo haré. No sé en qué terminará todo esto, pero a mí me hallarán en el Congreso, al lado de quienes desean un cambio. Haré mi reportaje. ¡Debo hacerlo! Hijo, un abrazo.

PARA SABER MÁS:

SELVA DAVILLE LANDERO, *Querétaro: sociedad, economía, política y cultura*, México, UNAM, 2000.

RAMÓN DEL LLANO IBÁÑEZ, *Lucha por el cielo: religión y política en el estado de Querétaro, 1910-1929*, México, Miguel Ángel Porrúa, 2006.

MARTA EUGENIA GARCÍA UGARTE, *Breve historia de Querétaro*, México, El Colegio de México—FCE, 1999.



Cantorales del siglo XIX en la Catedral de México

Silvia Salgado

Instituto de Investigaciones Bibliográficas, UNAM



Mientras que afuera de la Catedral de la ciudad de México se desarrollaba la hazaña libertaria que separó a la Nueva España de su matriz imperial y permitió el nacimiento de una nación independiente, dentro de la Iglesia metropolitana se celebraban las misas y los oficios divinos que se habían practicado a lo largo de los tres siglos de dominación hispana y, más aún, se seguían elaborando y comprando libros de coro o cantorales para cantar las alabanzas a Dios y ataviar el culto.

Desde la llegada de los españoles y hasta fines del siglo XIX, la Iglesia Catedral de México elaboró y utilizó los cantorales, artilugios surgidos de la tradición judeocristiana, indispensables para sus celebraciones, sin que el final del orden virreinal y el surgimiento de otro orden político, las guerras civiles y exteriores, las reformas socioeconómicas, etcétera, interrumpieran esta labor. Formó así una de las colecciones más ricas del país.

De esta colección se conservan, a la fecha, tan sólo 123 ejemplares, ya que muchos se perdieron por saqueo, ventas, descuido y exposición a diversos desastres naturales, al olvido y la ignorancia —que les dio otro uso considerándolos sin valor. Los que quedan deben ser estimados como objetos culturales únicos. Son parte de nuestro patrimonio bibliográfico y artístico y la labor de hallazgo, inventario, preservación, estudio y difusión ha de seguir.

Los cantorales son los libros de coro, escritos por lo general sobre pergamino, si bien los hay en papel artesanal o fabril, con textos basados en la Biblia y una notación musical vinculada a formas medievales y renacentistas. Su objetivo principal era ayudar en la alabanza ritual del Dios católico, alabanza que ocurría en el altar catedralicio, en el coro alto o las naves laterales de los conventos masculinos, el coro oculto de los femeninos y en el altar de cualquier iglesia. Se caracterizan por su gran tamaño —pueden medir entre 90 x 65 y 60 x

IMÁGENES DE
LA CATEDRAL
DE MÉXICO
(SIGLO XIX).



(1) PORTADA DEL HIMNARIO FRANCISCANO (MÉXICO, 1811). TEMPLE Y TINTA SOBRE PERGAMINO.

40 centímetros (alto por ancho) y tener un peso de hasta 50 kilogramos—, lo cual resultaba preciso para que pudieran ser leídos por todos los integrantes del coro, situados alrededor del facistol o gran atril que los sostenía.

La mayoría son, de acuerdo con la tradición medieval, manuscritos e iluminados, esto es, ilustrados con florestas tanto en los bordes de las páginas como en las iniciales de las letras y muchas veces con miniaturas colocadas en diversas partes del folio. Su confección era muy laboriosa: se debía preparar cada página de pergamino, organizarse el espacio de la escritura y la iluminación, hacer márgenes, líneas de renglones y pautas,

anotar los signos musicales, transcribir los textos que se iban a cantar, pintar las letras iniciales, que tenían la doble función de señalar las entradas y salidas del coro y de decorar la obra en forma figurativa con la magnificencia o sobriedad que se pedía y pagaba. En seguida, el feliz poseedor entregaba el volumen al encuadernador, con la intención de que se conservara mejor o, aun, de presumirlo como algo que le deba estatus o rango social.

Eran varios los que participaban en la obra. Tocaba al cabildo catedralicio hacer el encargo y costearlo y al chantre o cantor principal elegir el repertorio que se debía registrar para que después fuera interpretado por el maestro de capilla y los cantores. Entre los artistas y artesanos había pergamineros, papeleros, iluminadores, copistas y encuadernadores,

quienes a su vez requerían los servicios de quienes les suministraban los utensilios, las tintas, los pigmentos, los aglutinantes, etc. Los Estatutos de la Catedral y las Ordenanzas del Coro regulaban el papel de los cantores, existiendo diferencias con quienes pertenecían al ámbito secular o civil.

El chantre revisaba el trabajo cuando estaba listo. Su composición debía respetar las normas establecidas en el Breviario romano y las usanzas de la Iglesia católica. Su papel resultaba esencial, pues el maestro de capilla y los cantores debían encontrar allí los textos que habían de ser manifestados durante las misas y los oficios de cada festividad. Y es que si hubiera una colección com-



pleta de cantorales mostraría —cual calendario exacto— cómo la Iglesia ha organizado las horas y los años litúrgicos durante muchos siglos.

Los libros de coro poseen dos componentes básicos: los textos procedentes de la Biblia, organizados en el llamado Breviario romano, como los salmos —atribuidos al rey David—, pasajes de los evangelios, las epístolas y la música sacra correspondiente. Es preciso añadir que, en épocas de crisis o cambio, la Iglesia católica ha tenido que revisar, renovar y ajustar sus textos. Sucedió, por ejemplo, durante la Contrarreforma en el siglo XVI, lo cual se aprecia en algunos volúmenes guardados en la Catedral de México, cuyos folios tienen correcciones, borraduras y subtextos, que los vuelven palimpsestos —pergaminos antiguos que conservan huella de un escrito anterior que fue borrado. Otras alteraciones procedieron de la introducción de fiestas dedicadas a la Virgen de Guadalupe o a Santa Rosa de Lima, en los siglos XVII y XVIII, con adornos barrocos y música galante. Más tarde, en el XIX, la caligrafía siguió los modelos surgidos de la imprenta industrial, con

adornos neoclásicos, tipografía y grabados modernistas propios de su tiempo.

De los 22 cantorales del siglo XIX que tiene la biblioteca catedralicia, 20 son manuscritos sobre todo de México, dos son breviarios impresos en Ratisbona y Nueva York. Diecisiete son enteramente decimonónicos, en tanto que cinco provienen del XVI y XVIII, pero se les agregaron folios con partes actualizadas o nuevas celebraciones, como las de San Juan Nepomuceno o la de San Alfonso María de Ligorio, canonizado en 1839. Un libro completo, contemporáneo a los anteriores, es el Oficio de la Expectación del Parto de Jesús, que se festeja el 18 de diciembre. A cargo de las tres últimas galas estuvo el copista José María de Andrade y Saldaña en 1828, 1837 y 1840 respectivamente, quien se valió de un concepto más ornamental que ilustrativo, propio del estilo neoclásico.

Las fechas registradas en estos 22 cantorales van de 1811 a 1899. Los dos más antiguos son de himnos franciscanos, autores anónimos y hechos durante el primer año de la guerra de Independencia.

(2) LETRA M ILUMINADA CON LA ICONOGRAFÍA DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS (1818). TINTA, TEMPLE Y DORADO SOBRE PERGAMINO.



(3) FOLIOS 32 Y 33 DEL LIBRO DE CORO MISCELÁNEO (SIGLOS XVI Y XIX). TINTA, TEMPLE Y DORADO SOBRE PERGAMINO.

dencia. Se conservan también dos oficios de la orden carmelita, dedicados al propio y al común de los santos. Esto significa que la Catedral resguardó sus libros, propios del ámbito seglar, pero también del orden conventual o regular (ver foto 1).

Por su carácter misceláneo es interesante un libro que reúne solemnidades escritas e iluminadas en los siglos XVIII y XIX. La primera se dedicó a San Felipe de Jesús, quien en el siglo XVIII era el patrono de la Iglesia novohispana, hasta que fue desplazado por el culto a la Virgen de Guadalupe, quedando como protomártir de la nación mexicana. La segunda corresponde al siglo XIX y se dedica al Sagrado Corazón de Jesús; aunque retiene formas gráficas y visuales arcaicas, su portada registra 1818 como año de manufactura y al Dr. Cyro Villaurrutia, comisionado de chantre o cantor principal de la Catedral, como quién la ordenó. Las otras celebraciones del volumen carecen

de fecha, pero su caligrafía y ornamentos barrocos corresponden a la segunda mitad del siglo XVIII; son misas para el tiempo de la peste y de la guerra (ver foto 2).

En otros dos cantorales se identifica el nombre del copista Carrillo. En la portada del oficio de la Virgen de los Dolores aparece su firma como J. M. Columna Carrillo, mientras que en la misa de *Corpus Christi* sólo se añadieron unos folios con su firma, que actualizan parte de la ceremonia. Lo último es notable pues el volumen de estilo manierista y caligrafía gótica rotunda fue posiblemente elaborado en los talleres sevillanos de Diego de Zamora y Melchor Riquelme a fines del siglo XVI, pero Carrillo renovó la misa de *Corpus* en el XIX, con escritura romana humanista (ver foto 3).

Dos de los libros de coro del siglo XIX sufrieron en grande por el paso del tiempo. Uno es el Oficio del Sábado Santo, sin la cubierta –tapa de



madera forrada de piel— y con los lomos descosidos. El otro se hallaba en situación parecida, pero tenía además graves quemaduras, producidas posiblemente durante el incendio del trascoro de la Catedral en 1967; se trata de un salterio para las horas menores (ver foto 4).

Dos cantorales guardan un parecido tan grande entre sí que su vinculación artística es evidente. Son la Misa del Común de los Santos —escrita sobre papel, no en pergamino como la mayoría de las obras no impresas— y el Oficio de la Inmaculada Concepción de la Virgen María, también en papel, fechado en 1899, que es, por cierto, el libro de coro manuscrito e iluminado en México más reciente que se ha localizado en el país. Son anónimos y su decorado, la caligrafía y el diseño de sus letras iniciales, principales y secundarias tienen el mismo estilo y están más influidos por la imprenta y el grabado que por los ornamentos, la letra gótica y las miniaturas utilizadas hasta entonces (ver foto 5: tinta, temple y dorado sobre papel).

PARA SABER MÁS:

ALBERTO COMPIANI *et al.*, “Libros de coro en Musicat. Rescate, conservación, catalogación y divulgación de la colección resguardada por la Catedral metropolitana”, en *Cuadernos del Seminario Nacional de Música en la Nueva España y el México Independiente*, 2006, núm. 1, pp. 42-48.

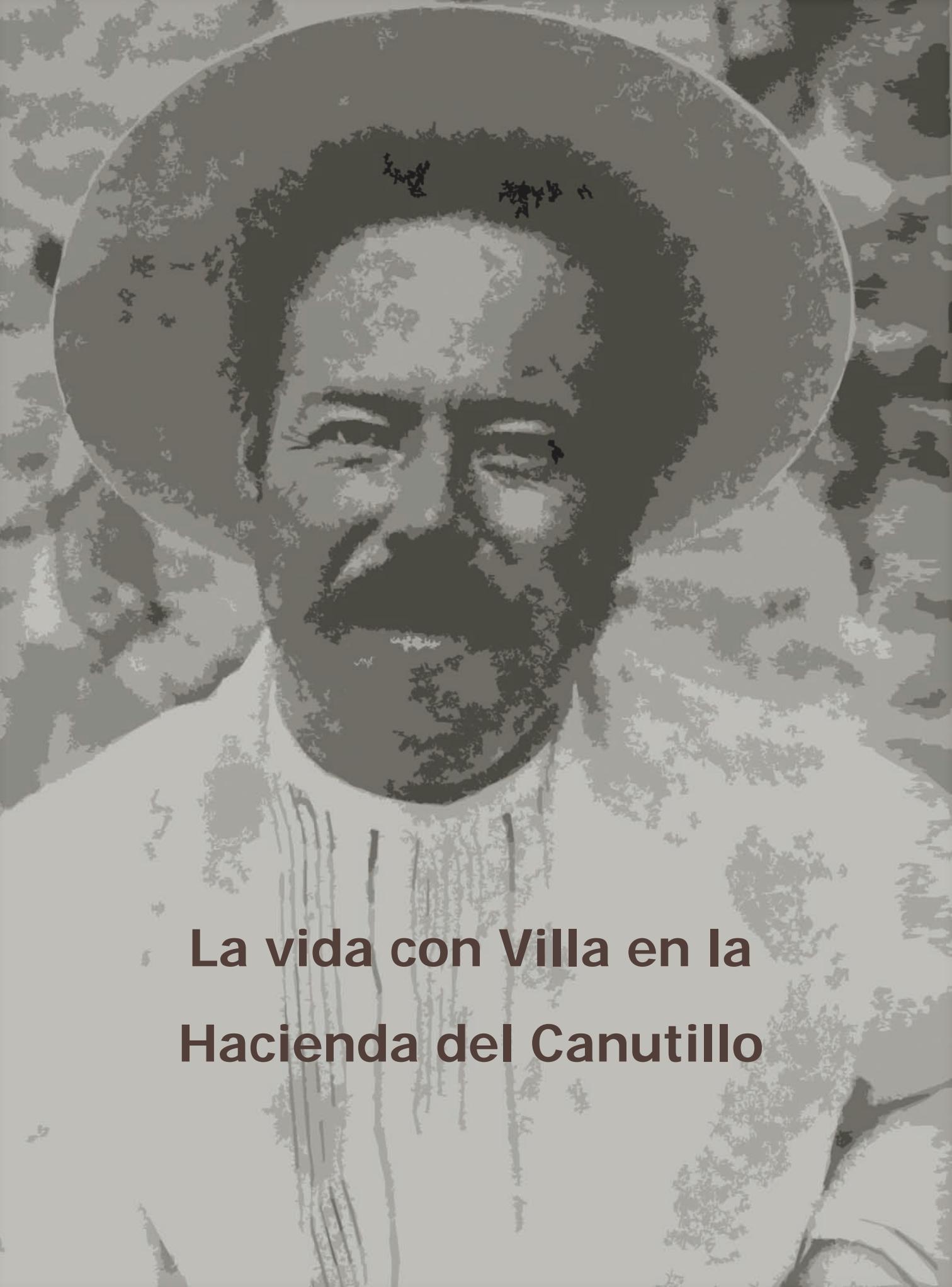
SILVIA SALGADO, “Los libros de coro de la catedral de México. Proyecto de conservación, catalogación y digitalización”, en PATRICIA DÍAZ CAYEROS (ed.), *II Coloquio Musicat. Lo sonoro en el ritual catedralicio: Iberoamérica, siglos XVI-XIX*. Guadalajara, Universidad de Guadalajara/UNAM, 2007, pp. 1Si51-156.

SEMINARIO DE HISTORIA POLÍTICA Y ECONÓMICA DE LA IGLESIA EN MÉXICO, *Concilios provinciales mexicanos: época colonial*, México, UNAM, 2004. [DVD]

Consultar Seminario Nacional de la Música en la Nueva España y el México Independiente: <http://www.musicat.unam.mx>

(4)
FOLIOS
QUEMA-
DOS DEL
SALTERIO
PARA LAS
HORAS
MENORES
(SIGLO
XIX).

SEXTO IDUS DECEMBRIS
ANNO DOMINI
MDCCCXCIX



**La vida con Villa en la
Hacienda del Canutillo**

La década en la que Francisco Villa y su gente se mantuvieron en pie de lucha tuvo su epílogo en el poblado de Sabinas, Coahuila, tras pactar con el gobierno de Adolfo de la Huerta el 28 de julio de 1920. En la llamada Acta de unificación al gobierno emanada del Plan de Agua Prieta, quedó asentado que Villa deponía las armas para retirarse a la vida privada; que el Ejecutivo de la Unión le cedería en propiedad y con los requisitos legales, la hacienda de Canutillo, ubicada en el estado de Durango, lugar en el que fijaría su residencia; el general contaría con una escolta formada por 50 hombres de su confianza -dependientes de la secretaría de Guerra y Marina-, cuyo único objetivo sería velar por su seguridad; a las demás personas que integraban su contingente se les otorgaría el importe de un año de haberes, de acuerdo con su grado, y tierras en propiedad para dedicarse al trabajo.

Los términos en los que se celebró el acta han sido interpretados desde distintos puntos de vista. Para algunos se trató de una rendición que otorgaba condiciones ventajosas a Villa, para otros, el pacto con el gobierno fue más bien un armisticio que trajo como consecuencia el ofrecimiento espontáneo de dotar de tierras de labranza a los excombatientes como la mejor manera de prevenir un nuevo alzamiento o la proliferación de gavillas de malhechores que, sin

medios para subsistir, optaran por el bandidaje como modus vivendi.

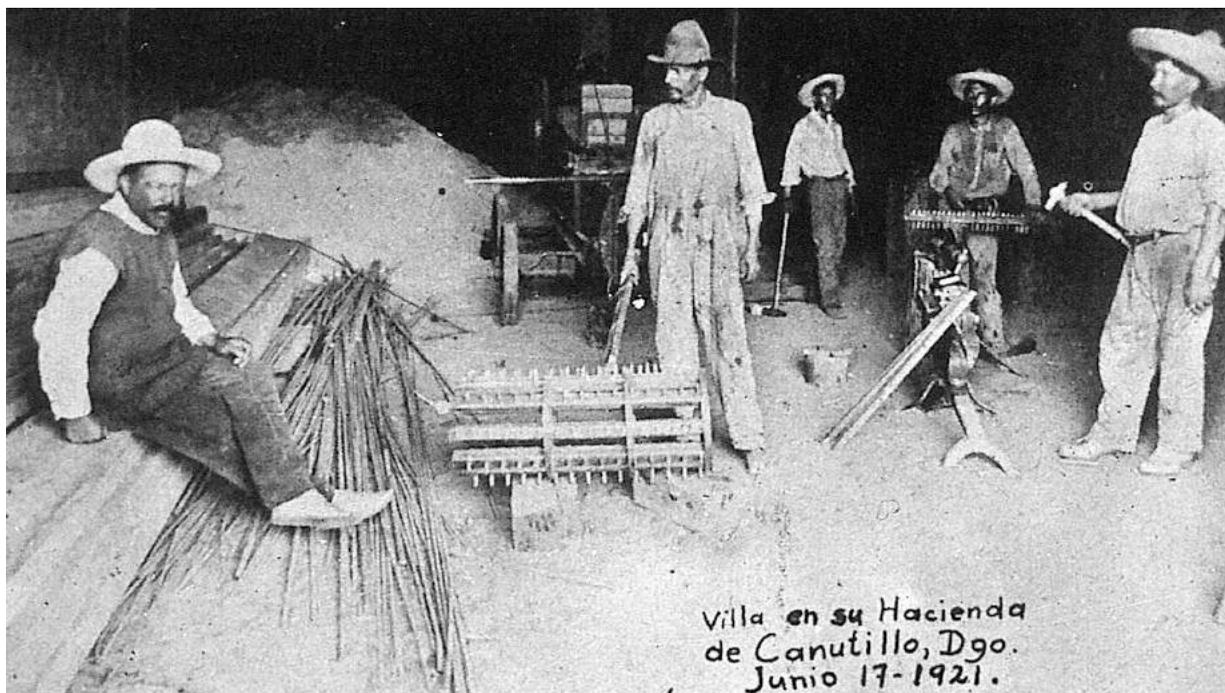
Quienes pudieron ver la marcha rumbo a Canutillo afirmaron que parecía más un desfile triunfal que la postura de una guerrilla amnistiada: Villa y su gente ceñían pistolas al cinto y cananas cruzadas sobre el pecho. El general seguía conservando la misma energía de otros tiempos, lucía fuerte y tostado por el sol.

De las experiencias de gente que convivió con Villa en la hacienda del Canutillo surge este intento de reconstruir la vida comunitaria entre 1920 y 1923. Para ello, se ha recurrido a diversas fuentes impresas y a una serie de entrevistas de historia oral con algunos testigos y partícipes en esos hechos.

Guadalupe Villa Guerrero
Instituto Mora

El por qué se eligió Canutillo nos lo cuenta Eustaquio, hijo de Nicolás Fernández -uno de los hombres más cercanos al general-, quien vivió en la hacienda:

“Fue un convenio que tuvo con el gobierno para que se estableciera el general Villa en el campo; que escogiera el lugar que le gustara más, y escogió Canutillo porque es una hacienda que es muy difícil que lleguen a atacarla, porque está co-



Villa en su Hacienda
de Canutillo, Dgo.
Junio 17-1921.

locada de tal manera que por donde quiera que vayan es defendible, hasta con poca gente”...

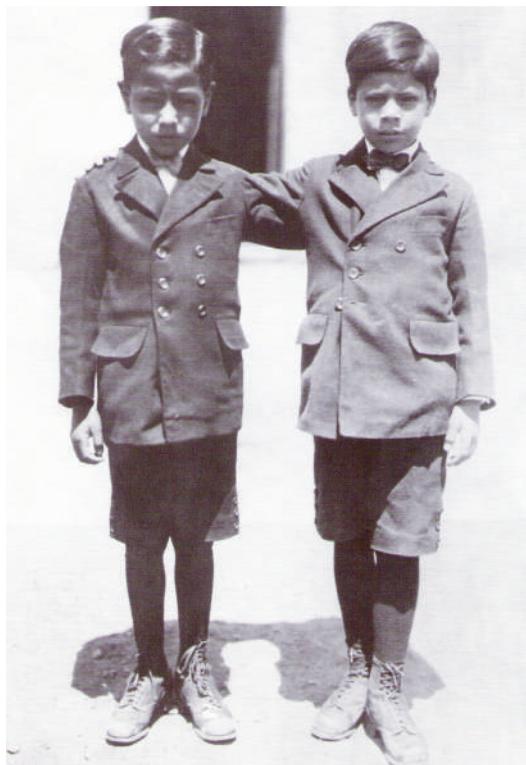
La hacienda de la Concepción del Canutillo y anexas tenía una extensión aproximada de 87 mil hectáreas, cruzadas de norte a sur por el río del Canutillo y regadas además por el río Florido y algunas corrientes de menor importancia. La propiedad comprendía, además, las haciendas de Nieves y Espíritu Santo, y los ranchos de Vía Excusada y San Antonio, que en conjunto formaban un solo predio ubicado en el partido de Indé en el estado de Durango. Incluía además el rancho Ojo Blanco, que se encontraba en el distrito Hidalgo en el estado de Chihuahua.

Al ocupar Villa la hacienda en el mismo año de 1920, se llevó a vivir con él a sus hijos. Señala Eustaquio:

...“Agustín, que era el mayor, Octavio, Samuel, y podría considerarse hijo también otro Samuel porque lo adoptó, que era hijo del general Trinidad Rodríguez. Además Micaela, Celia, Juana María”...

Canutillo se convirtió -nos dice el mismo informante- en un pequeño pueblo con su propia forma de gobierno y de organización: había electricidad, correo, telégrafo, médico, escuela, carpintería, talabartería, zapatería, sastrería, molino, herrería y tienda, entre otras cosas. Los talabarteros, por ejemplo, tenían que ayudar a conservar las 50 monturas de quienes componían la escolta y atender la reparación de la maquinaria que había como trilladoras; herreros para hacer herraduras para caballos. Al general no le gustaba que salieran los caballos sin herradura, porque se les echaba a perder el casco.

Por lo que toca a la tienda, Francisco Gil Pi-



ñón dice:

“Mire... no se le podía llamar ‘tienda de raya’, le voy a decir por qué (a mí me ponían a despachar ahí): se le daba al peón lo que pedía, se anotaba su nombre y todo, y a fin de cosecha, solamente se le descontaban los productos que tenían que llevar desde Parral y a precio estrictamente de costo, como era azúcar... café, arroz, [lo] que no se producía ahí; todo lo demás, eso ahí se les daba...solamente [había] cosas de comida”.

Las actividades agrícolas de la hacienda encaminaron sus esfuerzos al cultivo de trigo, frijol y maíz. La maquinaria agrícola se adquirió en la Casa Mayers de El Paso, Texas, aunque algo se obtuvo en Parral.

Cuentan que el general Villa se levantaba muy temprano, casi de madrugada, y se iba al campo a supervisar el trabajo. Allí le informaban cómo iba la cosecha, qué hacían los campesinos, los leñadores, etcétera. Volvía a su casa para almorzar, a las nueve o diez de la mañana. Villa coordinaba todas las actividades de Canutillo. Eustaquio Fernández afirma que el general estaba en todo: en la educación, en la producción, en la tienda, en las relaciones, en la política.

“Él les quitaba la yunta [a los campesinos] y se ponía también a sembrar. Sabía sembrar, ¡fíjese!, sabía hacer surco, porque en los sembradores, he oído yo que el que hace el surco derecho, sabe sembrar”.

Sobrevivientes de aquella experiencia cuentan que al principio la situación fue difícil, había poca comida y la tierra aún no rendía los deseados frutos; pero cuando las cosechas empezaron a satisfacer las necesidades internas de la hacienda, se comenzó a vender el excedente lo que permitió mejorar las condiciones de la gente.



EN LA HACIENDA DE CANUTILLO.

espuelas, pues le daba un peso de 140, 150 kilos; sin embargo cuando iba a cortar ganado para vender en grande escala, ya fuera vacuno o equino, se tenía que mover muy rápidamente en su caballo y le aguantaba... la corrida de todo el día... y el movimiento era trote y galope, trote y galope”...

Respecto a la vida cotidiana, Eustaquio Fernández recuerda que:

...“en Canutillo tenían una cocina [con] cuatro cocineros; ahí comían

entre 25 a 30 personas... en la misma mesa [del general]... se comía dos veces al día, muy buena carne, verduras, arroz y otras cosas... dulces, fruta envasada... El desayuno era entre ocho, nueve, nueve y media por ahí así, al medio día entre una a una y media. En la tarde era a las seis o siete... El general no admitía que si había una hora señalada para comer fueran a comer después o quisieran comer antes”.

Respecto a su vida en familia, continúa Eustaquio:

“Villa tenía caballos angloárabes de registro, finísimos, que los trataban como si fueran niños... los montaba el general... el jefe de caporales, un arrendador que tenía, y modestia aparte, su servidor [dice Fernández] tenían caballos que solamente se dejaban montar por él, eran de muy grande alzada, de muchísima resistencia, el general pesaba como unos 100, 110 kilos, más el equipo que lo acompañaba, como era la montura, sus armas, sus

entre 25 a 30 personas... en la misma mesa [del general]... se comía dos veces al día, muy buena carne, verduras, arroz y otras cosas... dulces, fruta envasada... El desayuno era entre ocho, nueve, nueve y media por ahí así, al medio día entre una a una y media. En la tarde era a las seis o siete... El general no admitía que si había una hora señalada para comer fueran a comer después o quisieran comer antes”.

Respecto a su vida en familia, continúa Eustaquio:





LUZ CORRAL
Y LOS HIJOS
QUE TUVO
CON VILLA:
AGUSTÍN,
REYNALDA Y
MICAELA.

“Entonces la esposa de Villa era Luz Corral [quien permaneció en Canutillo hasta 1922]... fue una dama con mucha distinción, sin que por ello le faltaran energías; también era un poco terminante en su manera de ser... no aplicaba castigos, simplemente daba una reprimenda... [El general] en sus horas que se podrían llamar de ocio, ya cuando caía el sol, nos ponía a todos los que tuviéramos... una voz más o menos clara, a que leyéramos distintos textos, sobre todo de tácticas militares y de historia. Prefería la historia antigua, sí”.

Señala también que sus lecturas iban desde un *Tesoro de la Juventud* hasta las biografías de

grandes guerreros como Alejandro el Grande y Napoleón Bonaparte. Tenía organizada una pequeña biblioteca particular, con libros de historia: “... libros filosóficos, libros de sociología”. Le gustaba mantenerse al día sobre el curso de la vida política mexicana. Diariamente leía o hacía que su secretario Miguel Trillo le resumiera y comentase las principales noticias de la prensa.

Eustaquio destaca algunos rasgos del carácter de Villa:

“Era hombre rudo, temperamental, pero sencillo y leal; cuando tenía razón era incansable, pero tenía esta ventaja; tenía un arranque fuerte con alguna persona o varias, al rato ya se disculpaba. Era frecuente ver al general acompañado de sus hijos; diariamente concurrían los pequeños a nadar en una acequia llena de agua que pasaba por la huerta. Todos sabían nadar... las niñas también... íbamos el sábado, el domingo, a montar, y si el general tenía que salir al campo, lo acompañábamos. Allí [con sus hijos] muy pocas veces lo vi manifestarse con su carácter explosivo. Solamente cuando hacían algo indebido entonces así se manifestaba; con sus hijos fue siempre bastante exigente, terminante, no aceptaba errores; inclusive visitaba casi todos los días, en el tiempo que tenía, aunque fuera un cuarto de hora, a cada profesor para ver lo que estaban enseñando, y se acompañaba siempre de dos personas que tenían mucho entendimiento en materia de enseñanza”.

Así como Villa logró implantar un nuevo sistema de vida para una porción de campesinos, también insistió en mantener una actitud firme para desarraigar cualquier tipo de vicios, dando importancia fundamental a la educación. Factor, sin duda, determinante fue la carencia de escolaridad del propio Villa, de ahí su interés por establecer una escuela adecuada y lograr la alfabetización



o cinco aulas en derredor. Había un salón de actos y una modesta biblioteca, que Villa iba enriqueciendo. Al inaugurar la escuela, expresa el profesor Coello, Villa le dijo:

“Vamos a abrir la escuela. Hay 250 niños y van a venir mujeres a hacerle la comida a los niños [“Porque la escuela de Canutillo, Durango..., fue la primera escuela de concentración que hace más de cincuenta años se estableció en Canutillo... Porque los niños que vivían alrededor de Canutillo se reconcentraban en la hacienda y se dividían viviendo en la casa de los demás compañeros de ellos que vivían en la hacienda, a los que les daban maíz, harina para

VILLA Y LUZ
CORRAL.

EL GENERAL
TRILLO,
VILLA Y
SOPHIE
TREADWELL
(1921).

de todos los habitantes de Canutillo. Por tanto, consiguió que el gobierno federal enviara a un grupo de profesores, de los que en la época vasconcelista se definieron como “misioneros culturales”, a quienes decía:

“Mire, aquí en Canutillo no se pierde nada, porque al que roba alguna cosa, lo fusilo. Persigo el vino porque mis hermanitos de raza, tan mal alimentados y tan poco responsables, cuando reciben su raya se van a la cantina y a su casa no llevan nada; así que los niños hijos de mexicanos no tienen la oportunidad de educarse, por la falta de responsabilidad del padre”... [Teníamos que trabajar para que la educación beneficiara a los niños, hijos de los soldados que con él anduvieron en la Revolución].

La escuela de Canutillo se llamó “Felipe Ángeles”; su director fue el profesor Jesús Coello Avendaño, a quien secundaron otros cinco profesores: Alfonso de Gortari, Varela, Ojeda, Rodolfo Rodríguez Escalera e Illarramendi, que se instalaron en una construcción rústica, con un gran patio central y unas cuatro

hacer pan, es decir, los alimentaba, los vestía y





MIGUEL
TRILLO Y
VILLA.

los calzaba, a los niños... entre los que figuraban los hijos de él...Asistían a ella tanto los hijos de los campesinos, antiguos revolucionarios, como niños de lugares aledaños. Por supuesto, la educación se impartía gratuitamente. No sólo había un turno matutino, al que concurrían estos niños, sino también uno nocturno para instruir a los adultos que lo desearan. Asistían los campesinos, los miembros de la escolta e incluso algunas mujeres. La escuela nocturna era una cosa que nosotros habíamos hecho por el deseo de incrementar la educación... ¡Claro que ponían atención! Esa gente, es gente despierta... muy trabajadora].

Los profesores que llegaron a Canutillo se encontraron con un medio ambiente desconocido para ellos. Algunos de estos “misioneros” serían más adelante profesionistas destacados; pero todos, venidos de la capital, habían oído un sinfín de historias sobre la revolución en el norte y muy

especialmente sobre Villa. Aunque tuvieron la oportunidad de ir a otro lugar a enseñar, les atrajo la posibilidad de vivir y compartir la experiencia de Canutillo.

Los profesores sólo dependían del gobierno de la república para el pago de sus honorarios. Los sueldos variaban poco. El director de la escuela ganaba doce pesos diarios y los maestros diez. Eran sumas considerables para esa época, si tomamos en cuenta que la hacienda les proporcionaba casa habitación, comida, lavado de ropa, armas para cazar, etcétera.

“Los maestros... vivían en casas aparte... podían ir a comer

allí (a la casa del general) cuando querían, tenían libertad para hacerlo; pero regularmente no iban porque no eran formales en ir a comer a las horas señaladas... [sus casas] contaban con servicio de agua y... había en tramos escalonados letrinas muy bien hechas, de doble escala”...

Los profesores recuerdan que llegaron a tener de 25 a 30 mil pesos, ya que como no salían de la hacienda, no tenían gastos. A veces los profesores se trasladaban a la ciudad de México, en plan de vacaciones, y entonces, Villa les daba de su peculio algo más, considerando que iban a “un rancho grande”. Villa mostró siempre una actitud protectora hacia ellos por lo cual trató de gestionarles mejores salarios.

...“no estoy de acuerdo con los sueldos que ganan los profesores que atienden la escuela; el día que un maestro de escuela gane más que un gene-



ANTONIO Y MIGUEL, HIJOS DE VILLA CON SOLEDAD SÁENZ

Secretaría de Educación y había programas de los estados; no estaba nacionalizada la enseñanza, había tendencia a nacionalizarse... cada estado tenía sus programas, sus horarios, etcétera”.

De hecho, al llegar a Canutillo, los profesores tuvieron que desarrollar, de la nada, todo un sistema escolar. Rodríguez Escalera cuenta:

“Nosotros hicimos un ensayo en Canutillo dado que como fuimos producto mental o profesional de la Revolución, establecimos en la hacienda de Canutillo el gobierno escolar, asesorado por un maestro, donde los alumnos participaban, al nivel de la niñez, en la marcha de la escuela. El gobierno escolar estaba integrado por un secretario general, electo por todos los alumnos de la escuela, con una representación de cada grado. Empezamos la escuela de acción: la enseñanza derivada de la acción; iba yo con los chicos donde querían ir, íbamos de cacería los fines de semana: venado, algún oso... y todo era enseñanzas.

Era una libertad a base de convencimiento, a base de una acción normal y espontánea del alumnado. Creían los niños que debían cuidar su escuela, porque la consideraban como su casa. A la media hora de que entráramos a clase ya sabíamos cuántos habían faltado, quiénes habían faltado, y ya habían ido a la casa (de los niños) a ver por qué habían faltado. Así que hicimos un ensayo que nos dio maravilloso resultado, sin llegar a apapacharlos. Éramos amigos de ellos, jugábamos con ellos, pero cuando decíamos



MIGUEL. HIJO DE VILLA Y MARÍA ARREOLA.

ral, entonces se salvará México. En consecuencia, quiero que le subas el sueldo a los maestros que atienden la escuela Felipe Ángeles”...

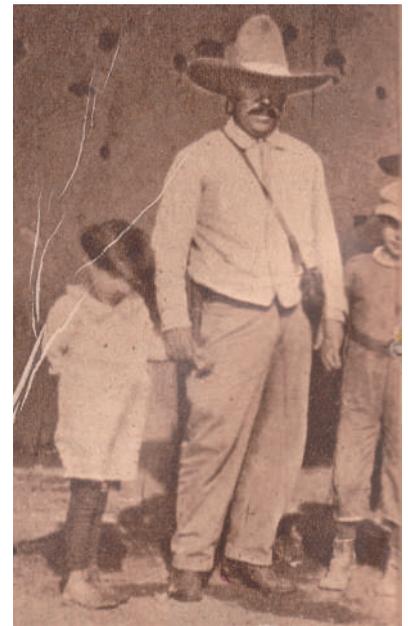
Se les concedió entonces un aumento de 2 pesos a los maestros y de 8 al director. La hacienda proporcionaba el material escolar y en algunas ocasiones, muy esporádicas, recibían algunas cosas de la Secretaría de Educación Pública. La educación que se ofrecía se basaba en la clásica tabla

de materias de la primaria; se impartía una educación de organización completa, en la cual cada maestro tenía un grupo distinto.

“Entonces no había el programa nacional, sino era fundamentalmente un tipo de programas: los de la ciudad y los de la



FRANCISCO E HIPÓLITO, HIJOS DE VILLA CON AUSTRORBERTA RENTERÍA.



MIGUEL TRILLO LLEVA DOS NIÑOS A LA ESCUELA DE CANUTILLO (CA. 1921).



trabajar, ¡a trabajar!”

No obstante ser Villa la autoridad máxima de la hacienda, permitía que la escuela funcionara libremente. Asistía con frecuencia a las aulas, sentándose cerca de una ventana para observar las clases; le gustaban en especial las de canto y gimnasia. En sus ratos libres conversaba con los maestros y al igual que éstos, manifestaba una se-

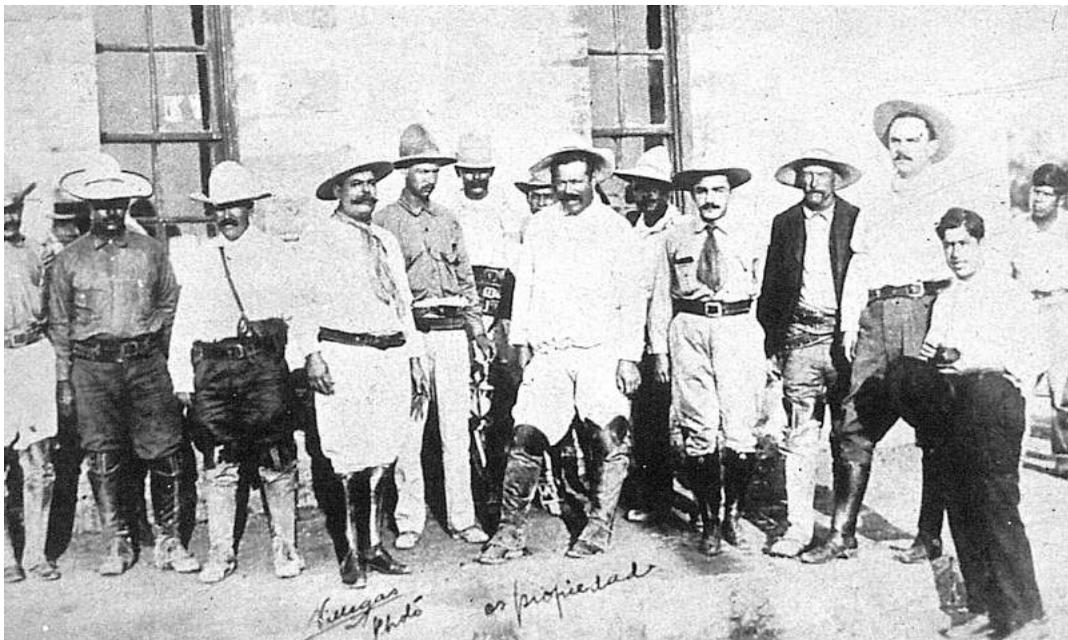
ria preocupación por la desigualdad social. Así fue como Villa, según refieren los maestros, conoció algo de la ideología socialista del siglo XIX, que se difundía en nuestro país.

“Nosotros ya conocíamos cosas sobre Marx, sobre Engels y sabíamos que la justicia social es fundamental para el desarrollo de los pueblos. Entonces nosotros hablábamos mucho de ese tipo de cosas, sin hablar de comunismo; sino hablábamos de los derechos del hombre, de las libertades y democracia y en contra de las dictaduras. Villa si oyó hablar de Marx, por lo menos de las cosas que surgieron ahí, ese movimiento de 1917, donde se derrumbó el zarismo y el pueblo ruso se moría de hambre... Sí, oyó hablar de Marx, pero no lo mencionaba, lo llegó a escuchar seguramente de labios nuestros, los profesores que platicábamos con él”.

Algo común a todos los entrevistados fue el deseo de referirse a la personalidad y características individuales del viejo luchador retirado. Coincidían en afirmar que Villa poseía una angustiada conciencia de justicia social. Quería ayudar a los pobres:

“Era una de las cosas quizá que le protegió para que lo ayudara el pueblo, porque a todo el que era de clase humilde, a todos nos ayudaba cuando había forma de ayudarnos”.

Así era la vida del Centauro del Norte en Canutillo hasta el 20 de julio de 1923, en que con clara intuición presintió su muerte. General-



DOS IMÁGENES TRAS LA FIRMA DEL ARMISTICIO EN 1920 ENTRE VILLA Y EL GENERAL EUGENIO MARTÍNEZ, REPRESENTANTE DEL PRESIDENTE ADOLFO DE LA HUERTA (SABINAS, COAH.).

mente sus visitas a Parral pasaban inadvertidas; pero ese día fue a despedirse de los maestros, diciendo: "Parral me gusta hasta para morirme... quién me puede asegurar que no sea la última vez que nos veamos". A las cuatro de la tarde de ese día, los maestros recibieron la noticia, mediante un telegrama fechado en Hidalgo del Parral, que Villa había sido asesinado.

"Se produjo un estado de confusión general en la hacienda. Porque las gentes de la escolta no sabían. Unos habían salido con él, incluso los habían asesinado allí... Se temía que fueran a atacar la hacienda. Todos se enteraron, esa gente sabe enfrentarse con valor a todo; no hubo histerias ni nada, tomaron precauciones y a esperar a ver que iba a pasar. A nosotros nos comunicaron a las cuatro y media de la tarde. Entonces nos movilizamos, le mandamos hablar al general Nicolás Fernández; asumió el mando y ya se reconcentraron las gentes que estaban en Torreoncillo, Torreón de Cañas,



la hacienda Carreteña y ya se comenzaron a armar. [El general Nicolás Fernández]... estuvo en Canutillo varios días porque esperaban... pues que los fueran a atacar; pero no, no hubo tal cosa; entonces ahí se organizaron para levantarse en armas otra vez"...

A la muerte de Villa siguió otro movimiento armado, la rebelión delahuertista. Muchos exvillistas, quizá confundidos, entremezclando sentimientos de venganza con deseos de saldar una deuda moral, se incorporaron a la contienda perdiendo así las tierras por las que tanto habían luchado.

Con la muerte del jefe, un largo pleito judicial motivado por la herencia del general puso punto final a la incertidumbre que se tenía con respecto al destino de la propiedad. La escuela y la hacienda pasaron a poder del gobierno. Todo lo que había en la hacienda lo incautó el gobierno. Las tierras se repartieron entre ejidatarios y el casco fue convertido en museo de sitio.

CUERPO DE VILLA, HIDALGO DEL PARRAL, CHIHUAHUA.



PARA SABER MÁS:

LUZ CORRAL DE VILLA, *Pancho Villa en la intimidad*, Chihuahua, Centro Librero La Prensa, 1977.

GUADALUPE VILLA, *Charlas de café con... Pancho Villa*, México, Random House Mondadori, 2009.

ROSA HELIA VILLA, *Itinerario de una pasión. Los amores de mi general*, México, Punto de Lectura, 2008.

Las diversas entrevistas utilizadas para el artículo forman parte del **Archivo de la Palabra del Instituto Mora**:

Entrevista al señor Francisco Gil Piñón, reali-

zada por Alicia Olivera de Bonfil y Eugenia Meyer, el 3 de agosto de 1972 en Chihuahua, Chih., PHO/1/9.

Entrevista al doctor Alfonso de Gortari, realizada por María Isabel Souza, el 10 de agosto de 1973 en la Ciudad de México, PHO/1/90.

Entrevista al profesor Jesús Coello, realizada por María Alba Pastor, el 27 de octubre de 1973 en Chihuahua, Chi., PHO/1/117.

Entrevista al profesor Rodolfo Rodríguez Escalera, realizada por Ximena Sepúlveda el 4 de julio de 1974 en Torreón, Coah., PHO/1/161.

Entrevista al señor Eustaquio Fernández, realizada por Guadalupe Villa, el 3 de septiembre de 1983 en Ciudad Lerdo, Durango, PHO/1/226.

Créditos

Imagen en portada y 4ª: "Tropas federales en la estación Buenavista, México, D.F.", ca. 1914, Archivo Fotográfico Casasola.

Pp. 6-13: Museo Regional Michoacano (pp. 9 y 13).

Pp. 14- 21: Colec. Pérez Salazar, Biblioteca Nacional de Antropología e Historia (pp. 15, 17, 18); retrato de Carlota niña por Franz X. Winterhalter y litografía de Malvaux (p. 16); foto Ghémar Frères, (p. 16); Cesare Dell'Acqua (p. 17-18); litografía de T. Neve, 1864 (p. 19); litografía de Malvaux (p. 18); litografía de Iriarte, 1864 (p. 20); litografías de Decaen, 1864 (pp. 20 y 21); grabado de L. Dumont (p. 21).

Pp. 22-29: fotografías de K. Dannemiller (p. 22), Pablo Méndez (pp. 23, 27 y 29), Leticia A. Stransky (p. 27), Carlos Rah-Haun (p. 28), Carlos Jurado (p. 29); litografías tomadas de P. Moscoso Pastrana, *Rebeliones indígenas en los Altos de Chiapas*, UNAM 1992 (pp. 24-26).

Pp. 30-35: tomado de *Cómico*, dic. 16 de 1900 (p. 30); ilustraciones de José Guadalupe Posada en varias obras (pp. 31-35); *El Mundo Cómico*, dic. 12 de 1897 (p.33); J. Martínez Carrión (p. 35).

Pp. 36-45: A. Lupercio en *La Ilustración semanal*, sep. 7 de 1914 (p. 36); *La Ilustración semanal*, abril 27 de 1914 (p. 45); Col. Sra. Bertha Romero (pp. 37-38); Biblioteca Manuel Orozco y Berra, DEH/ INAH (pp. 39-44); Casasola, 1911-14, Fototeca Nacional del INAH, Pachuca (p.43).

Pp. 46-53: Archivo Histórico Pemex (pp. 46-7, 50 y 52); grabados de Alberto Beltrán (pp. 48-9); SINAFO, Fototeca Nacional (pp. 50 y 53); Doña Amalia Solórzano vda. de Cárdenas (pp. 51 y 53).

Pp. 54-61: fotos de Gliserio Castañeda García.

Pp. 62-69: de *Memoranda*, México, enero-feb. 1992 (pp. 62, 65, 69); en María Elena Ota Mishima, *Siete migraciones japonesas en México 1890-1978*, Colmex, México 1985 (pp. 64- 69); Library of Congress (p. 65); AGN (pp. 63 y 69); Latin Stock (p. 68).

Pp. 70-71: Colec. particular, fotografías de la autora.

Pp. 72-79: Colec. del autor (pp. 72-77 y 79); Casimiro Castro (p. 75); Lucía Anaya Diez Martínez (p. 78).

Pp. 80-85: fotos de la autora (pp.82-85).

Pp. 86-95: en *Sucesos para todos*, 1935 (pp. 86, 92, 93 y 95); Colec. Espec. Universidad de California en Riverside (p. 88); Colec. Espec. Universidad de Arizona, Tucson (p. 91); Colec. particular de la familia Villa (pp. 87, 89-91 y 94).

La intervención en algunos mapas (pp.10, 19, 24) es de Sofía Crespo.